

NIKKI ST. CROWE

EL REY DE
NUNCA
JAMÁS

SIREN  BOOKS

EL REY DE NUNCA JAMÁS

Traducción de
Patricia García Traperó

NIKKI ST. CROWE

SIREN  BOOKS

Primera edición: junio 2025

The Never King (Vicious Lost Boys: Book 1) – © 2022 by Nikki St. Crowe
Published by arrangement with New Leaf Literary & Media, Inc. through
International Editors & Yáñez' Co.

© de la traducción: Patricia Garcia Trapero, 2025

© de la corrección de estilo: Ligia Boga

© diseño de cubierta: Renato Klisman

© de la presente edición: Editorial Siren Books, S.L., 2025

info@sirenbooks.es

<https://sirenbooks.es/>

ISBN: 979-13-990270-5-1

IBIC: FMR

Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos; www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Antes de leer:

La tetralogía Crueles Niños Perdidos es una reimaginación de *Peter y Wendy*, aunque todos los personajes aquí son mayores de dieciocho años. Este libro no es para niños, y tampoco lo son sus personajes.

Puede que parte de su contenido resulte sensible para algunos lectores.

En estos libros te encontrarás: enfermedad mental, violencia gráfica, relación captor/cautiva, sexo en grupo, sexo en público, sexo con consentimiento dudoso, sexo no consentido consensuado (CNC), BDSM, asfixia, bondage, azotes, degradación erótica, juegos sexuales con sangre, mención de agresión sexual.

*Para todas las chicas que han tenido que crecer demasiado
rápido.*

«Al sentir que Peter regresaba,
Nunca Jamás volvió a despertar».
—J. M. Barrie, *Peter y Wendy*



1

WINNIE

Llevo más de dos años sin ir a un instituto normal y, sin embargo, aquí estoy, montádomelo con el *quarterback* estrella en el asiento del copiloto de su SUV. Follar no se le da bien, pero en el campo de fútbol americano se mueve de maravilla.

Ojalá me gustara el fútbol y odiara el sexo.

Anthony me embiste y yo pongo mi cara de estrella porno, porque sé que le gusta. Finjo llegar al orgasmo con él. No soy actriz porno, pero, siendo hija de una prostituta, la verdad es que se me da bastante bien.

—¡Oh, joder, sí, Winnie! Joder. ¡Oh, nena! —Su agarre sobre mí se afloja y se vuelve húmedo. Está temblando como el niño que es.

Tenemos la misma edad, pero nos separan décadas.

—Joder —dice, exhalando aire caliente contra mi pecho desnudo—. Qué bien ha estado. ¿Ha estado bien?

Su falta de confianza es insoportable. No sé si alguna vez me he acostado con un hombre seguro de sí mismo. O quizá me equivoque. Quizá solo se sientan seguros de sí mismos cuando toman lo que quieren.

—Ha estado muy bien, amor. Follas muy bien.

Y yo miento demasiado bien.

Me sonrío mientras sigo a horcajadas sobre él y luego se estira

y me planta un beso en la boca. No siento nada más que un dolor sordo en el cuerpo y una jaqueca punzante detrás de los ojos.

Estoy muerta por dentro y muerta de aburrimiento.

Y lo único que me espera es que un mito me secuestre.

Menudo cumpleaños de mierda.

Anthony se abrocha la cremallera de los pantalones y me lleva a casa. Miro por la ventanilla mientras el SUV recorre las calles de mi barrio. Se detiene en el bordillo y, al abrir la puerta, me agarra del brazo y se inclina para besarme.

Lo beso a regañadientes.

—¿Este finde vas a venir a la fiesta? —pregunta con más esperanza de la que me gustaría.

Cuando ofreces sexo, siempre te invitan a fiestas. Muchas fiestas. Y todas son iguales. Pero me gusta lo familiar; siempre he extrañado lo cotidiano.

—Escríbeme —le digo, porque no estoy segura de dónde estaré este fin de semana.

Hoy es mi decimoctavo cumpleaños y, en este día, todas las Darling antes que yo han desaparecido. Algunas se esfuman por un día, otras por una semana o un mes, pero siempre vuelven rotas, con más o menos cordura.

No quiero volverme loca. Me gusta quien soy, en su mayor parte.

Cuando entro por la puerta lateral, mamá, de repente, está frente a mí.

—¿Dónde has estado, Winnie? Creía que ya te había llevado y...

—dice, desviando la atención antes de correr hacia la ventana más cercana para comprobar el pestillo.

Murmura para sí misma, mencionando piratas, niños perdidos y hadas.

Y él.

Aunque despierta nunca menciona su nombre, por la noche, cuando sueña, a veces lo grita.

Peter Pan.

Mamá ha estado hospitalizada en siete ocasiones. Dicen que es esquizofrénica como la abuela, la bisabuela y todas las mujeres Darling antes que ellas. Un legado de locura que voy a heredar.

—¡Winnie! —exclama, corriendo hacia mí y rodeando mis muñecas con sus esqueléticas manos, con los ojos muy abiertos—. Winnie, ¿qué estás haciendo? ¡A tu habitación! —Me empuja por el pasillo.

—Sigue siendo de día. Y tengo hambre.

—Te traeré... cuando él... Vale, escucha.

Su mirada se vuelve lejana y frunce el ceño. Afloja su agarre sobre mí, y siento que el estómago me da un vuelco.

Por favor, por el amor de todos los dioses, no quiero terminar como mi madre.

—¡Ya viene! —me grita.

—Lo sé. —Utilizo mi tono reconfortante—. Sé que está de camino, pero tienes la casa cerrada a cal y canto. No creo que nadie sea capaz de entrar.

—Oh, Winnie. —Se le corta la voz—. Él puede entrar en cualquier sitio.

—Si puede entrar en cualquier sitio, entonces, ¿por qué has cerrado las ventanas? ¿Por qué tengo que quedarme en la habitación?

Me empuja por el umbral, ignorando mi lógica.

La «habitación especial» es una obra de arte alimentada por el pánico. Se nota la histeria en las pinceladas que adornan la pared: símbolos rúnicos pintados como grafitis, además de marcas en el marco de la puerta.

Varias supuestas brujas, chamanes y sacerdotes vudú han desfilado por nuestras vidas y casas, vendiéndole a mi madre los secretos para protegerse de él. No tenemos dinero para eso, pero lo gastamos de todas formas.

—Te traeré algo de comer —dice mamá—. ¿Qué quieres?

—No pasa nada. Puedo...

—¡No! Iré yo. Tú te quedas en la habitación. ¡Quédate en la habitación, Winnie!

Sale corriendo por el pasillo con su vestido blanco de gasa

ondeando tras ella, haciendo que parezca un espectro. Al cabo de unos segundos se oyen ruidos de utensilios por toda la cocina, aunque estoy absolutamente convencida de que no tenemos nada que se pueda meter en una olla.

Esta es la decimonovena casa en la que hemos vivido. Sé por cuántas casas hemos pasado, pero no recuerdo la mayoría. Y cuando las paredes se funden unas con otras, es difícil sentir la sensación de hogar.

Mamá decía que si seguíamos mudándonos, él —Peter Pan— nos perdería de vista. Viajamos ligeras. Tengo dos maletas y un baúl que heredé de mi tatarabuela Wendy. Es más pequeño de lo que parece por fuera, pero pesa el doble de lo que debería. No consigo desprenderme de él. Es lo único que tenemos y lo único que parece real.

Nuestro actual hogar es una destartada casa victoriana, con paredes de yeso que se caen a pedazos, suelos de madera raídos y mellados y muchas habitaciones vacías. Ni siquiera tenemos un sofá; los muebles son demasiado difíciles de mover.

Me desplomo sobre la cama hinchable en la esquina de la habitación especial y me quedo mirando el techo, donde hay pintadas en espiral unas runas hechas con sangre. Esas fueron de la bruja de Edimburgo: dijo que solo funcionarían con sangre.

Y tenía que ser mía.

Quizá todas estemos locas a nuestra propia manera.

Mamá me prepara un sándwich de mantequilla de cacahuete y mermelada, y me trae un vaso de agua del grifo. Me observa comerlo, sobresaltándose cada vez que la casa cruje.

—Háblame de él —le pido mientras le quito la corteza al pan y me lo como como si fuera espagueti.

Mamá da un respingo.

—No puedo.

—¿Por qué no?

Se da un golpecito en la sien con el dedo índice.

Por lo que he ido viendo, cree que algún tipo de magia le impide

hablar de él en profundidad, así que solo conozco pequeños detalles. Me dice que la magia mengua en luna nueva, pero estamos a medio camino de una luna llena.

Es la marea y la luna llena lo que hace salir a todos los monstruos: lobos, hadas y los Niños Perdidos. Eso es lo que ella decía.

—¿Qué *puedes* contarme? —le pregunto.

Lo piensa durante unos segundos, acurrucada en la esquina de la habitación, en su catre, con las rodillas al pecho. Me imagino que una vez fue preciosa, pero yo solo la conozco tal y como está ahora: loca. Tiene el pelo oscuro y grueso como el mío, pero se le ha empezado a debilitar por toda la medicación que toma. Su piel es rojiza y sus mejillas están hundidas.

Sus uñas muestran múltiples grietas, y presenta notables ojeras bajo los ojos. Ya no trabaja. Tiene concedida una incapacidad, pero apenas nos da para pagar las facturas. Y cuanto más se aísla, peor se pone.

—Recuerdo la arena —dice, sonriendo.

—¿La arena?

—Es una isla.

—¿El qué lo es?

—A donde te llevará.

—¿Y tú estuviste allí?

Asiente.

—Nunca Jamás es hermosa a su manera. —Se rodea las piernas con los brazos y se encierra en sí misma—. Todo en ella es mágico, tanto que puedes sentirlo en tu propia piel y saborearlo en la punta de la lengua. Como madreselva y mora de los pantanos. —Alza la cabeza, tiene los ojos muy abiertos—. Echo de menos las moras de los pantanos. Él echa de menos la magia.

—¿Quién? ¿Peter Pan?

Asiente.

—Está perdiendo el poder sobre el corazón de la isla y él cree que nosotras podemos arreglarlo.

—¿Por qué?

Arranco una esquina del sándwich y hago trizas el pan entre mis

dedos, convirtiéndolo en una tortita. La mermelada cae por el borde. Estoy intentando prolongarlo, engañando a mi barriga para que piense que es un manjar de cinco platos.

Mamá apoya la mejilla sobre las rodillas.

—Rompieron su promesa —murmura—. Rompieron la promesa que me hicieron.

—¿Qué promesa?

—No sé cómo detenerlo —susurra mamá, ignorándome—. No sé si es suficiente.

—Todo irá bien —le aseguro—. No estoy preocupada.

Nada de esto es real. Excepto por la locura.

Eso *sí* que me preocupa.

¿Será como un interruptor? ¿Un momento estoy cuerda y al otro no?

La idea de perder la cabeza me aterroriza más que el hombre del saco.

Cuando mamá se queda dormida, lentamente salgo de la habitación.

Está cayendo una tormenta y la luz de los relámpagos se cuela por las ventanas, alargando las sombras de la vieja casa victoriana.

Voy al baño del pasillo y me miro al espejo. No me reconozco. Es como mirar a una extraña.

A veces me preocupa que, si intento tocar mi reflejo, no encontraré nada ahí.

Empiezo a parecerme a ella. El rostro huesudo. Agotada.

No quiero volverme loca. Y estoy tan jodidamente *cansada*.

La rebeca se resbala de mi hombro y vislumbro una cicatriz arrugada que se funde con las runas dibujadas en el techo. Me la recoloco.

Al armario de las medicinas le falta media puerta, de manera que la parte izquierda queda abierta y deja ver varias hileras de frascos de pastillas. Para escoger las que quiera.

No quiero volverme loca.

Alcanzo un frasco de ibuprofeno. Durante los años he tomado tantos que apenas me alivian.

El suelo cruje más allá del pasillo.

Retiro la mano.

Los relámpagos vuelven a iluminar la casa y, a continuación, se oyen truenos.

Cuando los estruendos se detienen, oigo una puerta cerrarse.

Mamá.

Corro por el pasillo y me apresuro hacia la habitación, pero ella sigue en el catre, durmiendo profundamente. El corazón me golpea con fuerza en el pecho.

Otro crujido.

¿Es posible que alguien haya entrado pensando que la casa estaba abandonada? A duras penas podemos permitirnos el alquiler, por no hablar de los suministros de una casa de este tamaño. Casi no utilizamos las luces.

Lentamente, entro y cierro la puerta del dormitorio tras de mí antes de echar el pestillo. No tenemos armas, nada que pueda sernos de utilidad. Nos gastamos todo el dinero en magia inútil.

Aprieto los dientes mientras aguanto la respiración.

El pomo empieza a girar y me alejo lentamente de él.

¿Ya ha empezado? ¿Ya he perdido la cabeza?

Los truenos retumban en el cielo.

La cerradura se abre como por arte de magia y una bota golpea la puerta.

Las bisagras chirrían.

Vuelvo a mirar a mamá.

¿Había más en sus historias de lo que yo estaba dispuesta a creer?

No puede ser verdad.

¿O sí?

Mamá se despierta de golpe.

—Cariño, ¿qué hora...?

—Shhh. —Corro hacia su lado y le doy una sacudida.

Pero es demasiado tarde.

La puerta está abierta y él llena el marco.

Joder, no puedo respirar.

Se oye el inconfundible sonido de un mechero al abrirse y, a

continuación, el ronco traqueteo de la ruedecilla de metal al girar. La llama se enciende y alumbra su rostro mientras quema la punta de un cigarro.

Unos anillos de plata en sus dedos reflejan la llama. Oscuros tatuajes adornan sus manos, y tiene varias tiras de cuerda y cuero atadas en las muñecas. Es alto, de hombros anchos, y lleva un abrigo largo con el cuello rígido levantado hasta su afilada mandíbula. Aunque su cuerpo quede oculto bajo el abrigo, por la forma de sus bíceps puedo intuir que está revestido de músculo.

Cuando se aparta el cigarro de la boca, no puedo evitar seguir las venas que serpentean por sus nudillos. Expulsa el humo con una respiración decidida.

—Meredith, ha pasado demasiado tiempo —dice.

Detrás de mí, a mamá se le corta la respiración.

¿Esto es real?

—¡No puedes llevártela! —grita ella.

—Como si pudieras impedírmelo.

El corazón me da un vuelco.

—Por favor —dice mamá.

Toma una gran calada de su cigarro, con las brasas ardiendo vivamente. Oigo el tabaco crepitar mientras el humo se enrosca alrededor de su cara.

Siento un aleteo en el pecho que me hace sentir culpable al instante.

De repente, me noto más despierta de lo que he estado en años.

En este momento, no debería sentir nada más que terror.

Esto es real. Mamá decía la verdad.

—Por favor —vuelve a decir mamá.

—No hay tiempo para las súplicas, Merry.

Da un primer paso por el umbral. Adiós a esa magia.

Tomo una gran bocanada de aire, intentando controlar los rápidos latidos de mi corazón.

De alguna manera, en un abrir y cerrar de ojos, ha cruzado el espacio que quedaba entre nosotros. Me agarra del vestido camisero y me levanta del suelo con brusquedad.

—Podemos hacerlo por las buenas o por las malas, Darling.
¿Qué eliges?

Trago saliva, intentando deshacer el nudo que se me ha formado en la garganta.

Él me observa; me observa sacar la lengua y lamerme los labios.

El aleteo que sentía descende, y la culpa se intensifica, fría.

Él es la leyenda urbana de mi madre hecha realidad, y no sé qué hacer ahora que está aquí.

—Te doy tres segundos para que decidas —me dice.

No hay irritación en su cara, pero la percibo. Es como si él hubiera tenido esta conversación un millón de veces antes y el resultado siempre hubiese sido decepcionante.

Mamá se levanta y lo golpea para que me suelte, pero es rápido, demasiado rápido. Deja caer el cigarro y se lanza contra ella, agarrándola del cuello.

—No —dice él con calma—. No lo hagas más difícil de lo que tiene que ser. —Se gira hacia mí—. Vamos, Darling.

Se acerca a mi cara sin soltar a mi madre; sus dientes blancos brillan a la luz de la luna. Es casi demasiado hermoso, casi irreal.

Puede que ya esté loca.

Y si lo estoy, nada de esto importa.

—Sigo esperando —me apremia.

—Por las buenas, por supuesto.

Frunce el ceño, con aire divertido.

—¿Por qué lo dices?

—¿Por qué escogería hacerlo por las malas?

Mamá se da por vencida y guarda silencio.

—Primera lección —dice él—. No hay manera de hacerlo por las buenas. —Se gira hacia mamá—. La traeré de vuelta, Merry. Sabes que siempre vuelven.

Y luego la suelta, chasquea los dedos y de repente todo se vuelve oscuro.



2

PETER PAN

Con una Darling al hombro, tardo el doble en volver a Nunca Jamás y a la casa del árbol.

Es ligera como una pluma y sus costillas están tan marcadas que duele.

Esta Darling no está bien. Tal vez sea un indicio de que será más fácil romperla.

Lo que complica este viaje no es tanto llevarla como pasar de un mundo a otro con mi menguante magia.

Me queda tan poca.

Tiene que ser ella. No sé qué pasará si no lo es.

Yo soy esta isla. No sobrevivirá sin mí.

Cuando cruzo las puertas abiertas de la casa, los Niños Perdidos están esperando.

He perdido la cuenta de cuántos hay y nunca recuerdo ni la mitad de sus nombres, pero los que importan me estarán esperando en el ático, bajo la copa del Árbol de Nunca Jamás.

Subo a la Darling por las anchas escaleras, apoyando la mano en la tallada barandilla para mantenerme en pie. Unos faroles de hierro forjado titilan en sus ganchos.

Joder, estoy tan cansado.

Entro en el ático y encuentro a Vane en la barra y a los gemelos

en el pasillo. Unas hojas caen de las ramas del Árbol de Nunca Jamás; con cada día que pasa, se ve más frágil.

El árbol se está muriendo.

Pequeños duendecillos brillan entre las hojas que quedan con un amarillo intenso, y cada vez que contemplo ese brillo me acuerdo de Campanilla, lo que me enfurece.

—¿La habitación está lista? —le pregunto a los chicos.

Kas asiente, escudriñando con la mirada a la Darling, cuyos brazos cuelgan sin fuerza detrás de mí.

Los gemelos me siguen por el pasillo hacia la habitación de invitados. Vane no viene; a él solo le interesa hacer llorar a las Darling.

Hay un farolillo sobre una mesa, junto a la ventana abierta, dejando que la brisa marina se cuele en el interior.

Acuesto a la Darling sobre la cama. La estructura ni se inmuta.

Bash cierra un grillete metálico sobre su muñeca, el que está atado a una cadena atornillada a la pared.

Me dejo caer sobre el sillón, saco la caja de acero de cigarros del bolsillo y enciendo uno con un movimiento rápido del mechero. La llama baila en la oscuridad; cojo aire, mientras la llama sigue la corriente, y el tabaco crepita al quemarse.

Cuando el humo llena mis pulmones, me siento infinitamente mejor.

—¿Qué tal se ha comportado? —pregunta Kas.

Si alguno de nosotros tiene buen corazón, ese es Kas.

—Es más cabezota de lo que me gustaría.

Bash está apoyado en la pared, justo al lado de la puerta, y la luz del pasillo lo delinea en un oro parpadeante.

—¿Y qué tal Merry?

La brisa marina se vuelve fría. Recuesto la cabeza contra la silla.

—Tan loca como la dejamos.

El cigarro se quema hasta el final. Cierro los ojos mientras el sol alcanza la línea del horizonte.

Cuanto más se acerca, más lejana siento la magia.

A la luz del día no soy nada, solo cenizas.

—Vigíladla —ordeno mientras me levanto y me dirijo hacia la

puerta—. Pero no la toquéis.

—Nos sabemos las normas —dice Bash, un poco molesto porque le digan qué hacer. Pero a Bash siempre le han gustado las cosas bonitas, y esta Darling es más bonita que las otras.

—No nos follamos a las Darling —digo, para asegurarme de que me oye.

Es la única norma que tenemos.

No nos follamos a las Darling, porque follarnos a las Darling es lo que nos ha metido en este lío.

No nos follamos a las Darling.

Solo las rompemos.



3

WINNIE

Cuando me despierto, tengo la misma sensación que cuando me quedé dormida en la parte trasera del coche viejo de mamá mientras conducía a través de seis estados hacia el oeste.

No estoy donde debería estar, todo me duele y nada me parece igual.

Lo primero que oigo son las gaviotas.

Hace siete años que no vivimos cerca del océano, pero su graznido despierta en mí los viejos recuerdos de la arena que revestía nuestro suelo, del sonido de las olas y del olor de la hierba que crecía en las dunas.

Siempre he amado el mar. Me hace feliz.

Tras las gaviotas, escucho una respiración, pero no es mía.

Cuando abro los ojos me encuentro a un chico mirándome.

No, no es exactamente un chico: tiene la juventud de uno, pero la presencia de un hombre.

Lleva el pelo largo y negro recogido en un moño en la nuca. Su mirada es como un cuchillo, afilada y reluciente al observarme. Su piel es del color de luna de sangre brillante, y varios tatuajes negros recorren su pecho desnudo. Todas las líneas de su cuerpo son

precisas y simétricas: comienzan en su cuello y se extienden como un laberinto por todo su ser hasta desaparecer bajo la cintura de unos tejanos negros y rasgados.

Es la viva imagen de la virilidad oscura.

—Buenos días, Darling —dice él.

—¿Dónde estoy?

Me incorporo solo para descubrir que estoy encadenada a una pared.

Qué listos.

—Para protegerte —afirma, señalando la cadena con la cabeza.

—¿De qué?

—De que te escapes.

Sonríe socarronamente. Tiene unos labios carnosos.

—¿Está despierta? —interviene otra voz desde la puerta.

Sigo el sonido y mi cerebro se bloquea.

Es como si estuviera viendo doble.

Solo que el pelo oscuro de este chico es mucho más corto y cae en ondas sobre su cabeza. Sin embargo, los tatuajes son exactamente los mismos, al menos por lo que logro ver, ya que lleva camisa.

—Antes de que preguntes —dice el nuevo—, sí, estás alucinando.

El otro gruñe.

—No te metas con ella, Bash. Ya sabes lo que le espera.

El que se llama Bash se acerca.

—¿Cómo estás, Darling? A veces el viaje hasta aquí puede ser duro para una chica.

Tengo la garganta seca y la lengua, como si fuera papel de lija. Estoy un poco mareada y con la mente nublada, pero, más allá de que alguien a quien creía un mito o un delirio me ha secuestrado y ahora estoy encadenada a una cama junto al océano, parezco estar bien. Intento no pensar en que el océano más cercano a mi casa está a varios cientos de kilómetros de distancia.

¿A dónde me han traído?

—Estoy bien —respondo.

—¿Agua? —pregunta el que está a mi lado.

—Sí, por favor.

Durante toda mi vida, mi madre me ha estado preparando para este momento, a veces de la manera más dolorosa, pero ninguna de esas preparaciones fue suficiente.

Literalmente, me dijo que esto pasaría, y ahora que se ha cumplido, sigue siendo difícil creérmelo.

¿Es real? ¿O será que con este delirio empieza la locura?

La cama bajo mí se siente real. El caliente aire tropical, real. El espacio que ocupan los chicos en la habitación, la energía que la llena... muy, *muy* real.

Hay algo en estos dos que resulta más poderoso que en cualquiera de los chicos con los que he salido antes, y eso que he salido con muchos.

Los chicos guapos siempre hacen que el tiempo pase más rápido. Odio aburrirme. Pero, sobre todo, odio estar sola.

Bash desaparece por otra puerta al otro lado de la habitación y regresa con un vaso de agua; la condensación ya florece en el cristal.

Las gaviotas vuelven a gorjear.

En la distancia, puedo oír las olas rompiendo sobre las rocas.

Mientras bebo agua —está fresca, fría y, de alguna manera, es el vaso de agua más refrescante de toda mi vida—, observo mi alrededor.

Estamos en una gran habitación con paredes de yeso desgastado que parece que un día estuvieron pintadas de un tono esmeralda brillante. A mi derecha hay tres ventanas rectangulares con persianas de listones de madera abiertas. No tienen mosquiteras y la luz se cuela dentro. Más allá, puedo distinguir las ramas de una palmera y, bajo ella, un árbol floreciendo con brillantes flores rojas.

Estoy en una cama con una gran estructura de madera y lo que parece un colchón de plumas. La sábana blanca está limpia, aunque visiblemente decolorada. No hay manta.

En un rincón hay un sillón con una lámpara de pie tras él y una mesita al lado.

Si no fuera por estar encadenada a la cama, sería un buen sitio para sentarse y escuchar a las gaviotas.

Devuelvo el vaso. El chico lo deja en el suelo. Debe de estar sentado en un taburete al lado de la cama, pero no distingo ninguna silla.

—¿Qué estoy haciendo aquí?

Los chicos intercambian una mirada y juraría oír el distante repique de unas campanas.

Joder. Pues sí que estoy perdiendo la cabeza.

—¿Cuánto pudo contarte tu madre? —pregunta Bash.

—No mucho.

Anoche fue la primera vez que me dio alguna información útil: el hombre del saco de mi madre cree que yo, una Darling, puedo recomponerlo. Pero ¿qué podría hacer yo? Apenas puedo ocuparme de mi propia vida.

Bash se apoya en la pared detrás de su gemelo, como una oscura sombra.

Cuando mamá y yo vivíamos en Minnesota, fui al colegio con unas gemelas. Las gemelas Wavey, las niñas más odiosas e insoportables de toda mi vida. Aprovechaban el hecho de ser idénticas para salirse con la suya en todo, e incluso ponían gusanos en mi sándwich de crema de cacahuete y mermelada.

Me pregunto si estos chicos serán iguales.

Tienen pinta de causar problemas, como si fueran el tipo equivocado de tentación. Como una bonita rana de árbol que te mata con solo tocarla.

Creo que todo el mundo tiene un superpoder, algo en lo que son buenos por naturaleza, y lo mío siempre ha sido leer a la gente, saber qué tipo de persona es alguien antes de que diga una sola palabra. Y creo que, si voy a sobrevivir a esto, tengo que andar con cuidado con estos dos.

Sea lo que sea *esto*.

—Yo soy Kastian —dice el gemelo que está a mi lado—. Puedes llamarme Kas. —Señala con el pulgar por encima de su ancho y desnudo hombro—. Este es mi gemelo, Sebastian.

—Bash —dice el otro gemelo.

—Hola —les digo.

—Nosotros somos los buenos —dice Bash, separándose de la

pared.

Se sienta al final de mi cama y la estructura cruje bajo su peso. Aunque está completamente vestido, por cómo la tela roza su cuerpo puedo ver que está tan en forma como su hermano gemelo, son todo músculo y hueso.

He estado sola en salas oscuras con muchos hombres, pero ninguno como los gemelos. Podrían tomarme fácilmente, de la manera que quisieran. Luchar contra ellos sería como luchar contra el océano: sin sentido, inútil.

Pero ¿por qué lo haría? Tiene pinta de que sería apasionado y salvaje.

Me lamo los labios y veo cómo se dilatan las fosas nasales de Bash al dirigir su atención hacia mi boca. Cuando creces entre prostitutas, aprendes un par de trucos.

El mío siempre ha sido lanzar el anzuelo.

—Si vosotros sois los buenos —digo—, entonces, ¿quiénes son los malos?

Los gemelos comparten una mirada.

—¿Peter Pan? —intento adivinar.

—Es más malo que nosotros —admite Kas.

—Pero no es el peor —añade Bash.

—Entonces, ¿quién...?

Unos pasos resuenan por el pasillo más allá de mi habitación. Los gemelos suspiran, casi al unísono.

Bash se rasca la nuca.

—Prepárate, Darling.

—¿Por qué?

Se me acelera el corazón.

¿Hay alguien más?

Los pasos se acercan, el pesado golpe de una suela gastada, el andar de alguien que tiene una misión y no la abandonará.

¿Quién es peor que Pan? Mi madre nunca dijo nada de que hubiera alguien más. Y nunca pensé en preguntar.

Cruza el umbral de la puerta y el aire se me atasca en la garganta.

Este no está tan musculado como los gemelos, pero hay algo

claramente mucho más siniestro en él.

La cicatriz. Los ojos.

Tres largas e irregulares cicatrices le atraviesan la cara, desde la sien hasta la mandíbula.

Y su mirada...

Un ojo es de un violeta brillante; el otro, del negro más profundo.

A pesar del aire caliente, se me eriza la piel, como si tuviera la piel de gallina.

—La Darling está despierta —dice el recién llegado con un tono frío y distante. Se acerca a Bash y le arrebató el último cigarro, sujetándolo entre el pulgar y el índice, para darle una calada. Cuando habla, aún no ha echado el humo, y su voz suena ronca por aguantarlo en los pulmones—. ¿Ya ha empezado a llorar?

Kas frunce el ceño.

—Algo me dice que esta será más difícil de romper.

—Con el tiempo, todas acaban rompiéndose —dice el «malo», mirándome con esos perturbadores ojos.

Automáticamente desvió la mirada; mi cuerpo se mueve al son del terror. Me echo hacia atrás, intentando hacerme más pequeña.

Mamá decía que aquí había magia. Pero ¿qué tipo de magia es esta? Yo no me *encojo*. Normalmente no.

—Vane —dice Bash—. ¿De verdad hace falta? Acaba de despertarse.

Tengo perlas de sudor en las sienes, y una creciente sensación de terror amenaza con brotar de mi garganta.

Un grito se me acumula en el fondo de mi ser.

¿Qué está pasando?

—No seas un gilipollas —dice Kas.

El «malo» —Vane— termina el cigarro, me mira con los ojos entrecerrados y siento el corazón martilleándome la cabeza.

Mi respiración se acelera y mis manos, húmedas de sudor, se aferran a la sábana. No puedo quedarme quieta. Quiero salir corriendo. Las lágrimas nublan mi visión y, de pronto, se derraman.

—Vane —repite Bash con más fuerza.

Como cuando se corta una cuerda tensada, el terror desaparece

de golpe y respiro, aliviada.

—Joder, ¿qué ha sido eso? —jadeo.

—Darling —dice Kas, gesticulando dramáticamente hacia Vane—, te presento al más aterrador.

—¿Qué? —digo, mientras sigo jadeando en busca de oxígeno, con las lágrimas resbalándome por la cara.

¿Qué mierda ha sido eso?

—Os dije que, con el tiempo, acaban llorando —dice Vane—. Desencadenadla y llevadla fuera. Las Darling estúpidas me agotan la paciencia.

Vane desaparece por la puerta.

—Vamos —dice Kas—. Te pondremos al día mientras Bash te hace algo de comer. ¿Tienes hambre?

Tengo el estómago revuelto por lo que sea que acaba de pasar, pero a la vez lo siento vacío. A lo mejor, comer ayudará.

¿Habrá algo que ayude?

Mamá me advirtió y pensé que estaba loca, y ahora estoy aquí, pagando el precio.

Kas me quita el grillete de metal con delicadeza. No veo ninguna llave; no sé cómo lo ha hecho. Lanza la cadena con el grillete a la cama.

Los gemelos se dirigen hacia la puerta y me esperan en el umbral.

—Te prometemos que no mordemos —dice Kas.

—Al menos, no por ahora —añade Bash.



4

BASH

¿A cuántas Darling he paseado por los pasillos de esta casa? He perdido la cuenta.

Hemos llegado al punto en el que vamos en piloto automático; se ha vuelto una rutina tras haberlo hecho tantas veces. Yo intentaré calmarla con comida, Kas hará ver que no es como el resto de nosotros y, por supuesto, Vane, de apellido Sutileza, la aterrorizará hasta que solloce.

Menos mal que preparo unas tortitas de mora para chuparse los dedos.

La Darling tiene la mirada perdida mientras nos dirigimos hacia la cocina. Soy vagamente consciente del estado de esta gran casa. Tiene varios cientos de años y fue construida por soldados coloniales que secuestramos cuando hacer desaparecer a hombres era más fácil.

Ahora están muertos.

Los mortales se pudren. Los Niños Perdidos nunca mueren.

Cuando cruzamos el ático, la Darling alza la mirada, maravillada, hacia la copa del Árbol de Nunca Jamás.

Cuando construimos la casa, tálamos el árbol; sin embargo, al día siguiente había vuelto a brotar, completamente fornido. Volvimos a talarlo y volvió a crecer. Así que edificamos la casa a su alrededor.

Ahora es el hogar de periquitos salvajes y duendecillos, pero luce peor que nunca. Las hojas cada vez son más finas y la corteza se está pelando. Otra señal de que algo va mal en la isla, y ese algo es Peter Pan.

Cuando llegamos a la cocina, Kas señala uno de los taburetes de la larga isla situada en el centro de la enorme sala. Una pared está cubierta de ventanas de parteluz que ofrecen una clara vista al océano. La cocina siempre ha sido mi habitación favorita: está llena de luz y posibilidades.

La Darling se sienta.

Vane recorre la encimera y, con solo inclinarse, ya se le ve amenazador.

Mientras yo cojo la sartén, los cuencos y los ingredientes que necesito, no puedo evitar escudriñar a la Darling.

Todos somos conscientes del espacio que ocupa.

Kas se sienta a su lado.

—¿Cómo te llamas, Darling? —pregunta, y su pequeño tamaño la hace parecer enana; todos aquí la podríamos romper.

—Como si importara una mierda —dice Vane.

Sobre todo, Vane.

—No te comportes como un imbécil. —Y a la Darling le dice—: Ignóralo. Siempre tiene un palo metido en el culo.

No, más bien, una cruel sombra. Pero aún es demasiado pronto para la Darling. Tiempo al tiempo.

—Continúa —le pide Kas, con un tono de voz suave.

—Winnie —responde ella—. Me llamo Winnie Darling.

—Encantado de conocerte por fin, Winnie. Eres la hija de Merry, ¿verdad?

Ella asiente. Al mencionar a su madre, una emoción le cruza el rostro. Creo que la derrota.

Merry recibió un trato injusto. Todos podemos admitirlo.

Mientras mezclo los ingredientes, Kas entretiene a Winnie con una conversación mundana.

Cada uno tiene su papel, y a mi gemelo siempre le ha tocado

ser el guía amable; se le da mejor hacerse el amable que a nosotros. En ese sentido, es más como mi padre. Yo, en cambio, tengo la sed de sangre de mi madre.

No me gusta ver a una Darling llorar, pero me encanta verlas sangrar.

Echo los ingredientes en el cuenco y los remuevo mientras Kas le cuenta a la Darling la verdad.

—Hemos estado buscando algo que nos robaron —dice—, y creemos que tú puedes ayudarnos a encontrarlo.

—¿Qué es? —pregunta ella.

Todas lo hacen.

Tener siempre la misma conversación empieza a aburrirme. ¿Cuántas veces más la repetiremos?

Kas mira a Vane, y Vane asiente con un gesto casi imperceptible.

Siempre es mejor que la Darling no conozca todos los detalles. No queremos desordenar sus recuerdos antes de poder clavar las garras en ellos.

—Lo único que tienes que saber ahora —dice Kas— es que, mientras sigas las normas y cooperes, estarás a salvo.

—Y, por el amor de Dios, no salgas corriendo —añade Vane.

—¿Por qué? —dice ella, en tono bromista, con un deje de fuego en la voz.

Oh, Vane y ella van a llevarse muy bien.

—Porque te perseguiré —dice él, con una siniestra inclinación en la voz—. Y no quieres saber qué pasará cuando te atrape.

La Darling tiembla visiblemente.

Buena chica.

Cuanto antes aprenda, mejor le irá.

Mi gemelo me mira. Siempre hemos podido comunicarnos a un nivel que nadie más entiende; a veces conocemos mejor al otro que a nosotros mismos.

Tiene las oscuras cejas fruncidas.

Él también puede sentirlo.

«Hay algo diferente en ella».

«Lo sé», le respondo.

Pan siempre ha tenido una norma sobre las Darling: están prohibidas.

Hay suficiente en la isla como para mantenernos ocupados sin tener que tocar a una Darling. Somos los Niños Perdidos y hay muchos coños perdidos que quieren ser encontrados.

Yo haré tortitas, Kas se encargará de mostrar que es el amigo de la Darling y Vane se quedará en su esquinita, rumiando, mientras nosotros hacemos lo posible por mantener la situación controlada hasta la puesta de sol.

Frío rápidamente una pila de tres tortitas, las pongo en un plato para la Darling y las cubro con un poco de mantequilla y una capa de sirope. Las dejo delante de ella y me alejo para observarla dar el primer mordisco.

—Come, Darling —digo—. A ver si te atreves a decirme que son horribles.

Ella mira el plato y luego a mí, como si tratara de averiguar si le he hecho algo a la preparación.

Ya la hemos secuestrado. Si la quisiéramos muerta, ya lo estaría.

Corta un bocado con el tenedor y, cuando se lo lleva a la boca, abre los ojos de par en par y se le escapa un pequeño gemido.

Lo he sentido en mi polla, y tengo que luchar contra el impulso de reajustarla.

Kas me lanza una mirada.

«Lo sé, gilipollas», digo.

Se supone que las tortitas no son *sexys*, no es como si le hubiera dado un bol de fresas en las que envolver sus bonitos labios.

A las Darling siempre les hago tortitas. Es una tradición.

Al final de la encimera, Vane se queda inmóvil.

Ella da otro bocado y cierra los ojos.

Una gota de sirope brilla en sus carnosos labios, y los limpia con la lengua, disfrutando de su dulzura.

Joder.

La sombra de Vane perturba el aire y, cuando lo miro, veo que sus ojos se han vuelto completamente negros.

Chasqueo los dedos en su dirección; él parpadea y se da la

vuelta.

—Están muy buenas —dice ella, después de tragar—. En plan... muy, *muy* buenas.

—Sí —digo—. Lo sé.

Kas se inclina hacia ella, extiende el brazo sobre el respaldo del taburete y le arrebató el tenedor de la mano. Me da envidia que esté tan cerca de ella.

«¿A qué huele?», le pregunto.

«A secretos y fruta prohibida».

Kas le da un mordisco a su plato.

—Bien hecho, hermano —dice, con la boca llena.

Luego me guiña un ojo, el muy cabrón.

—¿Qué le da la acidez? —pregunta ella.

—Las moras de los pantanos —responde Kas.

—¿Las moras de los pantanos son reales?

Su asombro es una delicia.

A la mayoría de las Darling se les había advertido sobre nosotros, sobre Nunca Jamás, y la mayoría aparecían aterrorizadas y temblando. Esta, sin embargo, actúa como si despertara por primera vez.

—Me gustan —dice.

—Están en temporada —digo.

—Oh, ¡está aquí! —exclama Cherry desde la puerta.

—Me cago en la puta.

Vane se aparta de la encimera y se dirige hacia la puerta. No puedo verle los ojos; no sé si ha conseguido controlar su sombra o no. De todas maneras, Cherry es una buena excusa para irse. Está bien pillada por él, aunque solo los dioses saben por qué. En su mejor día, es un puto imbécil gruñón; en el peor, da absoluto miedo.

Odia a Cherry. Odia a casi todas las mujeres con las que folla, pero, sobre todo, a Cherry.

«Apesta a piratas» es su frase favorita.

Vane se ha ido en un abrir y cerrar de ojos, y Cherry lo sigue con la mirada, desesperada por su atención.

A veces, la pobre chica me da pena. Pero es ella quien toma sus decisiones. Todos lo hicimos.

—Buenos días, Cherry —digo—. Te presento a la nueva Darling.
Cherry se acerca a la isla y extiende la mano hacia Winnie.

—¡Hola! ¡Encantada de conocerte!

—Hola —dice la Darling, dejando su tenedor, y estrecha la mano de Cherry—. Encantada de conocerte también.

—¿Están siendo amables contigo? —pregunta Cherry—. A veces pueden ser algo difíciles. Casi todos los Niños Perdidos lo son. Sus madres los abandonaron y...

—Cherry —digo, advirtiéndola claramente.

Puede que Kas y yo seamos los buenos, pero si hace falta, la pondremos en su lugar.

—Lo siento —dice—. Quiero decir...

La cara se le tiñe de rosa. Está llena de pecas, vacía de confianza, sin poder. Puede que durante los dos últimos años la hayamos tratado mal. Bueno, sé que lo hemos hecho.

—¿Quieres decir *qué*? —inquire la Darling, mirando entre nosotros.

Está cazando monstruos y no tiene ni puta idea. Su mirada lanza demasiadas preguntas.

—Cuidado, Darling —digo—. Cómete la comida.

El sol se está poniendo y Pan despertará pronto.

Y entonces empezará la verdadera diversión.



5

WINNIE

No recuerdo la última vez que había comido algo casero. Mi madre nunca ha sido una cocinillas y, definitivamente, nunca ha tenido la ambición de aprender.

Una de mis niñeras, en una ocasión, me llevó a un restaurante y me dejó pedir tortitas. Fue la primera vez en mi vida que las comí y, cuando se lo dije, no me creyó.

«¿Cómo puede ser que nunca hayas comido tortitas?», me había preguntado ella, olvidándose de que tenía una madre loca y de que, si necesitaba algo, debía hacerlo yo misma.

Aquel día, devoré el plato entero y lo pagué caro más tarde.

Las tortitas de Bash son esponjosas en el centro y crujientes en los bordes. El sirope es dulce y, aunque pensaba que mi madre se las había inventado, las moras de los pantanos están muy buenas; son como fresas con un toque cítrico.

Doy otro mordisco mientras la chica, Cherry, se sienta a mi lado.

—¿Quedan tortitas? —pregunta.

—No —responde Bash.

La expresión de Cherry se transforma repentinamente en decepción. Está llena de pecas, tiene el cabello color caoba y los ojos grandes, aunque demasiado juntos. Hay algo en ella que me recuerda a una burbuja a punto de estallar.

Pero me alegra ver a otra mujer aquí.

Mamá solo me habló de Pan y, definitivamente, nunca me habló de los Niños Perdidos.

No creo que pueda contar con Cherry, pero se ve a leguas que está desesperada por caer bien. Y, en un sitio como este, puedo utilizarlo a mi favor.

—Puedes comer de las mías.

Deslizo el plato hacia ella.

—¿De verdad?

Me mira, incrédula.

—Por supuesto. No las necesito todas.

—Discrepo —dice Bash, con rostro duro—. Estás en los huesos —añade.

Trago saliva y doblo los pliegues de mi jersey alrededor de mi cuerpo, como si pudiera ocultar en ellos todas sus imperfecciones.

No se equivoca. Cuando eres pobre y tu madre está loca, a tu nevera siempre le faltan cosas y tu estómago permanece vacío. Aunque, con el tiempo, te acostumbras a la constante sensación de hambre. Algunos días, pasar hambre era la única sensación real que sentía.

—Si me como todo ese plato, me sentará mal —le digo.

Kas se levanta.

—¿Puedo hablar contigo un momento? —le dice a su gemelo.

La mirada de Bash se detiene en mí un instante antes de salir de la habitación, siguiendo la estela de su hermano.

Me he despertado encadenada a una cama. ¿No están preocupados de que intente salir corriendo? Vane dejó claro que era una muy mala idea.

Pero ¿qué viene después de esto? ¿Qué están buscando?

—Bueno —digo, girándome hacia Cherry. Ha devorado la mitad de la pila de tortitas y disminuye el ritmo cuando le presto atención—. Cuéntame qué tengo que saber sobre este sitio. Sobre esos chicos.

Ella hace una mueca.

—No debo hablar de ello.

—¿Por qué no?

Traga con fuerza y vuelve a morderse el labio.

—Es... complicado.

—¿A ti también te secuestraron? —pregunto.

—No. —Niega con la cabeza, para enfatizarlo—. Vine por voluntad propia. —Hay orgullo en esa afirmación.

—¿Desde dónde?

—El otro lado de la isla.

Si escogió venir aquí, tal vez no sean tan malos como creía. A lo mejor solo tengo que preocuparme por Pan. Bueno... y tal vez por Vane.

—¿Sabes qué están buscando?

Desliza el plato de nuevo hacia mí. Su expresión se ha vuelto más seria; la luz de sus ojos se ha apagado.

—Los Niños Perdidos son más viejos de lo que aparentan. Y Pan es mucho, *mucho* más viejo. Más que yo. Sea lo que fuere, eso ocurrió antes de mis tiempos.

—Pero ¿qué quiere decir eso? ¿Qué pasó?

Los gemelos vuelven a entrar en la habitación. Bash chasquea los dedos en dirección a Cherry, y ella se escabulle rápidamente.

—Termina, Darling —ordena Kas.

—¿Por qué?

Hay una puerta doble en el otro extremo de la cocina, con un balcón al otro lado y, más allá, el océano. Bash se dirige hacia ahí y observa el mar.

El sol se está poniendo. Aquí no hay relojes, así que no tengo ni idea de qué hora es. En casa el sol se pone sobre las ocho, pero por algún motivo, aquí parece ser más tarde. Tal vez se deba al aire tropical.

—Porque Pan despertará pronto —dice Bash desde la puerta—. Y querrá verte.

Un escalofrío me recorre la columna.

Tengo un vago recuerdo del mito, de ese oscuro extraño que anoche vino a mi casa y me secuestró, tal como mi madre me había dicho que haría.

Ahora me invade la culpa porque nunca la creí.

Y debería haberlo hecho.



6

PETER PAN

Más allá de mi tumba, puedo sentir cómo el sol se hunde en el horizonte y las sombras ganan terreno.

Pero aquí está oscuro.

Y cuando despiertas en una oscuridad total, es imposible no sentirse enterrado.

Algunas noches me despierto y me pregunto si estoy en el infierno, si ya he muerto de una puta vez, sepultado en la tierra de la isla.

Tiro las sábanas hacia atrás y pongo los pies sobre el suelo de piedra; es el frío el que me dice que sigo en mi cuerpo.

Tengo carne y huesos, pero sigo sin una puta sombra.

¿Cuánto? ¿Cuánto tiempo me queda?

Enciendo la lámpara de la mesita de noche y una luz dorada inunda la habitación, mis ojos me arden al instante.

Joder, es como si estuviera en el infierno.

Mis pantalones están en un rincón, con el cinturón aún en las trabillas. Me los pongo, y también una camisa que remango. Mi espada está, como siempre, colgando de la percha al lado de la cama.

Cuando el sol puede matarte, los piratas te dan caza y tu magia se desvanece, lo único que te queda son las hojas bien afiladas.

Dejo de lado la espada y me cargo de cuchillos: uno en cada bota, varios en la pernera y otro en una vaina en mi antebrazo.

A dos plantas por encima de mí, escucho a Bash diciéndole a la Darling que se siente.

Lo hace.

Si es una buena chica, siempre hará lo que le digamos.

Y yo puedo ser muy convincente.

La cerradura exterior se abre con un ruido metálico.

Vane es el único que tiene la llave. Sus pasos se acercan. No se molesta en llamar a la puerta, porque Vane es un autoproclamado completo imbécil.

Por supuesto, él tiene su sombra, tiene su magia y todas las ventajas que conlleva.

—Bien —dice al entrar—. Estás despierto.

Me siento en el borde de la cama y me paso las manos por el pelo. Necesito un trago.

—No tienes buena pinta —añade.

Lo miro. Está apoyado contra mi cómoda, con pinta de estar listo para la guerra.

Sigo sin saber cómo lo convencí para que se uniera a mí y a los Niños Perdidos, pero me alegra haberlo hecho. Lo necesito a mi lado, ahora más que nunca.

—Ese viaje me ha dejado agotado —admito.

—Ya te dije que iría yo a buscarla.

Resoplo.

—¿Para traerla en dos piezas?

Se pasa la lengua por el interior de su labio inferior, pero no discute conmigo.

Me levanto justo cuando la última luz del sol desaparece. Puedo sentirla recorriéndome las venas, como una cuerda desatándose.

Por fin puedo respirar.

—Y ella, ¿qué tal? —pregunto.

La mirada de Vane se oscurece.

—Más bonita que la última.

—No es lo que he preguntado.

Suspira.

—Bash le ha hecho tortitas. Kas ha sido amable con ella. Por ahora, está tranquila, aunque ya hace demasiadas preguntas. Y Cherry le ha dado demasiadas respuestas.

—Put a Cherry.

—Es un lastre. ¿Por qué cojones la seguimos manteniendo aquí?

—Porque es una garantía y el tipo de lealtad que necesitamos. Por eso.

—*Era* leal cuando los gemelos se la follaban. Ahora está desesperada.

—Está desesperada por ti —le recuerdo, mientras desaparezco en el baño—. Los gemelos solo eran una distracción. Te quiere a ti. Así que fóllatela y mantenla leal.

Puedo oírlo refunfuñar en la otra habitación.

Una vez en el lavabo, me echo agua fría en la cara para intentar ahuyentar el dolor de los músculos.

Ya he vivido demasiado.

No debería tener dolor.

Se me está acabando el tiempo. Puedo sentir la isla escurrirse de mi control.

En el espejo, no reconozco mi reflejo: soy un rey sin trono.

Putas Darling. Put a Campanilla.

La rabia me hierve en las entrañas. Aprieto los dientes, cierro los ojos y cojo aire.

Tendrá que ser esta.

Hostia puta, tiene que serlo.

Con las manos aún húmedas, me paso los dedos por el pelo. El agua fría me sienta bien en el cuero cabelludo y me ayuda a calmar el martilleo que siento tras los ojos.

En la habitación, Vane sigue perturbado.

—¿Qué? —digo—. Escúpelo.

—Déjame matar a Cherry. Déjame enviar un mensaje.

—No.

—Pan.

—De todas maneras, ¿cuándo fue la última vez que has

perseguido a alguien? Puedo sentir tu sombra a punto de estallar. Tienes energía que necesitas quemar. Hazlo antes de que la tomes con la Darling. Hazlo por mí.

Vuelve a suspirar.

—Vale. Joder.

Le doy una buena palmada en la espalda.

—Venga, vayamos a por un trago.

Nuestros pasos resuenan en la torre subterránea mientras subimos por la escalera de hierro forjado. Cuando salimos a la planta principal de la casa del árbol, cojo una buena bocanada del aire salado del mar.

En la distancia, las gaviotas gritan mientras luchan por las sobras.

Aún no puedo ver a la Darling, pero puedo sentirla.

Nuestra casa normalmente está fría y sombría. Ella ya ha conseguido que sea más cálida, y yo, a duras penas, he conocido la dulzura o la calidez.

A los Niños Perdidos les gusta bromear diciendo que hui de mi madre en cuanto nací. Pero, con total sinceridad, creo que quien me dio a luz fue la isla. No tengo ningún recuerdo de antes de despertarme aquí, rodeado de magia.

Al final del pasillo, Kas se ríe de algo y Bash resopla.

Huelo el ron en el aire, lo que quiere decir que los gemelos ya están bebiendo. Los hermanitos que nunca quise o necesité son unos cabroncetes.

Vane y yo subimos por la gran escalera y entramos al ático. Algunos de los periquitos salvajes están posados en las ramas del Árbol de Nunca Jamás; sus suaves gorjeos indican que se están quedando dormidos.

Echo de menos el sonido de su canto.

Echo muchas cosas de menos de cuando el sol brilla.

Cuando cruzo la puerta, los ojos de la Darling se fijan en mí.

No puede evitarlo. Nadie puede.

Incluso un rey sin trono llama la atención.

—Se ha alzado —dice Bash.

Lo fulmino con la mirada mientras me dirijo hacia la barra. Tenemos cientos de botellas de alcohol alineadas en la estantería, frente a una pared de espejos gastados por el tiempo y resquebrajados por falta de cuidado.

Cuando cojo mi botella favorita, miro hacia el espejo y pillo a la Darling mirándome en el reflejo. La sangre se le sube a las mejillas y aparta la mirada rápidamente.

Me sirvo un poco de ron y luego añado unos cubitos de hielo al vaso para, finalmente, volverme hacia la habitación, hacia ella.

Sigue sin mirarme.

Tomo un trago, dejo que el alcohol se deslice por mi lengua y permito que el ardor se asiente.

Me recuerda que estoy vivo.

¿Lo estoy?

Chasqueo los dedos hacia Bash, que me trae la pitillera de acero y me la abre para que pueda coger uno. Saco el mechero del bolsillo del pantalón, giro la rueda y enciendo la punta del cigarro.

El humo arde diferente que el alcohol, pero arde igualmente.

Estoy vivo.

Estoy vivo.

La Darling se sienta en el sofá de cuero en el centro. El gran sofá la hace parecer pequeña; los huesos se le marcan en el jersey.

Pagará una deuda de la que no sabe nada.

La pequeña Darling me da pena, pero no lo suficiente.

Le doy una calada al cigarro, dejo que el humo se libere y vuelvo a aspirarlo profundamente.

Esto le llama la atención. Traga con fuerza y fija la vista en el cuchillo que llevo en el brazo.

Puedo oír el rápido latir de su corazón, pero no creo que sienta tanto miedo como intriga.

Es hora de darle la primera lección.

—Levántate —le ordeno.

Mira a Kas.

—Él no puede ayudarte —digo—. Levántate, Darling.

Se pone de pie.

No lleva zapatos y los huesos de sus pies sobresalen de su carne, como las púas de un pez león.

¿Qué le ha hecho Merry?

La rabia me vuelve, pero esta vez se mezcla con algo diferente, algo que no me gusta.

—Vane —digo, y se coloca a mi lado—. Darling, síguenos.

—No corras —le advierte Bash, con un tono es suave pero enérgico.

Si sabe lo que le conviene, obedecerá.

Salimos por un conjunto de puertas que conducen al balcón. Unas escaleras descienden al patio, donde un fuego arde en un foso de piedra mientras los Niños Perdidos deambulan, beben y juegan con algunas chicas de la ciudad. Una de ellas toca tranquilamente la guitarra.

Al vernos llegar, la guitarra desafina y todo queda en silencio mientras se levantan e inclinan la cabeza al pasar.

La Darling titubea.

—Sigue —le advierte Vane, dándole un empujón.

Y ella avanza.

Tomo una última calada del cigarro y lo lanzo a un tiesto cercano. Está lleno del agua de lluvia de la tormenta ayer, y la ascua se apaga.

El final del patio da paso a una tierra dura, por donde un camino cubierto de raíces serpentea entre las palmeras y grandes plantas. Sobre el camino cuelgan crossandras y brillantes hibiscos.

La Darling arranca una crossandra de su tallo, pasa los dedos por los pétalos y, luego, inhala el aroma que desprende.

Al final de la colina, el océano acaricia la orilla. Las gaviotas tienen el viento en contra y planean, con sus alas inclinadas sobre la luz plateada de una casi luna llena.

Esa es otra cosa que echo de menos: volar.

Bajamos a la playa, y la arena blanca cruje bajo nuestros pasos.

El viento viene del norte, y juro que puedo sentir el olor de los sucios piratas.

—Mira a tu alrededor, Darling —digo.

Ella está atrapada entre Vane y yo, con los brazos cruzados

sobre el pecho.

Mira hacia la costa, primero al sur, luego al norte. Mi territorio es toda la parte sur de la isla, desde la Bahía de Plata hasta la escarpada Roca de los Abandonados. El territorio de Garfio se extiende al norte, con el área de Tilly entre nosotros.

—Esto es Nunca Jamás —le digo a la Darling—. En tu mundo, este lugar no existe.

Coge aire, elevando los hombros, pero estos rápidamente se desinflan.

—Podrías nadar durante kilómetros en cualquier dirección y nunca llegarías a ningún destino, especialmente a tu hogar.

Las gaviotas vuelven a gorgear, luego giran contra el viento y se dirigen hacia el sur. Las olas aumentan a medida que sube la marea.

—No hay escapatoria. ¿Entiendes lo que te estoy diciendo?

Se pasa la lengua por los labios.

Vane se pone rígido a mi lado.

—¿Qué hago aquí? —pregunta, dando un paso hacia adelante—. ¿Por qué te llevas a la Darling?

Está muy delgada, pero llena de fuego.

—¿Cuándo podré irme a casa?

—¿Es eso lo que quieres? —le pregunto—. ¿Irte a casa?

—¿Por qué no querría?

—Responde la pregunta.

—No quiero estar cautiva. —Su voz se eleva, y la paciencia de Vane se evapora—. No puedo ayudarte con lo que sea que quieres —dice, dejando caer los brazos a los lados mientras aprieta los puños—. Así que estás malgastando tu tiempo y... mi madre... me necesita.

—¿De verdad?

—¡Sí!

—Esta va a ser difícil —dice Vane, su voz retumbando en su garganta.

—No puedo ayudarte, así que llévame a casa y... —Se detiene, abriendo mucho los ojos.

El gusto afilado del sulfuro me florece en la lengua.

—Vane —le aviso.

La Darling da unos pasos hacia atrás, con el corazón a mil.

—¡Vane!

Se da la vuelta y echa a correr.

Agarro a Vane por los hombros y lo sacudo. Tiene ambos ojos negros, y la oscuridad de la sombra le llena las venas, emergiendo por sus ojos como una máscara torcida.

—No me habías contado que la situación estaba tan mal.

Él gruñe y se libera de mi agarre.

—Estoy bien.

—No lo estás.

Su atención se centra en la Darling, que sigue corriendo; sus pies golpean la arena y su jersey ondea tras ella.

—Ahora tengo que darle caza —digo—. Bien hecho.

—No hace falta. Lo haré yo.

Vuelvo a agarrarlo antes de que se aleje y tiro de él.

—Si la atrapas, no quedará nada de ella. Y es nuestra última puta oportunidad.

La sombra ha convertido su pelo negro en blanco y sus incisivos, en colmillos.

Por mucho que se intente convencer a él o a mí, Vane nunca ha conseguido dominar su sombra; tiene sus propios demonios con los que luchar.

—Vamos —vuelvo a decirle.

Aprieta los dientes y suelta un largo gruñido, lleno de decepción.

Vuelve a mirarla fugazmente antes de girarse y, mientras camina de vuelta por la playa, su pelo vuelve a teñirse de negro.

Se me acaba el tiempo, pero creo a Vane también.

Me cago en la puta. No tengo suficiente paciencia para esto.

La Darling avanza por la mitad de la playa; la luz de la luna la pinta de plata y azul.

Puede que no sea capaz de volar, pero aún puedo correr. La Darling nunca tuvo oportunidad.



7

WINNIE

No puedo respirar. No estoy hecha para correr.

La arena es irregular bajo mis pies y hace que cada paso sea el doble de difícil. Las lágrimas se deslizan por mi rostro.

Joder, odio llorar. Yo no lloro.

¿Hasta dónde corro? ¿Por qué estoy corriendo?

¿Acaso no me han advertido una y otra vez que no corra?

La sensación de pánico regresa y, esta vez, creo que es por mi culpa. Puede que no logre salir de esta situación negociando.

A lo lejos, hay un precipicio bordeado por el resplandor de la luz de la luna. La bruma de las olas del océano centellea en el aire nocturno que la devora.

De repente, Peter Pan aparece frente a mí y el pánico me roba todo el aire de los pulmones.

Me detengo antes de chocar contra él. Me sujeta con facilidad y me agarra de los brazos con fuerza.

—¿Qué cojones te he dicho, Darling? —pregunta, con la voz cargada de rabia.

—No lo sé... Tenía... —No logro recuperar el aliento. No sé qué está pasando—. Tenía miedo —admito, aunque no recuerdo *cuándo* empezó.

De repente, estaba aterrada, como cuando me desperté por

primera vez en la casa y Vane entró en la habitación.

Por una milésima de segundo, Pan se ablanda. Puedo sentirlo por cómo se desvanece la tensión de su cuerpo.

—Ha sido Vane —dice—. Tiene la habilidad de hacer que la gente sienta terror.

—Él... ¿qué?

—Si te sirve de consuelo, no era su intención.

Río, y por un breve instante, oigo a mi madre en mi voz, con la locura abriéndose paso.

—No es ningún consuelo. —Me enjugo una lágrima que recorre mi mejilla—. ¿Es algún tipo de... magia o algo?

—*O algo. Vamos.*

Hace un gesto hacia la casa.

—Quiero irme a casa.

—¿Por qué?

—Porque... Porque sois todos unos gilipollas.

—¿Y?

—Y... y no quiero que me *rompan*.

Una emoción pura se cuela en mi voz. No tenía intención de mostrarla, pero ha salido de todas maneras, y ahora no puedo disimularla.

Pan frunce el ceño en mi dirección.

—Cuánto te rompas depende totalmente de ti —dice—. Cuanto más luches, más difícil será.

Resoplo.

—Por supuesto. No hay manera de hacerlo por las buenas. Lo recuerdo.

Vuelve a tenderme la mano, pero me aparto.

—Darling —me avisa—, te echaré sobre mi hombro y te llevaré si es necesario.

—¿Cuándo podré irme a casa?

—Tan pronto como descubra si puedes ayudarme o no.

El viento se levanta y las olas rompen con fuerza en la orilla, así que tengo que gritarle a Pan para que me oiga.

—Y eso, ¿cuándo será?

—Me cago en la puta, ¿siempre haces tantas preguntas?

—¡Cuando me secuestran, sí!

—Joder. —Se pasa una mano por el pelo y se gira—. Estoy empezando a pensar que esto es una maldición.

—Solo dime...

—No.

Se acerca a mí, me agarra del brazo, pone su hombro en mi pecho y me levanta por encima de él.

—¡Eh!

—Resístete y te ataré y te arrastraré de vuelta a casa.

Aprieta el brazo fuertemente contra la parte posterior de mis muslos. Sigo llevando mi vestido camisero y el dobladillo se sube. En cualquier momento podría estar enseñándole mis partes. Y luchar contra él solo hará que la falda se levante aún más.

No opongo resistencia y me quedo colgando sobre su hombro mientras camina por la playa.

—Vuelve a salir corriendo, Darling, y la próxima vez dejaré que sea Vane quien te dé caza —me amenaza.

El corazón me retumba en los oídos. Siento como si fuera a ahogarme en el terror. No puedo ni imaginar cómo se siente que Vane te persiga mientras su... *magia*... hace lo que hace.

¿Realmente voy a creer en todo esto?

Peter Pan apareció en mi decimotavo cumpleaños, tal y como mi madre me advirtió que haría.

Llegó y me secuestró.

No puedo seguir negando la realidad. Cuanto antes lo acepte, más rápido podré averiguar cómo escapar.

Pan me lleva de vuelta a casa a través del grupo de chicos reunidos alrededor de la hoguera. Puedo sentir cómo todos me observan, tirada sobre los hombros de Pan cual trofeo.

Él no les dice nada, y la guitarra vuelve a sonar cuando llegamos al balcón de piedra de la casa.

Una vez dentro, me arroja bruscamente sobre el sofá, con la falda subida hasta la cintura.

Los gemelos se dan cuenta.

Me tomo mi tiempo para colocarla bien.

Pan se dirige a la barra y se sirve otra bebida. Cuando regresa con ella en la mano, se sienta en uno de los lujosos sillones de cuero frente a mí. Si es del mismo cuero que el sofá, es tan suave como la mantequilla.

La casa no es ostentosa, pero hay ciertos detalles que demuestran riqueza: los muebles, la barra y todas esas botellas alineadas como trofeos.

Aunque algunas partes de la casa están deterioradas por el paso del tiempo, en ello también hay belleza, como en una estatua de mármol agrietada de una antigua diosa griega.

Pan deja su vaso en el brazo del sillón, recuesta la cabeza en el respaldo y cierra los ojos.

«¿Qué has hecho?», me preguntan claramente los gemelos con una mirada.

Ha sido Vane. No yo. Estoy bastante segura de que, si él no hubiera utilizado su poder sobre mí, yo no hubiera echado a correr.

Bash saca otro cigarro, lo enciende, y da una calada. Luego se levanta, cruza la habitación y se lo pasa a Pan, que abre los ojos y acepta la ofrenda. Toma el cigarro entre el pulgar y el dedo índice y le da una calada. Cuando exhala, el humo forma una nube sobre nosotros y asciende hasta las vigas desnudas.

A mi izquierda, del árbol que ha crecido justo en el centro de su casa empiezan a caer algunas hojas suavemente, como si fueran plumas, hasta el suelo.

—Esto es lo que tienes que saber, Darling —dice Pan, aunque sigue mirando al techo, con la cabeza recostada sobre el sillón—. Hace mucho tiempo, las Darling me quitaron algo, lo escondieron, y lo quiero de vuelta. Y tú vas a ayudarme a encontrarlo.

—No sé dónde...

—Silencio.

Su mirada recae sobre mí. Ahora, con la luz de la casa, me doy cuenta de que tiene unos ojos tan azules que casi parecen blancos, rodeados de un círculo negro.

Un escalofrío me recorre los hombros y me aferro al jersey.

—No necesito tu permiso para hurgar en tu cabeza, y tampoco

lo estoy pidiendo. —Se sienta hacia delante—. Cooperera y todos obtendremos lo que queremos más rápido que si no lo haces.

Da otra calada, y el humo le envuelve la cara.

Creo que es la primera vez que lo miro de verdad. Cuando se presentó en mi casa, yo estaba demasiado anonadada como para fijarme en él. Y en la playa, estaba oculto en la oscuridad.

Tiene las mangas de la camisa remangadas hasta los codos, dejando al descubierto la tinta negra que cubre tanto sus brazos como sus manos. Los anillos de plata de sus dedos brillan bajo la luz mientras sujeta el vaso con fuerza.

Los tatuajes me distraen, y lo agradezco. Es difícil mirarlo directamente a la cara.

Cuando lo hago, el estómago me da un vuelco.

Hay algo encantador en él. Antinatural. *Inquietante*. Como un árbol seco que crece sobre un lago oscuro.

Algo que no debería existir, pero, sin embargo, existe.

Solo con mirarlo ya te cuenta una historia: soy indestructible. Inquebrantable.

Es difícil mirarlo, pero lo es aún más apartar la mirada.

—¿Me entiendes, Darling? —me pregunta.

Trago el nudo que se me ha formado en la garganta.

—Sí.

—Buena chica. —Se levanta—. Devolvedla a su habitación.

Los gemelos comparten una mirada.

—Ahora.

Empiezan a moverse mientras Pan desaparece de la vista.

—Vamos, Darling. —Kas me levanta mientras Bash comienza a bajar por el pasillo—. Te arroparemos y prometemos ser más amables que Pan. —Termina con una risa que me da la sensación de que es sarcástica.

Me llevan por el pasillo hasta el dormitorio y vuelven a encadenarme a la cama. Kas lo hace con delicadeza, pero veo cómo su mirada se fija en mi cuerpo. Es una sensación extraña, estar prisionera en una casa llena de chicos. Hace un año, esto me hubiera parecido una fiesta; ahora es tan solo el resultado de haber vivido entre el miedo y el engaño.

—Para ser tu primer día en Nunca Jamás, lo has hecho bastante bien, Darling —dice Bash.

—Estoy encadenada a una cama. No es como si tuviera elección.

Kas tensa la mandíbula.

—Siempre tenemos elección.

—Si nos necesitas, echa un grito, Darling —dice Bash.

Me dejan con la luz parpadeante de un farol y cierran la puerta tras ellos con un chasquido.



8

WINNIE

El verano de mi decimotercer cumpleaños lo pasé viviendo con mamá en una casa en ruinas, encajada entre dos vecinas en guerra: una mojitata y una prostituta.

Starla era la prostituta, una conocida de mamá que nos ayudaba a pagar el alquiler. Beth Anne era la mojitata, y odiaba a Starla.

«Esa vil mujer. Es una desgracia para este barrio», solía decir cuando miraba hacia el camino agrietado que llevaba a la bonita casita amarilla de Starla.

Lo más irónico era que la casa de Starla era, de lejos, la más bonita del vecindario.

No tardé en darme cuenta de que Starla era rica y su cuerpo era su moneda de cambio; además, sabía utilizarlo mejor que mamá.

Por mucho que fingiera lo contrario, Beth Anne envidiaba en secreto a Starla. No creo que fuera tanto por el sexo desenfrenado como por la libertad.

El marido de Beth Anne la ignoraba y, probablemente, la odiara. Estaba atrapada y odiaba que Starla no lo estuviera.

Me encantaba Starla. Me encantaba escucharla, observarla y aprender de ella.

«Quiero ser millonaria», me dijo una tarde mientras me

cuidaba. «Estoy cerca de serlo. Solo unos años más y tendré el valor de siete cifras».

Era difícil imaginar tanto dinero, pero, en realidad, lo que no lograba entender era la confianza de Starla.

¿Cómo lo hacía? ¿Cómo podía sentirse tan bien consigo misma?

Durante todo ese verano, la estudié, intentando aprender sus secretos. Siempre me había gustado observar a la gente, y descubrí que era más fácil leerlos cuando no se daban cuenta de que estaban siendo observados.

Starla siempre estaba dispuesta a entablar conversación con la gente y tenía la costumbre de tocarlos, incluso a los extraños: una mano en el hombro, un apretón en el brazo. A los hombres les encantaba. Y no importaba dónde estuviéramos ni qué preguntara Starla, los hombres se doblegaban a su voluntad.

Una tarde, consiguió convencer a un hombre, un extraño, de que nos pagara la comida. Al final del verano, llegó a la entrada de su casa con un SUV a estrenar que algún tipo le había comprado.

«¿Es tu novio?», le pregunté.

Ella rio.

«Mi pequeña, a mí no me van los novios. Los hombres son mis juguetes y, a menudo, juego con ellos».

Quería que ella fuera mi madre.

Cuando perdimos esa casa de alquiler porque mamá se atrasó con los pagos, me quedé destrozada. Starla me dijo que podía visitarla cuando quisiera, pero mamá encontró un piso dos condados más allá.

No volví a ver a Starla.

A veces pienso en ella y me pregunto si habrá llegado a las siete cifras o no. Seguro que sí.

Mientras estoy encadenada a una cama en un sitio que no conozco, no puedo evitar preguntarme qué haría Starla.

Ella no estaría preocupada. No tendría miedo. Starla idearía un plan y actuaría.

Antes de Pan, antes de Nunca Jamás, pensaba que mi destino

era volverme loca como mi madre y que nada podría evitarlo. Creía que la locura corría por mis venas, pero ahora pienso que ocurre aquí, en Nunca Jamás.

Así que tengo que averiguar cómo evitar que suceda. Y el hecho de que tenga la oportunidad de detenerlo es más de lo que jamás imaginé.

Nunca he sido una mojigata, no como Beth Anne. No tuve el lujo de serlo.

Fue por eso por lo que me tiré a medio equipo de baloncesto durante el primer curso de instituto. Me daban todo lo que quería y necesitaba. A veces me llevaban al instituto, otras veces me pagaban la comida, y, en ocasiones, era solo por la sensación de sentirme viva.

Ese año me pusieron el mote de Winnie la zorra.

Entonces no me importaba. Y sigue sin importarme ahora.

Y si Starla estuviera aquí, me diría que utilice lo que tengo.

«La mayoría de los hombres no se dan cuenta de esto», me dijo una vez, «pero nosotras, las chicas, también tenemos una caja de herramientas. La nuestra no está llena de martillos, llaves inglesas y destornilladores, sino que tenemos estas». Se apretó las tetas. «Y esto». Se dio un golpecito en la sien. «Y no hay mayor poder que unas tetas y una mente, pequeña».

La manera en que Kas me repasó con la mirada...

Si alguno de ellos es el eslabón débil, es él.

¿Puede llevarme a casa? ¿Sabe cómo salir de la isla? Estoy convencida de que puedo ponerlo de mi parte.

En la oscuridad de mi habitación, una idea se apodera de mí.

Me siento, me aclaro la garganta y llamo a Kas. En cuestión de segundos, sus pasos resuenan fuera de la puerta de mi habitación y el corazón me late con fuerza.

Voy a follarme a un Niño Perdido.



9

KAS

Si la Darling me llama, voy.

Bash y yo somos sus guardianes, como siempre. Durante décadas, hemos cuidado a las Darling. Miramos, pero no tocamos.

La encuentro sentada en la cama, llorando, y de inmediato quiero hacerla sentir mejor. Pan siempre dice que soy el más sensible de los cuatro.

—¿Qué pasa? —pregunto mientras me siento al borde de la cama, a su lado.

—Tengo miedo —dice ella, y se deja caer contra mí, agarrándose la camisa.

Solloza y me doy por vencido. ¿Cómo podría resistirme?

La acerco aún más, notando cómo le tiembla el cuerpo.

Puedo oír a Bash en mi mente: «es una muy mala idea», pero sé perfectamente lo que estoy haciendo. No pierdo el control tan fácilmente como Vane, y desde luego no actúo sin pensar como Bash. Puedo controlar a una llorona Darling sin intentar follármela.

—Winnie, todo saldrá bien —digo.

—Va a romperme.

—No, no lo hará.

—Sí, lo hará. Tal y como rompió a mi madre.

Sus lágrimas me mojan la camisa mientras oigo el rápido latido

de su corazón y siento el pulso acelerado de la sangre en sus venas. Bash y yo no somos como Pan y Vane, pero no por ello somos menos monstruos.

Pone su mano sobre mi muslo y se acerca aún más. Al sentir el contacto, mi polla reacciona.

—Darling —digo con voz ronca y siniestra—. Debería irme.

—No. Espera. —Intenta envolverme el bíceps con su pequeña mano—. No quiero estar sola.

Se me contrae el pecho.

—Por favor, quédate. —Su voz se quiebra en un lloriqueo.

—Solo un minuto —le digo.

—Gracias.

Durante un rato permanecemos en silencio, y ese silencio me perturba.

—¿Quieres ver algo? —le pregunto.

De repente, se pone en guardia.

—¿Como qué?

—Túmbate.

La cadena traquetea cuando lo hace y la cama chirría. Esta Darling es demasiado confiada, y yo estoy llegando a mi límite.

Me tumbo a su lado.

La luz de la luna se cuela por la ventana detrás de nosotros, extendiéndose por las paredes.

Durante la luna llena mi magia se despierta, creciendo con su luz como las mareas. Ni siquiera tengo que pensarlo, una ilusión irrumpe en el techo.

A mi lado, la Darling lanza un grito de asombro, y no puedo evitar sonreír.

—¿Qué es eso? —pregunta.

El cielo nocturno se despliega sobre nosotros en tonos brillantes de negro, azul y violeta, mientras las estrellas centellean en la oscuridad. A algunas Darling les gusta la magia; a otras, no. Algunas hasta creen que simplemente se trata de una ilusión óptica, pero todo es real.

Nunca Jamás está llena de magia. O, al menos, lo estuvo hace tiempo; ahora se está muriendo. Y ese es el motivo por el que la

Darling está aquí: salvar al rey, salvar la isla. Después de tantos siglos, resulta una idea ridícula; a veces olvido que Pan es un rey, que hay algo que gobernar. La isla nunca volverá a ser como era antes de que Pan perdiera su sombra.

Ni siquiera sé por qué seguimos luchando. Por la magia, supongo, o quizás por la tierra. Pero para Pan, a veces creo que es por el poder; a él le importan una mierda los hibiscos, los lirios o incluso los arbustos de moras. Un rey no puede convertirse en otra cosa: siempre será un rey, y sin el trono, no es nada.

La Darling se gira y me mira. La luz de las estrellas sobre nosotros se vuelve más brillante, y ni siquiera puedo ocultar que la ilusión está ligada a mí.

Los demás odian cuando una Darling llega a Nunca Jamás, pero a mí siempre me ha gustado porque rompe la rutina.

—¿Qué eres? —pregunta.

Río por lo bajo.

—Soy muchas cosas, Darling.

—Pero esto —dice, alzando la mano y gesticulando hacia el techo—, ¿qué es esto? ¿Cómo puedes hacerlo?

Bash y yo no hablamos de dónde venimos, porque nunca podremos volver a casa.

—En tu mundo —le digo—, tengo entendido que nos llamaríais «hadas».

Ella ríe, y la luz parpadeante de las estrellas juega con la línea de su frente.

—Pero no creo en las...

La callo con un manotazo, y su jadeo de asombro se escapa por mis dedos.

—No lo digas. —Frunce el ceño—. Prométeme que no lo harás.

Ella asiente rápidamente, permitiéndome apartar la mano.

—¿Por qué no? —pregunta—. ¿Por qué no se puede decir que no se cree en...?

—Darling. —Su nombre es un gruñido y siento el corazón latir con fuerza en mis oídos—. Si lo dices, muero.

—¿Qué? —La pregunta sale como una risa—. No puede ser cierto.

—Bueno, pues lo es.

De repente, me acuerdo de mi madre, de la forma de sus alas, de su piel brillante.

—Si dices esas palabras, un hada muere. Tan simple como eso. Así que prométeme que no lo dirás.

Se reacomoda en la cama.

—Lo prometo.

Me vuelvo a tumbar a su lado.

—Si eres un hada, ¿dónde están tus alas?

—Las perdí —confieso, con una mezcla de tristeza y rabia.

—¿Qué les pasó?

Suspiro.

—Es una larga historia.

Me mira con el ceño fruncido; supongo que esperaba que esta conversación tomara un rumbo completamente distinto.

—Has dicho que, en mi mundo, te llamarían «hada». ¿Cómo te llaman aquí?

—Fae es una palabra más exacta —explico—. No todos somos seres de luz encantadores, a diferencia de mi madre. Los faes de aquí se bañan en sangre. Pero tenemos una norma: no matarnos entre nosotros.

Bash y yo, sin embargo, rompimos esa regla.

—¿Y Pan? —pregunta la Darling.

—No es fae.

—¿Qué es, entonces?

Me doy cuenta de que estoy hablando demasiado. La luz de las estrellas sobre el techo titila y se desvanece.

—No es cosa mía contártelo, Darling.

Ella resopla y se acomoda a mi lado. La cama chirría.

Esta Darling me está gustando demasiado. Puede que no sepa lo que estoy haciendo, después de todo.

Se pone de lado y coloca las manos bajo la cabeza. Más allá de la casa, las olas rompen en la orilla y puedo saborear en el aire el presagio de una tormenta de verano.

—¿Y qué hay de tus tatuajes? —pregunta mientras extiende una

mano y, con un dedo, traza una de las líneas curvas de mis marcas —. ¿Tienen algún significado?

—Sí, una vez lo tuvieron.

—¿Y ahora?

—Ahora solo son un recordatorio.

Siento un estremecimiento cuando su dedo recorre una línea desde mi cuello hasta el borde de la camisa. Para los faes, los tatuajes son un símbolo de estatus. Se supone que Bash y yo éramos importantes, y ahora llevamos la advertencia sobre la piel.

Ella desliza sus manos por mi pecho y mi vientre, haciendo que mis abdominales se contraigan.

Joder, estoy más duro que una piedra.

Su mano sigue descendiendo, pero le agarro la muñeca.

—No.

—No, ¿qué?

—Sé lo que estás haciendo.

—¿Y qué es?

—Estás intentando crear tensión en el grupo. No eres la primera en pensar que eres más inteligente que nosotros. No lo eres, Darling. Sea cual sea la estrategia que estés planeando, ya lo hemos visto antes. Hemos presenciado todo tipo de avances y las Darling siempre acaban doblegándose.

Quiero follármela solo para darle una lección. La marea sube y mi magia golpea mis costillas. De una manera u otra, todos estamos ligados a la noche; es mejor que las criaturas oscuras permanezcan en la noche.

—No tocamos a las Darling —le digo, levantándome.

—Yo no... Quiero decir...

—Buenas noches, Darling —digo al salir de la habitación y cerrar la puerta tras de mí.

Al reajustarme la polla, siento casi dolor. Necesito... *algo*.

Cruzo el ático hasta el balcón.

—¿A dónde vas? —me pregunta Bash.

—Fuera —respondo.

El resto de los Niños Perdidos están sentados alrededor de una

hoguera junto a una docena de chicas de la ciudad, siempre desesperadas por tener la atención del Rey y sus hombres. Escojo una, cualquiera servirá.

—Tú —le digo a una chica de pelo castaño oscuro—. Ponte de rodillas.

Abre los ojos de par en par y mira a los demás.

—De rodillas o te largas. Escoge.

Se lame los labios y se levanta para unirse a mí en el patio. Me desabrocha los pantalones, me saca la polla y la acaricia con la mano.

Joder.

El vello de la nuca se me eriza y la magia colma el aire; puedo hacer que cualquier cosa parezca real, crear una ilusión tan tangible que se pueda tocar. Pero hay algo que no puedo fingir: que no estoy tan mal de la cabeza como los demás.

La chica me toma en su boca de forma lenta, dulce y vacilante, y lo odio. Hundo la mano en su pelo y me empujo hasta el fondo de su garganta. Se ahoga; los ojos se le llenan de lágrimas y los demás observan cómo le follo la boca salvajemente, sin piedad. Ella lo acepta, cada centímetro, y durante todo el acto no puedo evitar imaginarme que son los labios de la Darling los que envuelven mi polla.

Después de todo, tal vez sí sabe lo que está haciendo.



10

WINNIE

La cadena con la que me han atado es lo suficientemente larga como para salir de la cama y alcanzar las ventanas. Con las persianas levantadas puedo oír todo lo que ocurre ahí abajo. Oigo a Kas decirle a una chica que se ponga de rodillas. Ella lo hace sin rechistar y el resto de las personas reunidas alrededor del fuego los observa.

Mientras miro, una extraña sensación me invade el pecho. Esa imagen me provoca un calor intenso entre las piernas y, de repente, estoy mojada.

Era *yo* la que debía hacerlo, esa debería ser yo. Pero verlo... ¿Por qué me excita tanto?

La chica comienza a atragantarse, pero él no cede. Me tiene embelesada; las embestidas de su cadera, el reflejo de la luz de la luna en su pelo oscuro, las oscuras líneas rectas de sus tatuajes y...

De repente, la puerta de la habitación se abre de golpe. Una oscura figura entra, agarra mi cadena y tira de mí hacia atrás. Pierdo el equilibrio y tropiezo. Entonces, Bash me sujeta y me agarra del cuello.

—¿Qué le has dicho, Darling?

—¿Qué? Yo no he...

—Conozco a mi hermano; después de todo, es mi otra mitad.

La luz de luna se cuela por la ventana lo suficiente como para revelar la gran expresión de enfado en el rostro de Bash. Pueden ser idénticos, pero sus rasgos son más marcados. Tiene que ser el mayor de los dos, el protector de Kas, aunque dudo que necesite protección.

—No he hecho nada.

Bash ejerce más fuerza sobre mí.

—Todas vosotras, putas Darling, sois iguales. Actuáis como si fuerais inocentes, como si fuerais las víctimas...

—¡Lo somos!

Resopla.

—Sigue diciéndote eso.

—*Vosotros* me habéis secuestrado. ¡Yo no quiero estar aquí!

Bash me da la vuelta y me arrincona contra la pared, dejándome sin aliento.

—¿Crees que te queremos aquí? —dice—. ¿Crees que esto es divertido para nosotros? ¿Ver cómo Pan muere lentamente frente a nuestros ojos? ¿Sentir cómo la isla se rebela, como si quisiera escupirnos? ¿Crees que les hemos pedido a las Darling que...?

Se corta a sí mismo y coge una gran y profunda bocanada de aire. Se le abren las fosas nasales.

—¿Pan se está muriendo? —digo, frunciendo el ceño. A Bash le tiembla un ojo—. ¿Por qué se está muriendo?

Me quita la mano del cuello y la pasa por mi hombro, presionando su pulgar sobre el hueco entre mis clavículas.

Sigo encendida por ver a su hermano follarse la boca de una chica y el corazón me va a mil en el pecho.

Bash me mira a los ojos, entrecerrando la mirada, y su respiración se acelera. Me doy cuenta de que me equivoqué al intentar ir primero a por Kas, pensé que tendría que ser él, ya que era el más amable, pero justamente por eso mismo no me tocaría. No sería el primero en hacerlo, al menos.

«Starla, haré que te sientas orgullosa», pienso.

«Te follas al que esté preparado», diría ella.

No es la primera vez que utilizo mi cuerpo para conseguir lo que quiero.

Dejo escapar un pequeño gemido mientras Bash aprieta los dientes, aferrándose a mí.

Puedo sentir su polla dura contra mi muslo. Empujo las caderas hacia delante y me muevo contra él. Gruñe.

Estoy segura: Bash me follará. Y cuando lo haga, Kas se cabreará, Pan se cabreará y Vane... No estoy segura de qué hará, pero habré empezado algo.

Llamo a mi Starla interior y extendiendo la mano entre nosotros hasta llegar a Bash. Las aletas de su nariz se dilatan y, del fondo de su pecho, emerge un rugido.

Lo acaricio a través de los pantalones.

—Darling, estás jugando con fuego —me advierte.

—Ah, ¿sí?

Bash desliza la mano hasta mi cuello y aprieta los dientes de nuevo. Yo subo mi mano y la cuelo debajo de la cintura de sus pantalones hasta sentir el calor de su polla. La punta se hincha y le paso el pulgar por el glande.

—A tomar por culo —dice, girándome y sentándose al borde de la cama, colocándose en su regazo.

Se la ha sacado antes de que pueda coger aire, me aparta las bragas y entra en mí.

—Fóllame, Darling —me ordena, y el triunfo casi se me escapa en forma de un agudo chillido.

Pongo las rodillas sobre la cama, lo rodeo con los brazos y comienzo a deslizarme arriba y abajo. él me agarra de las caderas con fuerza y se introduce profundamente en mí.

—Joder. Esto es mala idea.

—Yo creo que es una idea estupenda.

Me embiste y, de un movimiento, le arranco la camisa. Si voy a utilizar mi cuerpo para conseguir lo que quiero, al menos deseo poder admirar lo que recibo a cambio.

Bash es puro músculo y está cubierto de esas líneas oscuras. Sus abdominales se contraen mientras empuja dentro de mí.

—Joder, Darling. Me cago en la puta. Pan me va a matar.

Me tira del cuello del vestido, descubre uno de mis pechos y se

lleva el pezón a la boca. Muerde. Grito y tiemblo, pero me sujeta con más fuerza.

Froto mi clítoris contra él, y mi placer aumenta.

Me estoy follando a un Niño Perdido.

Tengo un plan. Voy a salir de aquí, y luego...

Siento a Peter Pan antes de verlo.

Y cuando entra en la habitación, Bash se queda inmóvil debajo de mí.

Lo primero que veo es el resplandor de un mechero: la llama baila en la oscuridad, quemando la punta del cigarro que tiene en la boca.

Bash está dentro de mí.

Pan apaga el mechero con un golpe seco, luego le da una calada al cigarro y la brasa brillante arde en un naranja neón.

—No paréis por mí —dice al exhalar el humo.

Entra y se sienta en el sillón orejero, justo detrás de mí.

Bash exhala, casi como un suspiro. Sigue duro, aún dentro de mí, pero no se mueve.

—Vamos —dice Pan—. Fóllatela.

—Pan... Yo no...

—Que te la folles, Bash. Ahora.

Bash me mira, y no sé si su expresión refleja arrepentimiento o alivio. Me alza y guía mis caderas a lo largo de su longitud.

No puedo ver a Pan, pero siento su intensa mirada en mi culo y, de alguna manera, es lo más erótico que he experimentado en mi vida. Me gusta más de lo que debería. Puede que me haya follado a la mitad del equipo de baloncesto, pero nunca a todos a la vez.

Bash acelera el ritmo y yo le acompaño, moviéndome mientras nos acercamos al clímax, hasta que la habitación se llena de humo y del olor a tabaco quemado. Mi clítoris late, desesperado por ser tocado, y me balanceo hacia delante, restregándome contra Bash.

—Joder, Darling. Así.

Se vuelve aún más duro dentro de mí.

—Joder. Joder, sí.

Su pecho sube y baja con fuerza. Luego, todos los músculos de

su cuerpo se tensan, gruñe y se deja caer sobre mí, derramando su semen en mi interior.

Estoy tan cerca... Solo necesito unas embestidas más.

Jadeo contra el cuello de Bash y me agarro a él con fuerza, empapada de sudor y del calor del aire de verano.

Tan cerca. Tan cerca.

Un brazo fuerte me rodea la cintura y me aparta de Bash, robándome el placer y el calor.

Estoy cachonda, mojada y el semen me corre por el muslo.

—Vete —le dice a Bash.

—Me cago en la puta, Pan —responde Bash mientras se sube los pantalones—. Si estás intentando darme una lección, llegas tarde.

—Fuera —advierte Pan, que aún me tiene contra su pecho.

Una vez que Bash se ha ido, Pan me da la vuelta y me arroja sobre el sillón orejero. La cadena traquetea y se tensa.

Me señala con un dedo, y un anillo de plata resplandece bajo la luz de la luna.

—No tienes ni idea de la mierda en la que te estás metiendo.

—Me han secuestrado. Creo que lo sé muy bien.

Se enfada visiblemente.

Bien.

Esto es lo que quería: romper sus muros, descubrir sus debilidades. Este es mi talento. Puedo hacerlo.

Me subo el dobladillo del vestido. En las bragas hay una marca oscura y húmeda, mezcla de excitación y del semen de Bash.

Pan no puede evitar mirar entre mis piernas y aprieta la mandíbula al acercarse.

Con mano firme, me aparto las bragas, bajo los dedos por mi hendidura húmeda y me introduzco la punta de un dedo.

Lo estoy disfrutando. Tal vez más de lo que debería. Me siento como una niña a la que le han dado vía libre en una feria local: quiero montar en todas las atracciones y jugar a todos los juegos. En verdad, ¿qué tengo que perder? Ayer creía que nada de esto era real. Tal vez no lo sea. Tal vez todo esto sea un sueño en el que, de ser así, puedo hacer lo que me dé la gana.

Gimo mientras me froto el clítoris. Pan me mira. Sus ojos, casi blancos, relucen a la luz de la luna. No sé qué es él, pero creo que tampoco me importa. Lo único cierto es que él es mi captor y no voy a permitir que me controle.

Me hundo en el sillón, abro aún más las piernas y acelero el ritmo. Pan me ha apartado cuando estaba a punto de correrme. Estoy *tan* cerca. Lucho contra las ganas de cerrar los ojos y sucumbir al abrasador calor. Quiero mirarlo cuando me corra. Quiero saber cómo lo hace sentir, porque, independientemente de lo que estos chicos sean, creo que puedo leerlos como un libro abierto, y cualquier palabra que descifre, la usaré en su contra más tarde.

La anticipación del orgasmo envía un escalofrío por mi columna y me arqueo contra el sillón, hundiéndome aún más en él. Pan posa la mirada en mi coño mientras me acaricio el clítoris. Está tan hambriento. El calor abrasador entre mis piernas casi me consume, y sus fosas nasales se dilatan. Peter Pan era un mito, y ahora es real, hechizado por la escena como si fuera un espejismo.

Mientras desciendo hacia el placer, la mano de Pan se desliza por mi muslo y se me pone la piel de gallina.

«Tócame», pienso.

Tócame.

Ralentizo el ritmo, mantengo los dedos sobre el clítoris, intentando mantener el orgasmo a raya solo para ver qué hará Pan. Tras un instante, hunde dos dedos dentro de mí hasta el primer nudillo. Se me corta la respiración. Los saca lentamente y, a continuación, los vuelve a meter con fuerza, empujándome contra el sillón.

Un mito me está haciendo dedos. Por Dios.

—No pares, Darling —ordena.

Vuelvo a acariciarme el clítoris, excitándome de nuevo, y Pan saca sus dedos de mí para introducirlos en mi boca. Abro los ojos de golpe, puedo saborear el dulzor de mis jugos mezclado con el fuerte sabor del semen.

—Límpialos.

Paso la lengua por sus dedos, tal y como me ordena, y entrecierra los ojos.

—¿A qué sabe? —pregunta, apretando la mandíbula, esperando una respuesta.

—No... No lo sé.

—A problemas —me dice—. Sucia zorra Darling.

Sus palabras encienden algo en mí.

—Oh, joder —digo en un gemido—. Sí.

Estoy tan cachonda, tan tensa, tan perdida en el olvido, que la ola rompe en un instante. Mis paredes internas se contraen y contengo la respiración, con todo el cuerpo en tensión. No quiero que termine.

El calor me inunda y me repliego sobre mí misma, encogiendo los dedos de los pies. Intento alzar las rodillas, pero Pan las empuja hacia atrás, manteniéndome abierta. Jadeo, sin aliento y un poco mareada. Me ha encendido como una supernova.

Pan me agarra bruscamente de la mandíbula y me obliga a mirarlo mientras el sudor me inunda la frente y el pecho, y me cuesta respirar. La furia le ha afilado los rasgos.

—No nos follamos a las Darling —me dice—. Deja de hacer el gilipollas o te arrepentirás.

Luego me deja en el sillón, completamente mojada y sucia.



11

PETER PAN

Estoy tan empalmado y cabreado que podría partir a la Darling en dos. Ese coño mojado suplicaba que lo follara y ella sabía exactamente lo que estaba haciendo, ejecutándolo a la perfección.

Salgo al balcón y enciendo otro cigarro, pero no es suficiente, no es lo que quiero.

El humo, que me arde en los pulmones, alivia algo la tensión en mis hombros mientras apoyo las manos sobre la barandilla de piedra. Los demás Niños Perdidos se han dispersado, pero la hoguera sigue ardiendo en el foso. En algún lugar del bosque que nos rodea, un ruiseñor entona una melodía en la noche mientras el viento cambia y las hojas de las palmeras susurran.

Al subir las escaleras se me une Vane, quien también está relajado, incluso más que yo, lo percibo por la energía que se respira en el aire. Puede que no tenga todo mi poder, pero al menos tengo esto.

—¿Te has encargado de ello? ¿De Cherry? —le pregunto.

Asiente, pero su cara me dice que no le ha gustado.

—Sí.

—¿Ha sobrevivido?

—A duras penas.

—Nunca saben qué es lo que piden.

Y no hablo solo de Cherry.

Doy otra calada y dejo que el humo se desvanezca solo.

—Cherry lo sabía. Pero lo pidió igualmente —comenta Vane, señalándome con la barbilla—. ¿Por qué parece que vayas a matar a alguien?

Suspiro.

—Bash se ha follado a la Darling.

Y luego le he hecho dedos.

Aún puedo olerla cada puta vez que me llevo el cigarro a la boca, tan dulce, tan tentadora.

—Joder —dice Vane, apoyándose en la barandilla y cruzando los brazos sobre el pecho—. ¿Y tú? —pregunta.

Se me oscurece la mirada.

—¿Qué pasa conmigo?

—Puedo olerla en ti. No soy un puto idiota.

—Le he dado una lección.

—¿Y tú también has aprendido algo?

Doy una última calada y aplasto el cigarro en un cuenco de cristal a mi lado, dejando que el humo se escape de un soplido.

—Si esta ya te está ganando, tenemos un buen problema —dice.

—Vane...

—No le dejes hacerlo.

—No lo haré, joder.

Me mira con un ojo violeta y otro negro. Su sombra está tranquila, pero puedo sentirla acechando bajo su piel; nunca satisfecha del todo. Vane y su sombra provienen de otra isla, una más sombría. E incluso sin la sombra, seguiría siendo aterrador.

Sigo sin saber cómo lo convencí de abandonar su isla. Nunca me contó su historia y yo nunca le pregunté. Pero, cuanto más tiempo pasa aquí, más le cuesta contener su naturaleza, sus deseos. Está luchando una batalla diferente a la mía; sin embargo, ambos luchamos.

—Estaré bien —le digo, a lo que asiente.

—No te quedes fuera demasiado tiempo. El sol está a punto de salir.

Cuando se va, me quedo en el balcón, encorvado sobre la barandilla durante más tiempo del que debería. Cuanto más se acerca el sol al horizonte, más me duele la piel y más se me remueve el estómago.

Tenemos que aguantar el tiempo suficiente para meternos en la cabeza de la Darling, hurgar en sus recuerdos y ver qué podemos sacar. Solo quedan dos noches hasta la luna llena. Esperaremos hasta entonces.

Cuando el primer rayo de luz asoma por el horizonte, vacilo y absorbo el color del día. Mi piel no tarda ni diez segundos en agrietarse y el dolor, un ardor punzante, me invade las venas. Sin mi sombra, la luz del día es mi sentencia de muerte.

Corro hasta la tumba, dejando tras de mí una estela de humo.



12

WINNIE

A la mañana siguiente, me levanto mientras el sol ya se encuentra en lo alto en el cielo. El aire es cálido pero con algo de corriente, y habiendo dejado las ventanas abiertas toda la noche, la luz del sol y la brisa del océano se cuelan con facilidad. Si no fuera porque un mito me secuestró y me llevó a una isla remota y, además, estoy encadenada a una cama, pensaría que estoy disfrutando de las mejores vacaciones de mi vida.

Las olas rompen rítmicamente contra las rocas y la arena. Acerco el sillón a una de las ventanas, me pongo cómoda y apoyo los pies descalzos en el alféizar. Permanezco así durante una hora, observando las gaviotas ir y venir por la playa. Fuera no hay nadie, más allá de mi habitación no se percibe movimiento. Creo que en esta casa todos son noctámbulos.

Mientras permanezco sentada, no puedo evitar fantasear con lo acontecido anoche. Siento un ardiente hormigueo entre las piernas y aprieto los muslos, tratando de ahuyentar mi excitación. Mi intención era crear discordancia entre los Niños Perdidos, pero lo de anoche lo disfruté mucho más de lo que había planeado.

Me gusta que me llamen «zorra». Si Pan me dijera «zorra» y me follara...

—Buenos días.

Me enderezo al oír esa voz, y en ese instante Cherry entra.

—Por Dios. Me has asustado.

—Lo siento —dice, acercándose a la cama y dejando una bandeja con comida.

—¿Qué te ha pasado? —le pregunto al levantarme, notando los rasguños en su rostro y los moratones en los brazos.

—Me he caído.

—¿Dónde? ¿En un barril lleno de cristales rotos?

Me ignora.

—Traigo café recién hecho. ¿Quieres leche o azúcar?

Junto al café hay un plato con tostadas y un bol de fruta.

—Un poco de leche estaría bien.

Cherry quita la tapa de uno de los tazones y vierte la leche, haciendo que el café se aclare.

—¿Has dormido bien? —pregunta.

Por extraño que parezca, sí. Hacía mucho que no dormía tan bien.

—Come —dice Cherry—. He recogido las bayas esta misma mañana, son frescas. El arbusto ya casi no produce, rara vez lo hace, así que esto aquí se considera oro. Para que lo sepas.

Me acerco y me siento sobre la gran cama, acompañada de la cadena que me mantiene atada. Cherry pone mala cara.

—¿No te gustan mis nuevas joyas? —le pregunto, y levanto el brazo con un gesto ostentoso—. Es muy vanguardista.

Ríe. Tiene una risa tintineante que me recuerda a la Navidad, a las bolas de nieve y a los elfos.

—Eres muy guapa —dice.

—Lo sé —respondo.

Me frunce el ceño.

—Es mejor conocer las virtudes de uno mismo —digo, repitiendo las palabras de Starla.

Cherry sacude la cabeza.

—No sé si tengo alguna.

—Claro que sí —insisto.

Me siento sobre las piernas y le doy un sorbo al café, que es la

mejor taza de café que he probado en mi vida, mejor que Starbucks.
¿Por qué todo sabe mejor aquí?

—Tu pelo y tus pecas son una virtud —le digo a Cherry—. Y tienes cierta apariencia inocente. ¿Sabrías ser mala?

Ríe con nerviosismo.

—Creo que no.

—Estoy segura de que te subestima.

Sabe a quién me refiero.

—Yo... —Mira la sábana arrugada al final de la cama—. No tengo ni magia ni poder. Así que no creo que haya nada que subestimar.

Con la mano rodeando mi taza, la acerco a mi cara y la observo a través del vapor. Está sola y desesperada por atención, algo que sospecho que los Niños Perdidos nunca le darán. Yo, en cambio, puedo brindarle esa atención, así podré contar con su favor cuando lo necesite.

—¿Quién es tu favorito? —pregunto, dándole otro sorbo al café.

Dios, qué bien siento un poco de normalidad. Aunque no lleve aquí mucho tiempo, todo es diferente. Necesito algo que no lo sea.

—¿De los chicos? —pregunta.

—Sí.

Su boca se curva en una sonrisa y agacha la cabeza.

—Vamos —la insto—. Desembucha.

—Bueno...

—¿Sí?

—Vane.

Hago una mueca.

—¿En serio?

Se sonroja y se pasa un mechón de pelo caoba por detrás de la oreja.

—Es que tiene algo...

—¿Relumbrante y psicótico?

—Es su sombra. Él...

—Espera... ¿Su qué?

Se lame los labios. Mierda, la he pillado en algo que no debía decir. Por eso mismo tengo que hacerme su amiga.

Bajo la voz.

—No diré nada. Lo juro.

Mira hacia la puerta, asegurándose de que nadie nos escuche, y luego se inclina hacia mí, emocionada por contarme su secreto.

—Existen más islas además de Nunca Jamás. Siete islas, siete reyes. Y cada isla tiene dos sombras: una para la vida y otra para la muerte. El rey siempre reclama una sombra, lo lleva en la sangre. — A medida que se emociona, su voz se vuelve más clara—. Y escoge la que quiere. Pan escogió la de la vida hace mucho tiempo, pero cuando perdió su sombra, perdió el poder, y ahora la isla sufre por ello. Creo que se está muriendo.

Parpadeo. Es mucha información para asimilar de golpe.

—¿Así que Pan es rey? —pregunto.

—Sí. O lo era. Pero eso fue antes de que yo naciera.

—¿Y perdió su sombra?

—Sí.

Una pieza del rompecabezas acaba de encajar en su sitio. Cree que las Darling le robaron la sombra, o al menos eso parece. Le costará sacarme esa información, sobre todo porque nunca he oído nada de eso y, definitivamente, no tengo ni idea de cómo encontrarla. Esto hace que mi plan cobre aún más importancia, porque si no puedo darle lo que quiere...

—¿Y la Sombra de la muerte de esta isla? —pregunto.

Ella niega con la cabeza.

—Lleva mucho tiempo desaparecida. Nadie la ha visto y nadie parece interesado en encontrarla. Las sombras de la muerte no se toman a la ligera —añade, y al decirlo su mirada se vuelve distante. Tengo la clara impresión de que sabe más sobre las Sombras de la muerte de lo que me está contando.

—Anoche, Kas me habló sobre los faes y de que él y Bash lo son, pero ¿han perdido las alas?

Cherry asiente.

—Mataron a su padre.

—¿¡Qué!?

Y yo que pensaba que los gemelos eran los más buenos.

—Matar a otro fae es motivo de destierro y de perder las alas.

Por eso están aquí con Pan y los Niños Perdidos. Fueron expulsados de la corte de los faes.

—¿Corte?

Toda esta información me da vueltas en la cabeza, pero estaría mintiendo si dijera que no me emociona. Es muchísimo más interesante que la televisión.

—¿Y tú? —pregunto—. ¿Qué eres tú?

—¿Yo? —Su voz se vuelve chillona—. Soy humana. Yo... Yo vengo del extremo norte de la isla, del territorio de Garfio.

—¿Y quién es Garfio?

—El capitán de los piratas.

—Y los piratas...

—Odan a Pan.

—Claro.

—Quieren hacerse con la isla —dice mientras juega con un hilo suelto de la sábana blanca, enrollándolo alrededor del dedo hasta que este se vuelve azul.

—¿Tienen alguna posibilidad?

Se concentra en un punto lejano de la pared, perdiéndose en sus recuerdos.

—Puede. Puede que no. Mi... esto... Garfio... es implacable.

Conoce a Garfio personalmente. Pero ¿cómo?

—¿Alguna vez has salido de la isla? ¿Sabes cómo... cruzar mundos?

Ella niega con la cabeza, desenrolla el hilo y deja que la sangre vuelva a correr por su dedo.

Dejo la taza de café y me dejo caer sobre las almohadas.

—Qué bien. Supongo que no tengo otra opción que quedarme encadenada a esta cama, muerta de aburrimiento.

—Bueno —dice Cherry—, a lo mejor puedo hablar con los gemelos para que te dejen bajar a la hoguera de esta noche, para que salgas de la casa.

—Vale. Podría ser divertido.

Pienso en todos los problemas que podría causar en la hoguera. Mi mente evoca la imagen de Kas follando la boca de esa chica

anoche, y algo se enciende en mi vientre; la sensación me baja hasta las piernas. Ver al chico, supuestamente bueno, actuar así despierta algo en mí.

—Le preguntaré a Bash. Seguramente dirá que sí —dice Cherry—. Kas será más difícil de convencer, pero normalmente le da a Bash lo que quiere.

Y viceversa, seguro.

—¿Y Pan y Vane?

Pone los ojos en blanco.

—Son más difíciles de convencer que los gemelos.

—Algo me dice que son los típicos tíos que explotan globos en las fiestas infantiles.

Ríe.

—Eres graciosa, Darling.

—Gracias.

—Disfruta del desayuno. Volveré más tarde —dice, levantándose de la cama.

—¿Cherry?

—¿Eh?

—¿Vane te ha hecho esos rasguños y moratones?

Aunque en verdad no es asunto mío, tengo que saberlo. Se muerde el labio inferior y luego ríe nerviosamente.

—Gajes del oficio.

—¿Y eso es...?

—Vane también tiene una sombra. De otra isla. —Creo que sé lo que va a decir antes de que lo haga—. Su sombra es la de la muerte.



13

BASH

Kas y yo estamos en las hamacas colgadas entre las palmeras, junto a la playa. Aún no le he contado a mi gemelo los problemas que causé anoche.

Con un palo largo, él empuja el suelo para que la hamaca vuelva a balancearse y, de repente, me empuja con él, clavándome el palo en el culo.

—Cabrón —digo.

Ríe.

Una gaviota se atreve a acercarse, con la esperanza de que tengamos algunas sobras que ofrecerle, pero yo solo tengo un poco de cuerda en las manos. Hacer nudos me tranquiliza.

—Tengo que contarte algo —le digo a mi gemelo.

La cuerda de la hamaca rechina cuando Kas se acomoda.

—Te escucho.

—Me he follado a la Darling.

De repente, él se queda en silencio mientras la hamaca sigue rechinando. Otra ola rompe sobre la orilla y una mosca de la arena aterriza en mi brazo; la aplasto con la palma de la mano, haciéndole explotar las tripas.

—¿Cuándo debería empezar a organizar tu funeral? —dice Kas finalmente.

—Muy gracioso.

—Te matará. Me sorprende que aún no lo haya hecho.

Cojo un puñado de arena blanca del suelo y la aplasto contra mi brazo, limpiando las tripas.

—¿Qué pasó? —pregunta.

—Pan nos pilló y me dijo que siguiera follándomela. Sinceramente, creo que a la Darling le gustó.

La polla me palpita al recordar la sensación de su coñito bien apretado.

Nunca había cedido ante una Darling, aunque había tenido ganas. Me encanta follar, y follarme lo prohibido aún más.

—¿Y qué tal ella? —pregunta mi gemelo.

—Una guarra, tal y como me gustan.

Él suelta un suspiro.

—Eres un puto gilipollas.

—Ya, bueno, el único motivo por el que fui a su habitación anoche fue por tu culpa.

—Sigue diciéndote eso.

Colina arriba, veo a Cherry cruzar el balcón y examinar la playa. Cuando nos ve, baja.

No estoy de humor para aguantar a Cherry, creo que nunca lo he estado. A diferencia de la Darling, siempre he tenido a Cherry a mi disposición, y eso le quita la diversión.

—Hola —dice cuando llega—. ¿Winnie puede venir a la hoguera de esta noche?

Kas me da otro pequeño golpe con el palo.

—¿Por qué? —pregunta.

—He pensado que sería bueno para ella mientras esperamos la luna llena.

—Pan dirá que no.

Cherry coloca los brazos en jarras.

—Cada noche hacemos una hoguera. ¿Desde cuándo necesitamos su permiso?

—No lo necesitamos —digo—, pero sí que tendrá algo que decir a lo de que la Darling vaya.

—Yo me encargaré de Pan.

Kas ríe, mirando al cielo.

—¿Qué coño crees que le vas a decir a Peter Pan para que se doblegue ante ti?

—No es tan irracional como lo pintáis. —Entrecierra los ojos cuando el viento cambia y las palmeras se abren, dejando pasar la luz del sol—. Además, ¿a dónde va a ir? No tiene a donde correr.

—Parece que tú corriste mucho anoche —digo.

«Deja de provocarla», me dice Kas con mala cara.

«¿Por qué? Es tan fácil ponerla nerviosa».

—Dejad de hacer eso —dice ella.

—¿El qué?

—Hablar en vuestro idioma fae. Puedo oír las campanas, pero no las palabras, y eso me cabrea —resopla.

—Solo estábamos hablando de la Sombra de la muerte —miento—. ¿Te dio el mejor y más aterrador orgasmo de tu vida, Cherry?

Su cara se vuelve completamente roja.

Para ser sincero, me sorprende que esté de pie y caminando.

Cuando la sombra se apodera de Vane, *me* aterroriza, y eso que él no está intentando follarme.

—No voy a hablar de mi vida sexual con vosotros —dice—. Entonces, ¿puede?

—Supongo que sí —digo—. Ya sabes cuánto me gustan las chicas bonitas y las fiestas.

—Porque eres un capullo egocéntrico —dice Kas.

—No se equivoca —le digo a Cherry.

—¿Cocinarás tú? —me pregunta.

—¿Hay alguien mejor? —No espero a que responda—. No, no hay nadie; así que sí, cocinaré yo.

—Bien. Pues a las siete.

—¿Creía que antes ibas a preguntarle a Pan? El sol no se pone hasta las ocho y media, como muy pronto.

Cherry esboza una sonrisa socarrona.

—Le *preguntaré*. Perdone usted.

—Valiente, pequeña Cherry —digo—. Vale, ahora vete.

Pone los ojos en blanco y empieza a subir por la colina, desapareciendo entre las palmeras.

—¿Crees que esta noche podrás mantener la polla dentro de los pantalones? —pregunta Kas.

—Lo dudo.

Vuelve a darme con el palo, se lo quito y le devuelvo el golpe. Él ríe y se frota la herida.

—Si haces que nos echen de la casa del árbol, no tendremos a dónde ir. Así que compórtate.

—Pan no echa a nadie. Los *pulveriza*. Si Pan se cansa de nosotros, estamos muertos. Así que no sé por qué te preocupas.

Refunfuña para sí mismo, cierro los ojos y me hundo de nuevo en la hamaca. Las cuerdas atadas alrededor del árbol rechinan.

—Tilly estará aquí mañana por la noche —dice Kas, tras un momento de silencio.

—Lo sé.

—Echo de menos a nuestra hermana.

Suspiro.

—Yo también.

Y el palacio. Y los dramas de la corte. Crecí en ese sitio.

—¿Crees que algún día nos perdonará?

—No lo creo.

Es difícil perdonar a tus hermanos cuando destriparon a tu padre justo delante de ti.

—¿Sabes qué me he estado preguntado desde Merry? —pregunta Kas.

—¿El qué?

—Me pregunto si nuestra querida hermana realmente está haciendo lo que dice hacer con las Darling.

De repente, tengo los ojos muy abiertos.

—¿Crees que le está mintiendo a Pan?

Kas se gira en la hamaca hasta que sus pies tocan la arena.

—¿Y si lo está haciendo? ¿Entonces qué haríamos?

—Es una pregunta complicada.

—Lo sé.

Volvemos a quedarnos en silencio.

Creo que ambos tememos la respuesta.



14

BROWNIE

El Brownie no tiene nombre. Es más viejo que la mayoría de los habitantes de la isla, pero no más viejo que Peter Pan. Ni siquiera él sabe con certeza de dónde viene Pan o qué es. Está conectado a la isla, de eso no hay duda: tanto él como la isla se han reclamado mutuamente, lo que explica por qué la energía del lugar se siente como un nido de avispas al que le han pegado con un palo.

Recuerda aquellos tiempos en que Pan era rey y no desea volver a ver lo que Nunca Jamás fue bajo su mandato. Pero si quieren deshacerse de él, tendrán que trazar un plan. Hace mucho tiempo, el Brownie ideó uno junto a Campanilla, que su alma descanse en las estrellas.

Sus zapatos de cuero se deslizan en silencio sobre el rugoso suelo de piedra mientras avanza a toda prisa por el palacio fae subterráneo. Las paredes están cubiertas de enredaderas, salpicadas de primulas, armilarias y flores de hibisco de un rosa chillón. El aire huele a vino dulce fae y trae consigo los cotilleos de la corte.

Al entrar en la sala del trono, el Brownie se encuentra con la reina Tilly, sentada en una gran mesa redonda, bebiendo té junto a otros nobles fae. En su oscuro cabello luce entretejida una diadema dorada, con un único rubí que brilla en el centro. Tilly aparenta tener dieciocho años, aunque en realidad es vieja; en Nunca Jamás, todos

son mayores de lo que aparentan. Los fae no envejecen como los mortales, pero, con la Sombra de la muerte desaparecida, incluso ellos han escapado al paso del tiempo.

—¿Qué ocurre? —pregunta ella al verlo, pues cuando el Brownie aparece, siempre es porque sucede algo.

—Peter Pan tiene a la Darling —responde él.

—Dejadnos —replica rápidamente, mientras los demás se dispersan.

El Brownie espera, con las manos entrelazadas en la espalda, a que la reina le dé una orden.

Una vez que la sala está vacía, salvo por él y Tilly, esta se gira hacia él.

—Esta Darling... es la hija de Merry, ¿verdad?

—Sí.

Tilly atraviesa la sala del trono, una estancia tan grande que le lleva tres minutos recorrerla, y se detiene frente a él.

—Dime qué piensas.

Bajo el resplandor de un farol de duendecillos, el Brownie se sitúa a su lado.

—Está perdiendo la isla. Puedo sentirlo.

Tilly asiente.

—¿Y?

—Y no creo que tenga la oportunidad de intentarlo con otra Darling.

Ella vuelve a asentir y se muerde el interior de la mejilla.

—Pronto me llamará y haré lo que siempre he hecho. Ni más, ni menos.

—Perdonad que os interrumpa, mi reina, pero, si quisierais la isla, ahora sería un buen momento.

La reina lo mira a través de la inclinación de su nariz; posee los rasgos felinos de su madre, pero los ojos guerreros de su padre. Es la reina más feroz que jamás haya gobernado entre los fae en Nunca Jamás, y el Brownie se siente encantado de servirla. Sin embargo, ella podría hacer mucho más.

—¿Qué querría vuestra madre? —pregunta el Brownie.

—Campanilla amó a Pan una vez —responde ella.

—Sí, y él la mató. No dejéis que su muerte sea en vano.

—No me digas lo que debo o no debo hacer, Brownie.

—Por supuesto, mi reina. Pero... —añade, y aunque para él la reina no es más que un bebé en comparación, a veces es agotador intentar persuadirla para que actúe—. Tal vez podríamos utilizar a vuestros hermanos para...

—De ninguna manera.

El Brownie cierra la boca de golpe.

Los gemelos siempre han sido un tema delicado, pero son una herramienta que podrían emplear si quisieran derrocar al rey.

—No tengo que hacer nada —dice la reina—. Solo tengo que esperar mi momento, como siempre he hecho. Peter Pan fracasará porque yo le haré fracasar. Se desmoronará, y entonces reclamaré su sombra y el trono será mío por derecho.

—¿Y los gemelos? —pregunta el Brownie.

La reina intenta fingir que ya no siente amor por sus hermanos mayores, pero el Brownie sabe que no es así. Cada vez que alguien los menciona, ella vuelve a sentir la misma puñalada, igual que su padre, por eso ha prohibido que nadie pronuncie sus nombres.

—Lo que hagan mis hermanos no me importa —dice, empezando a abandonar la sala—. Mientras tanto, averigua qué está haciendo Garfio. No quiero luchar contra él también.

Entonces, la reina desaparece, y el Brownie se pone en acción.



15

WINNIE

Una hora después de que Cherry se haya ido, Kas entra en la habitación y me desencadena. Para mi decepción, hoy lleva una camisa de la que se asoman varias púas de su tatuaje negro por el collar.

—Si prometes quedarte cerca, no te volveré a encadenar —dice. Le lanzo una mirada inocente.

—Peter Pan ya me ha avisado de que no hay a dónde ir. Asiente.

—Voy al baño —digo.

—Esperaré aquí. Quería hablar contigo.

Cuando cierro la puerta del baño, me acerco al lavabo y me miro al espejo. Tengo el mismo aspecto: piel pálida, grandes ojos verdes, pelo oscuro. Puede que me vea igual, pero no me siento de la misma manera.

Estiro la mano y toco el cristal envejecido. Está frío al tacto; sin embargo, un pequeño destello de alivio me calienta el vientre.

Hago uso del baño y, tras lavarme la cara con agua fría, salgo. Kas está sentado en el sillón, con el codo apoyado en el brazo y la mano rodeando su fuerte mandíbula. Siento en él una preocupación

palpable, una ansiedad que conozco bien: esa sensación creciente que hace que tus entrañas parezcan querer trepar hacia el exterior y explotar en llamas. Al menos, así lo siento yo.

Me siento al extremo de la cama.

—¿Qué pasa?

Puede que solo haya estado cautiva durante dos días, pero Kas me transmite seguridad y comodidad. Creo que es porque anoche tuvo una clara oportunidad de follarme y, sin embargo, no lo hizo. Sí que es el más bueno.

—Mi hermano me ha contado lo de anoche —dice.

—Ah, sí.

—Siento que actuara así.

—Yo no.

Me mira con el ceño fruncido.

—Kas, me gusta el sexo. No me asusta.

Se inclina hacia adelante y junta las manos.

—Te secuestraron y te encadenaron a una cama.

—Lo que lo hizo aún más placentero.

Le sonrío con dulzura.

Suspira.

Kas no sabe que estar encadenada a una cama no es nada en comparación con lo que he tenido que sufrir. Me subo el cuello del jersey para disimular las cicatrices.

—Se supone que no debemos tocar a las Darling —dice, y su voz adquiere un tono más duro—. Bash lo sabe, y ha roto la norma porque es un gilipollas arrogante y egoísta.

—Oh, justo mi tipo.

Frunce las cejas.

Río y, finalmente, pillla la broma.

—Está bien, vale. Me alegra ver que te lo estás tomando tan bien.

Si hubiera visto cómo lo tomé anoche... Dios, incluso me gustó que Pan nos mirara, más de lo que debería.

El recuerdo, aún muy vívido, regresa y una sensación de calor

se instala en mi clítoris. De repente, me muero de hambre por algo que no es comida. El vello de los brazos se me eriza y me paso las manos por el jersey, intentando calmar la excitación.

—Cherry quiere que vengas a la hoguera de esta noche. ¿Quieres venir?

—¿A Peter Pan le parece bien?

Kas hace una pequeña mueca con los labios. Me imagino esos labios en mi... ¡Cielo santo! Me tienen secuestrada y lo único en lo que puedo pensar es en que estos chicos me follen. ¿Qué me pasa?

Ayer creí que iba a volverme loca. Pero esto es mucho mejor. No me importaría vivir esto todos los días de la semana. Tal vez solo sea una niña a la que han dejado suelta por la feria.

—¿Supongo que es un no? —pregunto.

—Sigue en su tumba, así que no lo sabe. No podemos saber cómo estará cuando se despierte.

—Entonces deberíamos estar bien borrachos cuando llegue el momento, solo para estar seguros.

Vuelve a reír y me mira con una intensidad que me produce mariposas en el estómago.

—Eres diferente a las demás —dice con voz ronca.

—¿Lo soy?

Asiente.

—Cuando una Darling llega, siempre nos preparamos para oír gritos, llantos y súplicas, y tú simplemente estás ahí, como si estuvieras de vacaciones.

—Ah, ¿que esto no es un resort?

—¿Ves a lo que me refiero? —se rasca la nuca.

Lleva el pelo largo recogido en un moño y me pregunto hasta dónde le llegaría si lo llevara suelto. Tiene una belleza única, diferente a la de Pan y Vane. Aunque todos son preciosos. Ellos hacen que los del equipo de baloncesto parezcan hurones.

—Espera, ¿has dicho que Pan está en su tumba?

Kas hace una mueca.

—¿Por qué está en una tumba?

—Eso es un tema para otro día. Si tienes hambre, Bash está en la cocina.

—Cómo os gusta alimentarme.

Me recorre el cuerpo con la mirada.

—Parece que necesitas que te alimenten.

Todo es diversión hasta que ven mis debilidades, hasta que me abren y miran dentro.

—¿No te lo he dicho? Es un secreto, pero soy una sicaria. Si estoy delgada, es más fácil colarme en sitios pequeños.

Frunce el ceño.

—No tienes que hacerlo.

—¿Hacer el qué?

—Fingir. Esta isla lleva fingiendo demasiado tiempo. —Se gira hacia la puerta—. Sal cuando estés lista.

Y luego se va.

Durante un rato, me quedo pensando en sus palabras.

El problema es que no sé cómo dejar de fingir.

Cuando entro a la cocina, Bash está solo. Los últimos rayos de sol se cuegan por las ventanas y, a lo lejos, pintan el océano con brillantes pinceladas de dorado y rosa.

Bash está en la encimera batiendo algo en un cuenco. No lleva camiseta, y los músculos y tendones de sus brazos y pecho se mueven a un ritmo casi hipnotizador. Está claro que es el cocinillas de la casa, pero no creo que tenga mucha grasa; está bien esculpido.

—Buenos días, Darling —dice, levantando la mirada mientras sigue batiendo.

—Querrás decir buenas tardes.

—Qué más da.

Me guiña un ojo y un mechón de pelo negro le cae sobre la frente.

—¿Qué estás haciendo?

—Tartas de madre selva.

—Suena delicioso.

—Lo será.

Me siento en uno de los taburetes frente a él.

—Tienes muy buena opinión de ti, ¿verdad?

—Si no eres la persona más interesante que conoces, entonces estás haciendo algo mal.

Arqueo una ceja.

—Algunos dirían que es narcisismo.

—Si no te tienes a ti mismo en un pedestal, ¿quién lo hará?

Me inclino sobre la isla y meto un dedo en la mezcla.

—Darling —dice con tono serio—. Las buenas chicas esperan su turno.

Su mirada se oscurece.

Siento cómo el vientre y el coño se me contraen.

Muy bien.

Me meto el dedo en la boca y lo lamo hasta limpiarlo, sin dejar de sentir cómo Bash me observa. Aprieta la mandíbula, deja el cuenco, mete un dedo dentro y extiende la mano hasta el otro lado de la isla.

—Parece que yo también necesito que me lo limpien.

Joder. Ya he jugado a este juego antes, pero nunca con nadie como Bash. Normalmente soy yo quien pone el cebo, no al revés. No sé qué hacer. De repente me siento ingenua y sobrepasada, y creo que es por cómo me mira Bash, como si fuera un juguete con el que jugar.

Me levanto del taburete para poder inclinarme sobre la isla y alcanzarlo. Abro la boca y Bash desliza el dedo dentro de mí. Enrollo la lengua a su alrededor y limpio la mezcla. Él respira bruscamente y aprieta los dientes.

—Joder, Darling —susurra—. Vas a hacer que me maten.

Retiro suavemente los labios y le lamo la punta del dedo.

Tiembla visiblemente, y siento el poder y el placer de dar placer.

Unos pasos se acercan y Bash se retira, encogiéndose de repente.

Miro por encima del hombro y veo a Vane en todo su amenazante esplendor. Nos mira de mala manera y, con su ojo bueno, el violeta, fija la mirada en la mano extendida de Bash.

También lleva el torso desnudo, está cubierto de tinta negra y, al acercarse a la isla de la cocina, distingo una masa oscura en forma de calavera con colmillos tatuada en la espalda.

De perfil, Bash y Vane parecen tener la misma altura, aunque Vane es unos centímetros más alto; diría que debe medir un metro ochenta. Bash es definitivamente más robusto, mientras que la figura de Vane es más marcada y sombría, como la de un luchador sanguinario.

Vane mete dos dedos en la mezcla, a lo que Bash pone mala cara, y luego, en silencio, se acerca rodeando la isla y me restriega los pegajosos dedos por la boca.

Me pilla desprevenida y cojo aire bruscamente. Cuando retrocede, la mezcla me gotea por la barbilla.

—Así está mejor —dice, apretando la mandíbula, desafiándome a que reaccione.

La furia me recorre la columna. Nunca he sido violenta, aunque con Vane podría hacer una excepción. Pero eso es exactamente lo que quiere, ¿verdad? Quiere volverme loca. Todos lo hacen, cada uno a su manera.

Cojo aire con fuerza, me paso la lengua por el labio inferior y limpio la masa.

—Mmm —digo—. Qué buena.

Puedo ver la frustración en su ojo bueno.

Le ofrezco el mismo espectáculo que le di a Bash, termino de limpiarme con el dedo, y luego me lo meto en la boca moviéndolo de forma sexual.

El ojo violeta de Vane se oscurece.

Retrocedo. Él avanza hacia mí.

—Vane —lo llama Bash.

Vane me agarra por la nuca y me empuja contra la isla, inclinándose sobre la encimera y apretando mi cara contra la piedra fría. Dejo escapar el aire, mientras él se aprieta contra mi culo y se inclina hacia mí.

—¿Quieres saber qué les hago a las chicas bonitas como tú? —

me susurra al oído, su voz es áspera y grave, la típica que se escucha en las películas de miedo saliendo de las gargantas de los monstruos.

El terror se desliza por mi espalda hasta los hombros.

No puedo controlar el gemido de miedo que se escapa de mi garganta.

—*Vane* —vuelve a llamarlo Bash.

Vane está duro contra mi culo y se restriega contra mí. El corazón me da un vuelco, mezclándose con la sensación de terror.

Estoy aterrorizada y, sin embargo, más excitada de lo que debería. No estoy segura de qué dice eso de mí.

Vane me agarra del cuello aún con más fuerza.

—No durarías ni diez minutos conmigo —dice.

—Vale, ya lo ha pillado —dice Bash.

—¿De verdad? ¿Lo has pillado, Darling?

El calor se apodera de mi clítoris e, instintivamente, arqueo la espalda, apretando el culo aún más contra él.

Desliza la mano hacia adelante y me cubre el sexo.

Me tiemblan las rodillas, por suerte su agarre es firme y no me deja caer. Mi cerebro me dice que tengo que salir de aquí, encontrar un lugar seguro, pero mi cuerpo pide más, más, *más*.

Hace mucho tiempo que no me siento así: con el control total de mi cuerpo y disfrutando cada segundo. He tenido tanto sexo que he perdido la cuenta, pero nunca he estado en manos de alguien que supiera perfectamente lo que hace.

Vane me frota el clítoris con los dedos, y creo que me está castigando con placer más que con dolor. Jadeo sobre la encimera. Él cambia de posición, y mis bragas se deslizan sobre mi calor, haciendo que me hunda aún más sobre la encimera.

Más.

Más.

Pero, de repente, ya no está.

Y esta vez sí que caigo al suelo.

—Darling —dice Bash, rodeando la encimera y agachándose a mi lado.

—Estoy bien.

Me levanta con facilidad y me sujeta de la cintura con un brazo. Sigo ardiendo de calor, temblando de deseo. Y tengo las bragas empapadas.

Miro a Vane. Su ojo violeta ha vuelto a ese brillante tono púrpura. Esta vez no fue el terror, sino el arte de la provocación. Me ha demostrado lo que puede hacerme con tan poco esfuerzo.

Cojo una gran bocanada de aire y me arreglo la falda. Bash se siente cálido y firme a mi lado. Vane me mira con completa indiferencia, y sé perfectamente que quiere que llore o le suplique. Así que hago justo lo contrario.

—¿Es que sois todos alérgicos a las camisas?

Bash resopla y disimula una carcajada.

Vane hierve de rabia. No va a vencerme tan fácil. De hecho, ya me ha subestimado. Me mira por última vez con una mueca llena de rabia y luego se da la vuelta y se va.

—No puedo creer que acabes de hacer eso —dice Bash.

—¿Por qué?

—Porque Vane no se va así como así. Él castiga. Domina. No cede.

—Dicen que hay una primera vez para todo, ¿no? Quiero decir, esta es la primera vez que me secuestran, así que todos estamos aprendiendo.

Vuelve a reír y niega con la cabeza.

—¿De dónde has salido, Winnie Darling?

—Como si no lo supieras.

Entrecierra la mirada y me evalúa.

—Incluso si Pan no encuentra lo que está buscando, me alegro de que estés aquí, poniendo todo patas arriba. Los dioses saben que necesitamos un poco de diversión por aquí. Todos son tan deprimentes.

—Me lo tomaré como un cumplido.

Me guiña un ojo.

—Es que lo es.

Mientras Bash cocina, Kas se presenta con Cherry. Ambos llevan

unas cajas de madera idénticas y puedo oír botellas de cristal chocando en su interior.

—¿Más alcohol? —pregunto mientras dejan las cajas en la mesa—. Pero si tenéis un arsenal entero en la otra habitación.

Cherry coge una botella alta y fina con un líquido rojo intenso en el interior.

—Las botellas de la barra son de tu mundo, la colección personal de Pan. —Me enseña la botella que tiene en la mano—. Esto es vino feérico.

He leído historias sobre jóvenes inocentes que, tras beber vino feérico, se volvían adictos o fueron corrompidos; algunas decían que, una vez lo pruebas, nunca regresabas a casa.

Pero Cherry es humana y parece estar bien.

—¿Puedo probarlo? —pregunto.

Kas abre un armario, saca varios vasos y los deja sobre la encimera. Abajo, en el patio, la fiesta ya ha empezado. La música y las risas me recuerdan a las fiestas de instituto a las que asistí durante años. Y, si me dejo llevar, puedo fingir que esta es una noche normal, que llevo una vida normal.

Kas descorcha la botella con sus propias manos y luego la inclina sobre los vasos; el vino gorgotea.

Cherry coge dos y me da uno.

—No te pases. Es una mezcla fuerte.

Me acerco el vino a la nariz y lo huelo.

Ya me he emborrachado antes, pero solía ser con vodka barato, del que bebíamos directamente de botellas de plástico, yo, Anthony y varios de sus amigos.

El vino huele a canela, clavo y tal vez a naranja.

Alzo la mirada y veo que todos me observan.

—¿Qué? ¿Es un truco?

Cherry ríe y niega con la cabeza.

—Es que hace mucho que no tenemos a nadie de tu mundo, y te prometo que nunca has probado nada como el vino feérico.

Bueno, pues vamos allá.

Bebo un largo trago y dejo que el vino se deslice por mi boca. Y

guau... El sabor florece en la lengua: percibo naranjas y especias, pero también hay algo ácido, quizá cerezas o arándanos. El alcohol me hace sentir calor, como si fuera una explosión en mi boca.

Trago, con los ojos muy abiertos, y los gemelos se ríen de mí.

—Me cago en la puta —digo.

—¿Ves? —comenta Cherry, levantando su vaso y bebiendo un largo sorbo.

Kas y Bash hacen lo mismo y vacían sus vasos de un trago.

Me arde todo el cuerpo.

—Vamos. Vayamos abajo, al fuego —dice Cherry, mientras nos rellena los vasos.

—Cuidado con nuestra Darling —dice Kas.

Cherry suspira.

—Claro que lo tendré.

«Nuestra Darling». ¿Soy suya?

Solo de pensarlo, una extraña llama se enciende en mis entrañas. Nunca he sido de nadie, ni siquiera de mi madre. Quizás me parió y lo hizo lo mejor que pudo para darme un techo, pero jamás fue capaz de ser madre.

La idea de pertenecer a alguien resulta rara y, al mismo tiempo, extrañamente gratificante.

Cherry me coge de la mano y me lleva hacia las puertas dobles del balcón. El océano brilla con más intensidad, y la brisa me eriza el vello de la nuca. El balcón se eleva por encima de los árboles más bajos y las palmeras, algo escasas, se alzan sobre nosotros.

Este lugar es tan bonito.

Todas las veces que mi madre me había hablado de Nunca Jamás, y nunca me detuve a pensar en cómo sería. No quise creer en la existencia de la isla. Pero ella tenía razón: aquí hay magia, magia en la belleza que lo forma y también magia real.

Abajo, el fuego arde en el foso y hay unas doce personas, casi todas de mi edad o, al menos, aparentan tenerla.

En una mesa redonda, unos cuantos juegan a una partida de cartas y al otro lado de la hoguera, un chico toca el ukelele junto a otro que rasguea una guitarra.

—¿De dónde ha salido toda esta gente? —pregunto.

Cherry me acerca a la barandilla para que pueda ver la fiesta mientras hablamos. Varios farolillos titilantes cuelgan de unos ganchos de hierro forjado que iluminan el claro.

—Esta casa es enorme —explica Cherry—. Tú duermes en lo que llamamos el ático. Vane, Kas y Bash viven ahí, y el resto de los Niños Perdidos habitan la planta baja. Hay muchos, no podría ni decirte cuántos.

—Pero ¿de dónde vienen?

Se encoge de hombros.

—De la ciudad, de tu mundo, del terreno de Garfio, de muchos sitios. Los Niños Perdidos básicamente son inadaptados que no han encontrado su lugar o que nunca han querido crecer.

—¿También tienen magia?

—Normalmente no. Pan no deja entrar a los fae, Bash y Kas son una excepción.

Miro por encima del hombro y, a través de la puerta de cristal de la cocina, veo a Kas explicando algo con los brazos abiertos mientras Bash se ríe de él. Me doy cuenta de que en esta historia hay algo más. Y me muero de ganas de saberlo.

—No dejo de oír la «ciudad». ¿Dónde está?

—Por ahí. —Cherry señala hacia la cocina, y asumo que es más allá—. Pero no creo que Pan te deje ir.

—¿Cómo de grande es esta isla?

El chico que toca la guitarra cambia a una melodía más alegre, y el del ukelele le sigue el ritmo.

—Bastante grande. Tardarías medio día en llegar hasta la otra punta a pie.

Así que unos dieciséis kilómetros de largo.

Esto al menos me da algo en lo que pensar.

—Vamos.

Cherry empieza a bajar las escaleras, pero yo me quedo en el balcón.

Varias enredaderas se han asentado en la piedra y de ellas han florecido rosas púrpuras, perfumando el aire con un aroma embriagador y dulce.

Hace dos días me aterrorizaba la idea de volverme loca como mi

madre, pero ahora estoy en una isla en otro reino —*supuestamente*— rodeada de faes y chicos crueles bebiendo vino feérico. Las cosas pueden cambiar en un abrir y cerrar de ojos. Pero sigo sin querer volverme loca, y creo que el método de Pan para meterse en mi cabeza es lo que lo desencadenará.

Todo esto me hace preguntarme si mi madre pasó por lo mismo cuando estuvo aquí. Pan dejó claro que ni él ni los Niños Perdidos tocaban a las Darling, pero está claro que algo les hicieron. Si no, no habría un legado de locura en mi árbol genealógico.

¿Puedo ayudarlo a encontrar su sombra sin someterme al proceso de enajenación?

Bebo más vino, que me sube directamente a la cabeza y me relaja los hombros. El alcohol lo hace todo mucho mejor.

Vació el vaso, vuelvo con los chicos y les tiendo la copa.

Kas me mira, pensativo.

—¿Por favor? —pido con una mirada inocente.

Bash ríe y sacude la cabeza.

—Está bien —dice Kas, descorchando la botella y sirviéndome generosamente.

La llama de antes regresa ante la idea de que alguien se preocupe por lo que hago y eso me anima a poner a prueba sus límites.

—Gracias.

Le sonrío y me giro para ir en busca de Cherry.

Este sitio está empezando a gustarme. Tal vez más de lo que debería.

Cherry y yo estamos jugando a las cartas con algunos de los Niños Perdidos. No sé cómo se llaman, pero tampoco me lo han preguntado a mí. El chico a mi lado es bajito y pelirrojo, y huele a cigarros y problemas. Tiene la mano bajo la mesa, sobre mi muslo. Me estoy dando cuenta de que aquí todo el mundo es un tocón, y estoy bastante segura de que, hace un momento, había una pareja follando al otro lado del patio.

Este es un lugar de desenfreno, como una atracción de feria de

la que nunca quieres bajarte. Y siempre me han gustado las ferias, tanto montar como las travesuras.

La mano del chico se desliza hacia arriba, haciendo que se me suba la falda, y suelto una risita de emoción. No sé cuánto vino he bebido, no me parece mucho, pero creo que me he pasado.

—¡Gable! —grita Cherry, poniendo las cartas sobre la mesa de golpe.

Los demás se quejan.

Gable es un juego de cartas que no llego a entender y en el que siempre pierdo, pero no importa. Me lo estoy pasando genial.

Hace una hora, Kas y Bash se han unido a la fiesta con comida y no han dejado de pasar bandejas con las minitartas y las galletas de jengibre más adorables que he visto nunca.

¿Por qué tenía miedo de venir aquí? Podría perderme en este mundo y no me importaría que no me encontraran.

El chico se acerca, y yo resplandezco bajo su mirada. Es en estos momentos cuando me siento más cómoda con mi cuerpo, cuando alguien lo toca, cuando todos mis nervios están despiertos. A veces es difícil sentir algo.

Cherry se ríe, se cae de la silla y el chico a su lado la ayuda a levantarse.

Mi maravilla pelirroja me pone sobre su regazo y aprieta la polla contra mi centro.

No es ni Bash ni Kas, y mucho menos Pan, pero servirá.

Me inclino hacia él y lo beso.



16

PETER PAN

Unas patadas en la cama me despiertan.

—Más te vale que sea importante.

—Los gemelos están dando una fiesta —dice Vane—. Y la Darling está borracha.

Me levanto de golpe, con una extraña emoción que me quema el pecho.

—Joder.

—Lo sé. Es lo que les dije.

—¿Por qué no los has detenido? ¿O a ella?

—No soy su niñera.

—Me cago en la puta, Vane.

Me quito la sábana mientras él enciende la lámpara de la mesita de noche y la luz me quema los ojos de inmediato. Voy dando trompicones hasta donde tengo la ropa, con prisa por subir, aunque aún es de día. Puedo sentirlo.

—¿Está muy borracha? —pregunto, y me pongo los pantalones.

Como alguno de esos idiotas la toque...

Vane se encoge de hombros.

—Cuando bajé, la vi a horcajadas sobre uno de los nuevos Niños Perdidos.

Un gruñido retumba en mi pecho.

Vane entrecierra los ojos, mirándome con recelo, está viendo algo que ninguno de los dos reconoce.

Me pongo una camisa y voy hacia la puerta, con la mano preparada mientras espero a que el día se vuelva noche.

—Piensa en lo que estás a punto de hacer —dice Vane, en tono cansado, detrás de mí.

—Deberías haber estado vigilándola.

—Pero ¿por qué nos importa si se folla a un Niño Perdido?

—A mí me importa.

—¿Por qué?

Agacho la cabeza y respiro hondo. No tengo una puta respuesta, y el silencio lo demuestra.

¿Por qué me importa? La norma de no tocar a las Darling solo nos concierne a mí, Kas, Bash y Vane, porque somos los únicos importantes. No me importa una mierda lo que hagan los otros Niños Perdidos.

Así que la pregunta sigue en pie: ¿por qué me importa?

No lo sé. No sé por qué.

Follarse a una Darling no tiene nada que ver con meterse dentro de su cabeza. Son los recuerdos heredados lo que necesito. No el coñito de la Darling.

—Estás siendo impulsivo —dice Vane—. Ya tienes por costumbre ser impulsivo, pero ahora mismo no lo entiendo, y no me gusta. —Se apoya sobre la pared al lado de la puerta y se mira las uñas—. Detente un momento y piensa en las opciones...

El sol se pone en el horizonte y abro la puerta.

—Está bien. Entonces escogemos la violencia.

Me sigue por las escaleras. Las subo de dos en dos. Y durante todo el camino, oigo su voz canturrear.

—Tres, dos, uno. Uno, dos, tres. Tu tiempo se ha terminado, Peter Pan será despiadado.

Las puertas que conducen al patio se abren de golpe y la música se filtra en la casa. Voy hacia allí y observo a los Niños Perdidos.

La noche aún es fresca y la luz de los farolillos aún es tenue.

Pero veo a la Darling, al otro lado del patio, a horcajadas sobre un chico pelirrojo. La cabeza del chico se sitúa a la altura del pecho de ella, y la está mirando con ojos soñadores y hambrientos.

Siento una presión en el pecho.

La rabia me ciega.

Algunos de los otros chicos me ven y se dispersan para que pueda cruzar. El Niño Perdido sin nombre me observa y frunce el ceño. Luego vuelve a mirar a la chica, y sus ojos se empañan de terror.

—Hostia, mierda. Pan, no sabía...

Aparto a la Darling de un tirón y la lanzo sobre los brazos de Vane.

—¡Eh! —grita.

Apenas dispongo de magia, pero tengo *poder*.

Así que cuando agarro el respaldo de la silla del chico y le doy un puñetazo en el pecho, atravieso directamente el hueso, le agarro el corazón con los dedos y se lo arranco. La sangre sale a borbotones, pintando la noche de carmesí.

Cuando me salpica la cara, por fin respiro. El sentimiento de urgencia se esfuma.

La fiesta está en silencio, y la sangre sigue bañando la piedra.

El chico se desploma, con los ojos muertos y abiertos por el terror.

Cuando me giro hacia la Darling, con el corazón en la mano, tiene los ojos llenos de lágrimas.

Bien.

Tiene que saber que aquí no hay príncipes azules... solo monstruos.

Y yo soy el peor.



17

WINNIE

Peter Pan deja caer el corazón y, con la mano llena de sangre, me agarra del brazo y tira de mí. Sigo un poco borracha, pero la neblina se ha disipado, dejándome temblorosa y con una sensación de confusión.

Pan acaba de matar a ese chico. Le ha arrancado *el corazón*. ¿Ha sucedido de verdad?

Los demás se dispersan y Pan me arrastra por el patio y por las escaleras. Kas, Bash y Vane nos siguen. Intento no tropezarme.

Cuando llegamos a la casa, al ático, Pan me empuja hacia el comedor y me tira sobre una silla, poniendo las manos a ambos lados del asiento, enjaulándome. Tiene sangre repartida por toda la cara y esta visión me provoca mariposas en el estómago.

—¿Qué es lo que no entiendes, Darling? —dice, con una voz que corta la piel como una navaja. Un movimiento en falso y me abrirá en canal, dejando que la sangre salga.

—Pan —empieza Bash, pero Pan le lanza una mirada que lo silencia.

—Tengo normas —dice Pan.

—Eso he oído.

—Es por tu seguridad.

—¿Lo es? Porque la última vez que lo comprobé, me habías

secuestrado.

Aprieta la mandíbula.

—Estoy intentando salvar esta puta isla —dice él.

—Me da igual lo que estés haciendo —me oigo decir—. Este no es mi hogar. Y yo no robé tu puta sombra.

Frunce el ceño y luego mira por encima de mi cabeza.

—¿Quién se lo ha contado?

—Nosotros no —dice Kas.

—A mí no me mires —dice Vane. Y luego añade—: Habrá sido Cherry.

—¿A ella también la vas a matar? —le echo en cara—. ¿O, a lo mejor, la siguiente seré yo? Extírpame las entrañas y busca tus respuestas, a lo mejor las llevo escritas en los huesos.

Le enseño el dedo corazón y lo fulmino con la mirada.

Se queda en silencio durante un momento, impasible, y, de repente, me levanta y me estampa contra el borde de la mesa.

—¿Qué estás haciendo? ¿Cuál es tu plan? ¿Follarte a todos los Niños Perdidos de la isla solo para provocarme?

Frunzo el ceño mientras asimilo lo que ha dicho. Siempre se puede deducir algo de la elección de las palabras y de cómo se dicen; si se utilizan como cuchillos o bálsamos.

Provocarme.

Provocarme.

He conseguido derribar los muros del todopoderoso mito Peter Pan, y mi corazón se acelera de la emoción.

—Sí —contesto—. Me llaman Winnie la zorra, ¿sabes? Follarme a chicos es lo que se me da mejor.

Él suelta una larga y fatigosa respiración que le retumba en la garganta. Yo estoy temblando, pero no de frío. Nunca es por frío. Puedo sentir cómo crece la ira dentro de él, como el temblor antes de un terremoto. Apenas consigo coger aire antes de que, dándome la vuelta, me incline sobre la mesa. Aprieta la mano contra mi cuello, aplastándome la cabeza contra la madera, y con la otra mano me levanta la falda hasta la cintura y tira de mis bragas. Suelto un grito ahogado, haciendo que una hoja suelta en la mesa salga volando.

—Si quieres follarte a los Niños Perdidos —dice Peter Pan—,

¿por qué no empiezas por el jefe?

Me separa las piernas con una patada, abriéndome para él y escucho el sonido de la cremallera al abrirse.

—Tal vez lo haga —digo.

El corazón me late con tanta fuerza que parece golpear la mesa.

Esto es una locura, todo lo es, pero mi coño está en llamas, el clítoris palpita y, con cada segundo, estoy más mojada. Siento a Bash, Kas y Vane observándonos, y eso solo incrementa mi excitación.

Pan acerca la punta de su polla a mi entrada, provocando que suelte un pequeño gemido. La mano que tiene sobre mi cuello se enreda en mi pelo y vuelve a deslizarse hacia mi nuca.

—Si quieres comportarte como una zorra —dice, inclinándose hacia mí—, entonces te trataré como una.

Entra en mí.

Jadeo.

—Hostia puta —dice uno de los gemelos en voz baja mientras la mesa tiembla por las embestidas de Pan.

Es imponente, y me penetra hasta el fondo. Me tenso bajo él mientras entra y sale lentamente pero con fuerza. La neblina provocada por el alcohol ha desaparecido, y solo queda la ardiente necesidad de mi coño, que clama por la liberación. Estoy muy mojada y él, duro como una piedra.

Un gemido escapa de mi garganta cuando la presión en mi clítoris crece sin cesar. Me muevo como una gata en celo, intentando conseguir cualquier tipo de fricción que lo alivie. Pan sabe perfectamente lo que estoy haciendo. Me rodea con una mano hasta colocarla donde lo quiero y luego se detiene, con la polla dentro de mí.

Se me entrecorta la respiración y suelto un grito ahogado.

—¿Quieres correrte, Darling? —me pregunta al oído, con voz ronca.

—Sí —digo, apenas pudiendo pronunciar la palabra.

—Suplícalo.

—¿Qué?

—Que lo supliques, Darling.

Cierro los ojos con fuerza, intentando centrarme en mi cuerpo. Creo que mi alma se ha esfumado flotando hacia algún lugar en las estrellas. Nunca me había sentido tan... despierta.

—Por favor —murmuro, cogiendo aire—. Por favor, ¿puedo correrme?

Él desliza los dedos hasta mi punto más caliente.

Grito y me sacudo contra él.

Se queda inmóvil, retira un poco la polla y luego vuelve a empujar lentamente, provocándome. Estoy prácticamente temblando sobre la mesa.

—Por favor, Pan. Oh, Dios.

—Adelante, entonces —dice—. Córrete para mí mientras los Niños Perdidos nos miran.

Luego, con dos dedos, juega con mi clítoris mientras me embiste, y me dejo llevar. Estoy volando. Flotando. La vista se transforma en un mar de estrellas y siento cómo se me escapa todo el aire cuando un gemido brota de mi garganta. Los nervios me arden de placer, el calor se esparce por mi coño y me contraigo a su alrededor mientras él sigue muy profundo dentro de mí.

Se vuelve cada vez más duro, llenándome, y luego aprieta las manos sobre mis caderas y embiste una última vez, gruñendo tan fuerte que me hace estremecer. Llega al orgasmo y sigue moviéndose contra mí, mientras descarga las últimas gotas. Sale de mí y me desplomo sobre la mesa, jadeante.

Cuando creo que ya ha terminado, Bash se acerca a la mesa con un gran bulto en los pantalones.

—¿Puedo? —pregunta Bash.

Peter Pan se deja caer en una silla y asiente.

Bash se pone detrás de mí, aún sigo inclinada sobre la mesa. Se desnuda en segundos y me penetra.

—Pequeña zorra Darling, eres una sucia.

Sus palabras me producen un escalofrío.

—Hermano —dice—. Ven aquí.

Kas duda, y me enderezo para mirarlo. Hay algo oscuro en sus ojos, un hambre que no quiere saciar. Kas es el bueno del grupo,

pero no creo que sea lo bastante bueno como para negarse lo que quiere. Se levanta, le da una patada a una silla y se coloca al borde de la mesa, justo delante de mi cara.

—Joder, sí —dice Bash, mientras me embiste—. Pon esos bonitos labios alrededor de la polla de mi hermano.

Kas no espera. Ahora que ha tomado una decisión, se lanza de inmediato. Me coge del pelo con el puño y lleva mi boca hacia su sexo. Me llena, a la vez que Bash empieza a follarme. El corazón me late con fuerza en el pecho. Kas me folla la boca bruscamente, empujando hasta el fondo de la garganta. Jadeo, casi ahogándome, y Bash aprieta mis caderas con más fuerza.

—Tómalo todo, Darling. Sé una buena chica.

Hostia puta. Joder, cómo me pone todo esto.

Las lágrimas me empañan los ojos mientras los gemelos me llenan, follándome por ambos agujeros sin piedad. Y, mientras lo hacen, veo a Peter Pan en las sombras, con una expresión que creo que es de satisfacción, observando cómo me follan.

De todo lo que ha pasado esta noche, esto es lo que me hace sentir más poderosa. Me siento tan viva.

Las embestidas de Bash se vuelven más fuertes y rápidas. Kas lo imita en mi boca, puedo sentir un gemido en su pecho.

—¿Estás listo para llenarla, hermano? —dice Bash.

—Joder que si lo estoy —responde Kas.

Y, con una sincronía casi perfecta, ambos se corren al mismo tiempo. Kas se derrama por mi garganta y su líquido gotea dulcemente en mi lengua, mientras que Bash cae sobre mí con gruñido apenas audible. Clavo la mirada en Peter Pan. Le brillan los ojos y tiene los labios humedecidos.

No he vuelto a correrme, pero es como si lo hubiera hecho; me tiembla todo el cuerpo.

Los chicos salen de mí y yo me quedo tendida sobre la mesa, respirando con dificultad e intentando recuperarme.

—Nadie más la toca —dice Pan—. ¿Entendido?

Bash sigue respirando entrecortadamente.

—Entendido.

Los pasos de Vane se acercan a la mesa. Un escalofrío me

recorre la espalda al sentirlo detrás de mí. ¿Él también va a follarme? ¿Va a llenarme de terror y semen? ¿Es lo que quiero? Que Vane haya terminado rindiéndose a mí es una victoria mayor que la de Peter Pan.

Vane me levanta de un tirón y me da la vuelta. Mi culo queda presionado contra el borde de la mesa y siento cómo aprieta mi carne. No hay ni rastro de emoción en el cruelmente precioso rostro de Vane y, con esos disparejos ojos, es imposible descifrar qué piensa.

—Abre, Darling —me ordena.

No sé cómo acabará esto, pero mi curiosidad me vence y abro la boca.

Vane se acerca y escupe dentro.

—Esto es lo único que tendrás de mí.

Lo escupo y me paso la mano por la cara.

—¡Imbécil!

Lo golpeo con el puño. Pero intentar pegarle es como golpear una montaña: inútil, estúpido.

Pan me detiene.

—Vane —dice, en tono de advertencia—. No seas un capullo.

—¿Por qué? —pregunta—. Se me da muy bien.

Le lanzo una mirada furiosa. Él me sonrío, mostrándome sus resplandecientes dientes. Ha conseguido ganarme y me arden las ganas de vengarme. De todas las cosas que los chicos me han hecho esta noche, ha sido Vane quien ha derrumbado mis muros.

Gilipollas.

—Vete —le dice Pan.

Vane me lanza una última mirada y luego se da la vuelta y se va.

—Darling —me llama Pan, y por fin lo miro—. No vuelvas a provocarme.

Al ver que aún tiene la mano llena de sangre, finalmente asimilo que ha matado a alguien y, a pesar de ello, luego me ha follado.

¿Qué está pasando? ¿Y por qué me siento tan estupendamente bien ahora mismo? ¿Es parte de la locura? ¿Llevarme a nuevos niveles de placer y desenfreno?

Pero no...

No se follan a las Darling.

O, al menos, no lo hacían antes de mí.

—Esta noche duermes con los gemelos —ordena Pan—. No volváis a perderla de vista —añade.

—Vamos. —Kas me ofrece una mano—. ¿Te apetece una ducha?

Miro por encima del hombro hacia Peter Pan. Aún no se ha abrochado los pantalones, pero se ha guardado la polla. Está despeinado con un aire salvaje, como el mito de una isla mítica.

Ni chico, ni hombre. Un rey.

No sé cómo pensaba que acabaría esta noche, pero no era así.

Ya no estoy perdida. Creo que por fin me han encontrado.



18

KAS

Llevamos a la Darling a su habitación para que pueda ducharse. Mientras el agua corre, Bash se sube a su cama y se echa sobre las almohadas. Con un giro de muñeca, transforma el techo, este se vuelve crepuscular y aparece una estrella fugaz brillando en la noche. Hay un motivo por el que a ambos nos atrae esa misma ilusión: nos recuerda a la atmósfera crepuscular del palacio fae. Algunos días duele pensar en nuestro hogar.

Me dejo caer sobre el sillón y pongo los pies sobre el alféizar. El silencio reina en el patio, donde yace sin vida un Niño Perdido. Alguien va a tener que limpiar ese destrozo, y no voy a ser yo.

—¿Por qué crees que esta noche Pan se ha rendido? —pregunto.

Bash se saca un trozo de cuerda del bolsillo y se pone a hacer nudos.

—No lo sé. Pero me alegra que lo haya hecho.

A medida que la noche avanza, la brisa marina se vuelve fresca y se cuela en la habitación, secando el sudor que me cae por la nuca.

—¿Crees que Vane acabará por rendirse a ella?

Bash resopla y tensa los extremos de la cuerda hasta formar un nudo con forma de trébol.

—Escupirle en la boca ha sido como un favor. Es mejor que Vane no se rinda a ella. Él lo sabe. Por eso lo ha hecho.

Mi polla se estremece con solo recordar la preciosa boca de Winnie a mi alrededor. Joder, ha sido la mejor chica que he tenido nunca. Quizá sea porque hasta esta noche estaba prohibida, o quizá por algo completamente distinto.

—Deberíamos haberla vigilado.

—Si lo hubiéramos hecho, querido hermano, a Pan no se le hubiera ido la olla y no se la hubiera follado para darle una lección, y si él no se la hubiera follado...

—Vale, vale. Joder. Lo pillo.

Hace un nuevo nudo.

—Quiero atarla y hacerle cosas perversas.

A Bash se le dan mejor las cuerdas que a mí, pero disfruto tanto como él de tener a una chica atada.

—Esta noche no —le digo.

—No, supongo que ya ha tenido suficiente por una noche.

La ducha se cierra y, desde el pasillo, oigo a Winnie secándose con la toalla; puedo percibir el embriagador aroma a lavanda del jabón que Cherry le compró. Esta noche la hemos utilizado. No nos es extraño aprovecharnos de un coño para nuestro propio placer, pero esto es diferente. Winnie es diferente, y no sé por qué.

Con un chasquido de los dedos, la magia fae inunda el aire y el suelo de madera se cubre de musgo y flores bioluminiscentes. La luz, aunque artificial, sigue llenando la habitación con un brumoso brillo rosa.

Bash se sienta.

—La estás mimando.

—Quiero que piense que podemos ser sensibles.

—¿Por qué? Eso solo hará que se decepcione cuando se dé cuenta de que no lo somos.



19

PETER PAN

Hay una energía abrasándome en mi cuerpo que no puedo contener. Nos lo estamos jugando todo y la maldita Darling se está divirtiendo con nosotros.

Me reúno con Vane frente a la casa.

—Voy a cargarme algo. ¿Te vienes conmigo?

—Por supuesto.

Empezamos a caminar hacia la ciudad.

Vane puede volar; yo, no. Hace tanto tiempo que me he olvidado de lo que se siente estar en el aire y sentir el sol en la piel. Estoy tan frío como el hielo y amarrado a la tierra. Es una puta mierda. Me paso el día cabreado.

—¿A dónde vamos? —pregunta Vane.

—A matar algunos piratas.

—Con gusto.

Seguimos el camino que serpentea hacia el bosque, cruza el Río Misterioso y finalmente desemboca en el puerto de Darlington.

Darlington es mi ciudad, fundada sobre mi sangre y magia. Se encuentra en el sureste de la isla, en la costa.

—¿Y ahora? —pregunta Vane.

—Los piratas siempre andan deambulando por la Paloma Negra. Cruzamos los puertos desde donde entran y salen los barcos de

las otras islas. A lo largo de los muelles hay algunos bares, pero a los piratas les gusta estar en tierra firme, cerca de la frontera con mi territorio, para poder escapar deprisa si lo necesitan.

Esta parte de la ciudad está poco iluminada y reina la oscuridad, las sombras son densas, la bruma flota en el aire y la brisa fresca del océano choca con el calor urbano.

Vane enciende un cigarro y le da una larga calada.

—Así que ahora nos follamos a las Darling, ¿eh?

Sabía que lo iba a mencionar.

Chasqueo los dedos en su dirección y me pasa el cigarro.

—No tengo que darte explicaciones.

—No, por supuesto que no. Entonces, supongo que podemos romper todas las normas, ¿no?

Lo miro. Solo puedo verle el ojo negro, marcado por una cicatriz que lo cruza. Nunca me ha contado cómo se la hizo, pero tampoco le he preguntado. El hecho de que su sombra se haya apoderado de ese ojo ya me lo dice todo.

Doy otra calada y le devuelvo el cigarro.

—No lo sé, Vane. Si voy a morir pronto, mejor aprovecharme de todo, ¿no?

—No vas a morir.

Un grupo de borrachos nos pasan por delante y nos abuchean hasta que ven a Vane.

—Disculpas, Tenebroso —dicen, haciendo una reverencia y retrocediendo—. Nuestras más sinceras disculpas, nuestro rey —añaden al verme.

Tenebroso. Es un nombre tan ridículo. No sé quién se lo inventó, pero ya no hay vuelta atrás.

He descubierto que, en cada isla del archipiélago, a quien haya reclamado la Sombra de la muerte se le llama el Tenebroso y, en casi todas las islas, a quien posee la Sombra de la vida le otorgan el título de rey. Pero, después de tantos años, esa palabra me resulta extraña, como un idioma que ya no puedo hablar. De todas maneras, tampoco me siento identificado con ella, pues represento más la

muerte que la vida. Tal vez por eso la perdí, porque nunca fue realmente mía. Y si ya no es mía, entonces, ¿qué cojones estoy haciendo? ¿Qué le pasará a la isla si no puedo recuperar mi sombra?

Supongo que si se les presentara la oportunidad, los fae podrían mantenerla, sobre todo si Tilly hiciera que los hermanos volvieran a su hogar. El palacio fae es débil sin sus príncipes, pero es demasiado terca como para admitirlo.

Cuando el camino se desvía hacia territorio fae, aparece la Paloma Negra. Las ventanas relucen y la juerga ilumina la noche.

Vane y yo nos quedamos en la penumbra para examinar el interior del bar.

—Al fondo hay dos hombres de Garfio —dice Vane, terminando el cigarro y aplastándolo con la bota.

—Con dos es suficiente.

No me importan ni la prudencia ni el decoro. Solo la violencia.

Vane abre la puerta y entro.

En menos de dos segundos todo el mundo dentro se percata de quién ha cruzado la oscura puerta y todo queda en silencio. Cáscaras de cacahuete crujen bajo mis pies mientras camino hacia las mesas del fondo, donde los piratas de Garfio están bebiendo una ale.

—Os habéis desviado un poco de casa, ¿no? —digo.

El más corpulento coge aire, haciendo que la tela de la camisa se tense contra sus hombros.

—Solo estamos tomando algo. No buscamos problemas.

—La palabra «buscar» es subjetiva, ¿no crees, Pan? —comenta Vane, caminando hacia el otro lado de la mesa—. Vosotros estáis aquí tranquilos, pero para nosotros esto una gran muestra de falta de respeto.

—La cerveza aquí es mejor. Pero no se lo digáis a Garfio —balbucea el más bajito.

—No hará falta —dice Vane.

El corpulento aprieta el vaso con fuerza.

—¿Y eso por qué?

—Porque tu cabeza cortada servirá —digo.

La pelea empieza con un estallido y un crujido. El corpulento se

lanza contra Vane, quizá piense que tiene una mejor oportunidad contra el Tenebroso. Pero Vane le da un puñetazo en el cuello y le rompe la tráquea; el hombre intenta respirar desesperadamente.

El más bajito sigue en la silla, temblando. Lo agarro del cuello de la camisa y lo alzo, mueve los pies en el aire de manera inútil.

—¡Lo siento, Pan! ¡Lo siento! Te lo juro, ¡solo era una cerveza!

Vane le da una patada al corpulento y le rompe más huesos, mientras la sangre impregna el aire. El Tenebroso se endereza, con ambos ojos negros brillando a la titilante luz de las farolas de la taberna.

—Esta noche ya se han roto demasiadas normas —le digo al chico que intenta liberarse de mi agarre—. Simplemente has tenido la desgracia de cruzarte en el camino de mi creciente impaciencia.

Entonces, lo lanzo contra la mesa y un hueso le raja la piel del brazo cuando le sobresale.



20

WINNIE

Nunca había dormido con alguien en la misma cama, pero cuando me cuelo bajo las sábanas, con Kas a mi izquierda y Bash a la derecha, me siento extrañamente feliz. Es como dormir entre dos guardias extremadamente *sexys*. Uno de ellos ha creado una ilusión en el techo y el otro en el suelo para que parezca que estoy en un bosque mágico; unas florecillas rosas brillan en la oscuridad.

No sé por qué estoy tan feliz, ni cómo debo actuar. Es una sensación extraña, como si llevara un abrigo demasiado pequeño que está a punto de reventar las costuras con solo tirar de un hilo. Me acurruco al lado de Bash, que tiene el pecho desnudo e, iluminado por un suave resplandor rosa en technicolor, se ve irreprochable.

—¿Qué es eso? —pregunto, señalando hacia lo que sea que tiene en las manos.

Él me rodea con el brazo y me ata una pulsera hecha de cuerda alrededor de la muñeca, enhebrada en ella hay una cáscara de bellota.

—Un beso —dice él.

—¿Qué?

Ríe.

—La cáscara de bellota es un beso. Es algo de aquí.

Simplemente haz ver que lo es.

—Vale.

Kas se tumba boca arriba, su cuerpo tan cerca del mío que nuestras piernas se tocan. Una estrella cruza el techo, dejando un rastro de luz brillante.

—Hace dos días pensaba que iba a volverme loca —digo, girando la pulsera en la muñeca y admirando los nudos—. Aunque Pan me haya secuestrado, esto no me parece tan mal.

Kas resopla y Bash se ríe con un sonido agudo.

—Mejor retira eso —dice Bash.

—¿Por qué?

Suspira.

—Duerme, Darling.

—No estoy cansada.

Al otro lado de la ventana se oyen los grillos, y en el árbol junto a mi habitación, los pájaros gorjean suavemente. Kas se acerca más y me golpea sin querer una parte sensible de la espalda. Emito un quejido.

—¿Qué pasa? —pregunta.

—Nada. Estoy bien.

—¿Te hemos hecho daño?

—No. —Río—. Al contrario, estoy bien en verdad.

De hecho, hay algo en Nunca Jamás y en los Niños Perdidos que ha hecho desaparecer el dolor. A lo largo de los años, me he acostumbrado a que el cuerpo siempre me duela: constantes migrañas, repentinos dolores de los nervios... Cuando las brujas y supuestos sacerdotes vudú te destrozan, el dolor es una parte de ti. Prefería el dolor a volverme loca, así que nunca me quejaba y hacía lo que mi madre me decía con la esperanza de no acabar como ella.

Al pensar en todo eso, me vuelven los recuerdos y se me revuelve el estómago. Sé que lo que me hizo está mal y seguir pensando en ello me destroza por dentro y me hace llorar. Así que lo evito, no quiero volver a pensar en ello nunca más. Se supone que una madre debe protegerte, pero fue la desesperada necesidad de mi madre de salvarme lo que me provocó tanto dolor y angustia. Algunos días era difícil quererla.

Apoyo la mano sobre el vientre plano de Bash y cierro los ojos. A mi espalda, Kas enrolla un mechón de mi pelo alrededor de un dedo. Empiezo a quedarme dormida, aunque no creía estar cansada. Supongo que follarme a Peter Pan y los Niños Perdidos es agotador.

—¿Darling? —dice Bash.

Estoy casi dormida.

—¿Mmm?

—¿Cuál es tu comida favorita?

La pregunta me flota en la cabeza, envuelta en una nube de sueño. Me esfuerzo por decidir y, aún más, por pronunciar la respuesta.

—Los *croissants*.

Bash ríe con dulzura.

—¿En serio?

Me hundo aún más en el sueño. La cama resulta mucho más cómoda que mi colchón inflable, y el calor que desprenden Bash y Kas me hace sentir arropada.

Cuando me doy cuenta, ya estoy dormida.



21

WINNIE

Cuando me despierto a la mañana siguiente, estoy sola en la cama y, al otro lado de la ventana, cae la lluvia. El aire es fresco y limpio, pero hace bastante frío, y yo solo llevo puesta una camiseta prestada de Kas. Cuando me secuestraron, no me dio tiempo de hacer la maleta.

Al salir de la cama, observo sobre el sillón un grueso jersey. Me lo pongo rápidamente y me dirijo hacia la cocina.

Bash se está sirviendo una taza de café recién hecho. En la encimera, a su lado, descansa una cesta llena de bollería, sobre todo *croissants* dorados.

Se me escapa un sollozo.

—¿Qué pasa? —pregunta, divertido por mi reacción.

Acabo de acordarme de que anoche me preguntó cuál era mi comida favorita.

¿Se habrá levantado pronto para preparármela?

—Gracias —digo.

—No me las des, Darling. Después de cómo tu coño me trató anoche, es lo menos que puedo hacer.

Por algún motivo, no es el acto en sí mismo lo que me hace sonrojar, sino que me lo recuerden a plena luz del día.

¿Volveremos a hacerlo alguna vez? ¿Todos juntos?

Me gustaría, lo deseo con todas mis fuerzas, y solo con pensarlo se me endurecen los pezones bajo la ropa prestada, mientras algo se enciende entre mis piernas. No me habían follado así desde... Bueno, nunca y, en muy poco tiempo, ya he tenido mucho sexo.

Me siento en uno de los taburetes y Bash me tiende un plato con un *croissant*, acompañándolo luego con café. El vapor me besa la cara y me despereza.

—¿Dónde está todo el mundo?

—Kas está pescando. Vane está... bueno, quién coño sabe dónde estará metido. Pan está en su tumba, como siempre.

—¿Por qué no dejas de llamarlo «tumba»? —digo, llevándome el café a la boca y soplando para remover el vapor.

—Porque está bajo tierra y no tiene ventanas, solo una puerta.

Exactamente igual que mi habitación especial en nuestra casa victoriana en ruinas. A lo mejor tengo más en común con Peter Pan de lo que pensaba en un principio.

—¿Por qué duerme ahí?

Bash señala con el pulgar hacia unas ventanas que hay detrás de él.

—La luz del sol lo mata.

—¿Qué? ¿En serio?

—Sí.

—¿Por qué? ¿Cómo?

—Es una larga historia.

—Tengo tiempo.

—Come, Darling —añade, mientras tiene la atención puesta sobre el balcón.

Un segundo después, Kas aparece. Tiene el pelo suelto y empapado, el cual le cae por los hombros; de su nariz caen gotas de lluvia y, por supuesto, no lleva camisa. Parece que a estos chicos no les van las camisas. Sus abdominales son firmes y un profundo surco le recorre los huesos de la cadera, hundiéndose por la cintura de sus pantalones cortos.

Me invade una nueva oleada de calor cuando me sorprendo mirándole la entrepierna. Y, al volver a mirarlo a la cara, veo que me está observando mientras me lo como con los ojos.

Su mirada es oscura y carnal.

Me estremezco y agarro con más fuerza la taza de café.

—Joder —dice Bash, señalando con la cabeza los peces que cuelgan de una cuerda que Kas lleva atada a la cintura—. Hacía tiempo que no pescabas algo tan bueno.

Bash le quita la cuerda a su hermano y luego tira los peces al fregadero. Algunos de ellos agitan la cola, y varias gotas con olor a pescado saltan por el aire.

—Qué asco.

Llevo mi plato al otro lado de la encimera, bien lejos.

—¿Qué pasa? —dice Kas—. ¿Es que nunca has visto a unos peces moribundos?

—Ehm, no.

Los gemelos se miran. Juro oír unas campanas, pero no puedo verlas. Puede que no lleve mucho tiempo con ellos, pero sé descifrar lo que ocultan esas caras: travesuras de gemelos.

Kas chasquea los dedos hacia su hermano.

—Es una idea excelente.

—Esperad, ¿qué idea?

Yo no he oído nada.

—Vamos a enseñarte cómo limpiar pescado —dice Bash.

—No. —Niego con la cabeza, reafirmandome—. No quiero y no tengo motivos para aprenderlo.

—Pues claro que sí.

Bash me sonríe.

—¿Y por qué motivo?

—Diversión —responde.

—Puf.

—Termina —dice mientras otro pez se revuelve en el fregadero—. Tenemos trabajo que hacer.

Parece que no puedo escaquearme de esto, porque tan pronto como trago el último bocado de este maravilloso *croissant*, Bash me arranca de la encimera.

—¿En serio tengo que hacerlo? —Estoy lloriqueando un poco,

pero me da igual.

—Somos tus encantadores secuestradores —dice Bash, sonriendo—. ¿Cómo puedes decirnos que no?

Frunzo el ceño en su dirección y me cruzo de brazos.

—Toma, Darling. —Kas me tiende lo que parece un cepillo de metal y coloca un pescado sobre una robusta tabla de cortar de madera; por suerte, este pescado está muerto y no va dando saltos—. Sujétalo por la cola —dice, y me enseña cómo hacerlo—. Luego le pasas el escamador, desde la cola hasta la cabeza. Así. —Arrastra el cepillo por el cuerpo del pescado y, mientras las escamas caen una a una, otras salen volando, hasta que una aterriza de lleno en mi cara.

Hago una mueca cuando el abrumador olor a pescado inunda mi nariz.

Kas se acerca riendo y me quita la escama de la mejilla.

—Menuda profesional —dice.

—¿Así es un día normal para vosotros dos? —pregunto, y sigo escamando.

—¿Pescar en una isla? ¿Ponerlo todo patas arriba? Sí. —Bash se sienta sobre la encimera frente a mí—. Aunque guardamos algunos días para cuidar de las Darling traviesas.

Lo fulmino con la mirada y me guiña un ojo.

—No necesito que me cuiden.

Reposiciono el pez, intentando rodear una de las aletas, y saltan aún más escamas.

—No estoy de acuerdo. —El tono de Kas es ligero, pero con una mirada oscura.

Vuelvo a sonrojarme.

—Llevo toda la vida cuidando de mí misma. Cuando mi madre no estaba por ahí, de acompañante de viejos hombres blancos, estaba en casa cayendo más y más en la locura. La única persona en la que podía confiar era yo.

—Con que hombres viejos y blancos, ¿eh? —dice Bash detrás de mí.

—Ya sabes a quiénes me refiero.

—Pues claro. Hay una docena enterrados bajo esta casa. Nos

encanta romperlos.

—Me estás vacilando. —Miro a Kas—. ¿Me vacila?

Kas niega con la cabeza.

—¿Por qué?

—Creo que más bien, la pregunta es: ¿por qué no? —dice Bash.

—¿Tenéis la costumbre de ir asesinando a gente?

—Sí —responde Bash—. A menudo.

—¿Por qué?

—Porque, en este mundo, y en el tuyo, si tú no eres el monstruo, entonces eres la presa. Y no podemos permitirlo, Darling. Sobre todo con esos viejos.

Se ríe como si fuera una broma, pero sé que no lo es.

—El otro lado —dice Kas.

—¿Qué?

Alzo la mirada hacia él.

—El pez. Dale la vuelta y escama el otro lado.

—Claro.

Hago lo que me indica y, cuando termino, me ordena que me haga a un lado. Saca un afilado cuchillo y lo pasa por un bloque de piedra para afilarlo aún más. Los movimientos rápidos hacen un sonido estridente.

—¿Estás mirando? —pregunta.

—Sí.

—Pones el cuchillo aquí. —Coloca la punta justo bajo la boca del pez—. Y luego, lo deslizas hasta la aleta anal.

Palidezco ante la mención de la palabra «anal». ¿Por qué todo lo que hacen estos chicos suena sexual?

Sus movimientos son rápidos y precisos, y la barriga del pez se abre bajo su mano; las tripas se derraman.

—Corta aquí —dice a continuación, levantando una aleta por la punta e inclinando el cuchillo hacia dentro.

—Se te dan bien los cuchillos —me oigo decir.

Hace unos cuantos cortes más y las tripas del pez se separan de manera limpia.

—No es que sea bueno —dice Bash—, es que es un experto en esto de cortar.

Salta de la encimera, se acerca a mí y se baja la cintura de los pantalones, mostrándome una vieja cicatriz con una forma que parece hecha intencionadamente: un círculo atravesado por varias líneas, de las cuales surgen más bifurcaciones.

—¿Qué es eso?

—El símbolo de nuestra casa —responde él.

—¿Esta casa?

Kas deja de cortar y mira a su hermano, frunciendo el ceño.

—¿Podemos dejar el tema?

—Le sigue doliendo. —Bash coge un *croissant* de la cesta y se dirige hacia la puerta—. Supongo que, tarde o temprano, nuestra hermana te lo contará, así que no tiene sentido esperar. Somos los príncipes del reino fae.



22

KAS

Puedo sentir que la Darling me mira con nuevo interés. Por esto mismo no me gusta contarles a las Darling quiénes somos, sobre todo a ella. Ser príncipe hace que la gente te trate de otra forma, incluso a los príncipes mancillados.

—¿Es cierto? —pregunta en voz baja.

—Lo es.

Termino de filetear el pescado y tiro las espinas en un bol y el filete en otro.

—Si sois príncipes, ¿por qué estáis aquí?

—Nos desterraron.

—¿Por qué?

Empiezo a limpiar un segundo pescado.

—¿Estás segura de que quieres saberlo?

—Sí.

—Kas y yo matamos a nuestro padre.

La confesión me roba el oxígeno de los pulmones. Todos estos años después, el recuerdo aún sigue vivo: la ira que se dibujó en su rostro cuando la hoja se hundió en él, seguida del *shock* cuando se dio cuenta de que iba a morir. Fueron, en total, diez segundos. Un instante nuestro padre estaba vivo y, al siguiente, yacía en el suelo, rodeado de sangre.

—¿Por qué? —vuelve a preguntar.

—Porque pudimos.

Aunque no es verdad. La verdadera razón es más complicada, y ya he desenterrado suficientes recuerdos. Si no fuera por el cuchillo que tengo en la mano, podría estar volviéndome loco. Entiendo el miedo de Winnie a volverse loca. Yo lo siento cada puto día. Si pierdo la cabeza, será por el karma.

Termino de limpiar el pescado en silencio, mientras la Darling me observa atentamente.

—¿Es la cena?

—No —respondo—. Es un pago.

—¿Para qué?

Finalmente, la miro. Tras la ducha, su cabello brilla y se ve suave. Me entran ganas de llenarlo de sangre, de ensuciarla.

Fuera, la lluvia cae a cántaros y todo parece más lejano.

—Para mi hermana.

Esta noche es luna llena, y Tilly visitará a la Darling.

Han pasado décadas desde que la vi por última vez. La echo más de menos de lo que me imaginaba. Bash y yo siempre la protegíamos y, ahora, ¿a quién tiene en ese vasto palacio, al otro lado de la isla? Nuestra corte siempre ha sido confabuladora e hipócrita.

Odio pensar en mi hermana allí sola, sin paladines. Teníamos que ser sus caballeros, los príncipes del reino fae. Pero, en cambio, nos expulsaron.



23

WINNIE

No sé qué esperar de la hermana de Bash y Kas. ¿Tendrá alas como sus hermanos? Y si ellos son príncipes, ¿ella qué es? Estoy empezando a aprender que aquí nada es lo que parece ser.

Después de limpiar el pescado, paso el resto del día explorando el ático. Paso por el salón, el pasillo que lleva a los dormitorios... El mío está en un extremo y, junto a él, se encuentran el de los gemelos. Desde el salón sale un segundo pasillo que conduce al otro lado de la casa; allí hay otro baño, otro dormitorio y una biblioteca. En esta, una enorme ventana circular da al océano y la lluvia golpea suavemente el cristal.

Sentado en una silla de piel, con las botas sobre una mesita, está Vane. Ya estoy en el umbral cuando lo veo, así que me detengo y me doy la vuelta, pero luego decido que no voy a salir corriendo. ¿No me dijo que no lo hiciera?

En las manos tiene un libro encuadernado en negro con el título estampado en oro. Estoy demasiado lejos como para poder leerlo. Cuando entro, por un segundo su ojo bueno se fija en mí, para luego entrecerrarlo y volver a centrarse en las páginas. Se pone a leer de nuevo, como si yo no estuviera ahí.

—¿Qué estás leyendo? —pregunto.

—No te importa —responde sin pensarlo.

Me acerco para poder leer el título.

—*Frankenstein*. Muy tú.

Se apoya el libro abierto sobre el pecho.

—¿Querías algo?

Me encojo de hombros y pongo las manos detrás de la espalda, sintiéndome como si fuera una niña abandonada en el zoo que quiere apoyar la cara contra el cristal y observar a todas las bestias salvajes.

—¿Por qué eres tan imbécil? —pregunto, dejándome caer sobre la silla frente a él.

—Me sale de manera natural —responde, sonriendo con fuerza y mostrando sus dientes blancos e incisivos afilados.

Es difícil mirarlo directamente sin quedar asombrada por la cicatriz y el ojo negro; es como si un monstruo tratara de huir de su cara.

—¿Es porque tienes la Sombra de la muerte?

Se queda petrificado, sus ojos brillan en la tenue luz.

—¿Y qué sabe esta niñita de la Sombra de la muerte?

Una sensación de terror me invade e intento actuar normal mientras pienso en su pregunta.

—No mucho. Solo que te convierte en un loco de remate.

Cierra el libro de golpe y lo deja sobre la mesita.

—¿Y eso en qué te convierte a ti, entrando en una habitación, a solas conmigo? ¿Es que te gusta que te castiguen?

Mierda.

La mera sugerencia de que podría hacerme algo, ponerme a horcadas sobre él, follarme contra la pared... hace que todo mi cuerpo se contraiga. Aprieto los muslos, intentando controlar el ardor que siento entre las piernas. Por supuesto, él ve cómo me retuerzo; puedo ver cómo mueve la lengua contra la mejilla.

Esto me supera.

—A lo mejor sí —admito, porque sospecho que a Vane no puedo ocultarle nada.

Si tan solo pudiera leerlo tan fácil como él me lee a mí.

—Deberías levantarte de esa silla y salir por la puerta.

—¿Por qué?

Coge aire, lenta y profundamente.

Anoche, cuando me escupió en la boca, quería hacerlo pedazos. De todos los idiotas con los que me he acostado, ninguno me ha tratado como una zorra, aunque lo era un poco. No me avergüenzo de las decisiones que he tomado en mi vida. Durante la última década, esperaba que mi vida terminara en mi decimoctavo cumpleaños. Tal vez no literalmente, pero sí figuradamente, en un lento descenso hacia la locura.

Así que decidí hacer lo que me diera la gana, porque tampoco parecía tener importancia.

Aunque ya pasé mi decimoctavo cumpleaños, ahora que estoy en Nunca Jamás y el mito de Peter Pan ha demostrado ser real, no puedo deshacerme de la sensación de que estoy viviendo al límite. Y si lo estoy haciendo, quiero seguir *disfrutando*. Quiero hacer lo que me dé la puta gana, incluso si eso me mata.

Así que me levanto de la silla, pero en vez de ir hacia la puerta, cruzo la distancia entre Vane y yo y me subo sobre su regazo. Él gruñe, pero hace un movimiento con las caderas, alineándose con mi coño. No sé si es a propósito o por instinto. Y al girarse hacia mí, mantiene los brazos descansando sobre la silla.

—Ahora que estás aquí —dice—, ¿qué piensas hacer?

Me está tentando, provocando. Vuelve a moverse, esta vez apretando las caderas hacia delante. Aún no está duro, y eso me jode.

Todos esos jugadores de fútbol americano, necesitados e inexpertos, se empalmaban en un abrir y cerrar de ojos.

Pero... tiene razón. ¿Qué pienso hacer? Mi plan no tenía un final, solo un principio. Ahora no puedo dar marcha atrás, quedaría como una cobarde, y él se quedará satisfecho sabiendo que no soy capaz de continuar con mi temeridad.

Así que hago lo único que una chica puede hacer en este caso: me quito el jersey y la camiseta. No llevo sujetador, por lo que mis pechos quedan al aire libre y, de inmediato, los pezones se convierten en perlas oscuras.

Vane vuelve a gruñir y, ahora sí, *por fin*, está duro.

Estoy tan llena de orgullo que podría flotar en una nube,

siempre y cuando no me vea la espalda y no vea mis cicatrices. No quiero que piense que soy débil.

Me pone las manos sobre las caderas y me aprieta contra él.

El aire se me atasca en la garganta.

—Bonita y sucia Darling —dice—, haciendo ver que eres más grande de lo que eres.

—Cruel Sombra de la muerte, haciendo ver que él es mejor que esto.

—No he hecho tal afirmación.

Desliza una mano por mi cadera, luego mi cintura, y un escalofrío me recorre los hombros. Tengo los pezones tan duros que duelen y necesitan calor.

Vane se adelanta y acerca la boca a mi pecho.

Jadeo, un siseo se me escapa mientras él desliza la lengua sobre mí y luego me muerde.

Me rodea la cintura con el brazo y mece mi cuerpo contra el suyo.

Está pasando.

Cuando esto termine, ya los habré tenido a todos.

Restriego el coño contra su polla, deseando que entre nosotros no haya nada de ropa.

¿Hago yo el primer movimiento o él?

«Tómalo. Toma lo que quieras», me dice esa voz en la cabeza.

Paso la mano entre nosotros y empiezo a desabrocharle el pantalón. Tiemblo de excitación y miedo. En cualquier momento podría utilizar ese oscuro poder sobre mí, cubrirme de terror.

Con la boca aún en mi pezón, se vuelve hacia mí.

—Mírame —me ordena.

El pelo oscuro le cae por la frente y el ojo violeta le brilla.

Se me atasca el aire en la garganta. El terror empieza a hacer mella en mí y su rostro se vuelve frío.

Antes de darme cuenta, me tiene inmovilizada contra el suelo. Todo su cuerpo tiembla con una rabia apenas contenida.

—Escúchame con atención, Darling. —Aprieta los dientes—. Deja de dar por culo.

Se me corta la respiración mientras mi corazón me late con

fuerza, como una advertencia.

—A ver si me das *tú* por culo.

Se endereza y me da una palmada en el pecho.

Me sobresalto y grito con sorpresa. Él me tapa la boca con la mano, y el terror inunda mis entrañas. Cada fibra de mi cuerpo me grita que me levante y huya. Es una sensación que se arrastra bajo mi piel y de la que no me puedo deshacer.

Corre lejos. Corre rápido.

Corre. Corre.

CORRE.

—*No* —dice con la mano aún sobre mi boca.

Una palabra amenazadora, cargada de fuego suficiente para quemarme.

Mi cuerpo se retuerce, buscando algo: liberación, derrota, dolor o placer.

No puedo contenerlo; mi mente se nubla y mi clítoris clama por la liberación.

—Por favor —digo, pero la palabra se ahoga en su mano.

De repente ya no siento la presión de su cuerpo y lo veo alejarse.

—No voy a convertirme en mi muñequita rota para follar —me dice, saliendo de la sala, y trago aire.

Durante unos minutos me quedo tendida sobre la alfombra, sin estar segura de lo que acaba de pasar o de si he sobrevivido. ¿Estoy muerta? Siento que he saltado de un acantilado, pero aún no he llegado al suelo. Sigo cayendo.

Las oscuras nubes se amontonan y la lluvia cae con más fuerza. Finalmente, consigo respirar con normalidad y me arrastro de rodillas para recoger mi jersey. Me visto y me dejo caer sobre la silla abandonada de Vane, agotada pero satisfecha.

Maldito sea.

Lo odio. Y eso solo hace que tenga más ganas de conseguir que se rinda, solo para poder regocijarme.

Pero tal vez él tenga razón: parece que me gusta que me castiguen.

Y qué castigo tan siniestro.



24

PETER PAN

Cuando salgo de la tumba, me encuentro a la Darling en la biblioteca, acurrucada en uno de esos sillones de cuero al lado de la enorme ventana circular. Está contemplando la lluvia repiqueteando contra el cristal con un libro abierto entre las manos.

El sol ya se ha ido, aunque, con este cielo encapotado, resulta difícil saberlo con certeza, y la penumbra lo envuelve todo. Es una visión tentadora, como un pájaro salvaje que quisiera capturar y enjaular para que solo yo pueda escuchar su canto.

Al notar mi presencia, se incorpora en la silla y descruza las piernas. Vislumbro las suyas desnudas, cubiertas únicamente por un jersey que le queda demasiado grande. Podría deslizar una mano por su muslo, apartar el tejido y hacerla retorcerse bajo mi toque.

Un destello de anoche atraviesa mi mente y mi polla exige repetirlo. No suelo desear un coño con tanta intensidad, a veces solo necesito follar, pero hace tiempo que ninguna me follaba así.

—Hola —me dice.

Es una palabra tan simple, tan ligera y mortal. Nadie me dice «hola». «Hola» es para los amigos, y yo no tengo amigos. Solo enemigos y aliados. Aunque estos últimos últimamente escasean.

—Hola.

La pequeña y bonita Darling me sonrío, y despierta en mí una

necesidad de tirarla al suelo, meterle la polla en la boca y ver cómo se atraganta con ella.

No soy un buen hombre. Menos aún un buen rey. Pero, de momento, puedo fingir.

—¿Qué lees?

Cierra el libro y lo mira como si acabara de darse cuenta de que lo sostenía.

—*Frankenstein*.

—Un clásico.

—Supongo.

Está leyendo un libro sobre monstruos y está rodeada de ellos. Poético de cojones.

—Tengo que prepararte para esta noche —digo, y me mira con interés.

No suelo advertir a las Darling de lo que está por llegar. No sé por qué siento la necesidad de advertirla *a ella*.

—Vale.

—Mi sombra... —empiezo—. Fue una Darling quien la robó.

Frunce el ceño.

—¿Cuál?

—Fue hace mucho tiempo. Hace varias generaciones.

No puedo decir su nombre porque lo he olvidado. Donde ella vivía, ahora hay un vacío tan oscuro que aún se siente.

—Los recuerdos de tus antepasados se heredan —le cuento—. Están enterrados en la sangre, pero en los niños los recuerdos son salvajes y tumultuosos. Por eso... —Me detengo y suspiro.

—Por eso secuestras a las Darling al cumplir los dieciocho —adivina.

—Sí.

—¿Cómo extraes los recuerdos?

—Los fae pueden meterse dentro de la mente, sobre todo la reina.

Se humedece labios con la lengua.

—Por eso todas se vuelven locas, ¿no?

Tiene los ojos empañados y lucho contra el impulso de

tranquilizarla. De todas maneras, sería una puta mentira decir que no es cierto. Cuando Tilly acaba de hurgar en la cabeza de una Darling, esta ya no se queda igual.

Y luego solo queda esperar que la próxima generación llegue a la mayoría de edad.

Pero ahora... No quiero que pase con esta Darling. Normalmente, cuando las secuestro, suelen gritar, sollozar o temblar. Ella, en cambio, se comporta como un gato salvaje que quiere volcar el cuenco con leche de la mesa para ver cómo se desparrama.

Es lo que me gusta de ella.

La valiente pequeña Darling. Salvaje y temeraria, siempre dispuesta a tener una pervertida aventura.

—¿Hay alguna manera de llegar a los recuerdos sin enloquecer?
—pregunta.

Me recuesto en la silla.

—No lo sé. No es mi área de especialidad.

—¿Y qué lo es?

Buena pregunta. Parece que ya no tengo ninguna. Solía tener bastantes: podía volar, por ejemplo; podía mirar más allá de mí, a la isla, y saberlo todo de ella; podía hacer aparecer cualquier cosa de la nada, comida, animales, baratijas o tesoros, solo tenía que imaginármelo para crearlo.

Hace mucho tiempo que no soy capaz de hacer nada de eso. Ahora los arbustos ya no producen la misma cantidad de frutos, los cocoteros dan cada vez menos cocos y las bayas escasean. Y el tiempo está cambiando más de lo normal.

Reclamé la Sombra de la vida hace mucho, y mi responsabilidad era conservarla. Sin ella, la isla se está muriendo. Yo me estoy muriendo.

—No quiero volverme loca —dice la Darling.

Se le entrecorta la voz y los ojos se le llenan de lágrimas. Puede enfrentarse al Tenebroso, pero perder su cordura es lo que más la aterroriza. Quizá esta Darling y yo tengamos más en común de lo que pensaba.

—Vístete —le digo.

—¿Por qué?

Se pone inmediatamente en guardia.

—Déjame llevarte a dar una vuelta, quiero enseñarte algo.

Me mira con los ojos entrecerrados.

—Estarás a salvo —le prometo—. De mí y de la isla. Te lo aseguro.

—Vale. Me vendrá bien estirar las piernas.

Deja el libro a un lado, pasa junto mí y a duras penas consigo contenerme para no agarrarla. Por eso nunca tocamos a las Darling: una vez las pruebas, es difícil olvidar su sabor.

Ella va a su habitación y yo subo al ático a servirme una copa. No estoy tan cansado como ayer, pero me mata la puta cabeza. Bebo un trago de *whisky*, enciendo un cigarro y dejo que el humo me queme los pulmones. No sé dónde está todo el mundo, y tampoco me importa una mierda.

Cuando la Darling regresa, lleva un vestido y el jersey le cuelga de los hombros. Es tan pequeña y frágil que algo se me revuelve en las tripas. No puedo respirar.

—Después de ti —dice ella.

Hay varios caminos que conducen de la casa al bosque. Este separa nuestro refugio del Puerto de Darlington y del territorio fae.

La lluvia ha amainado, ahora sopla una brisa que me recubre la piel.

Llevo a la Darling por el sendero que va al norte, hacia el corazón del bosque. No habla, pero resulta imposible no notar su presencia.

—¿Dónde te hiciste tus cicatrices? —le pregunto.

Inhala bruscamente, sin apartar la mirada del camino.

—Darling.

—Los peligros de ser una Darling, supongo.

Intenta sonreír, pero es forzada.

—¿Quién te las hizo?

Pensar que alguien marcó su carne me enfurece más de lo que debería. No tendría que importarme. No me importa.

Y una mierda que no te importa.

—Gente que mi madre contrató. —Arranca los pétalos de una crossandra, dejando un rastro de migas de flores rojas entre las hojas—. Intentaba protegerme.

—Una manera un poco extraña de hacerlo.

La Darling juega con un pétalo entre el pulgar y el dedo índice, luego se lo lleva a la nariz e inhala su intenso aroma floral ahora que los aceites han penetrado en su piel.

—Fue por tu culpa —dice con acusación—. Si no hubieras secuestrado a las Darling, quizá mi vida habría sido normal.

La culpa se clava en mí, pero soy justo. Recojo lo que siembro.

—Si la Darling no me hubiera robado la sombra, no habría tenido que secuestrarlas.

Me mira con mala cara.

—Supongo que es cierto. —Tira el tallo desnudo de la flor al arbusto—. ¿Cómo pudo robarla mi antepasada?

Solo de pensarlo se me eriza la piel.

—Hubo un golpe de Estado. —Y eso será lo único que le diga.

—¿Quién?

Son esqueletos que prefiero no desenterrar. Por suerte, no tengo que hacerlo. Hemos llegado a nuestro destino.

—Mira.

Retiro un gran helecho para dejar al descubierto la Laguna de Nunca Jamás.

La Darling se detiene en el camino con la boca y los ojos abiertos de asombro.

—Guau.

La arena blanca rodea la laguna y el agua es de un reluciente turquesa incluso bajo el oscuro cielo. La Roca de los Abandonados queda medio oculta entre las demás rocas y los árboles del bosque. La lluvia aún golpea las hojas.

—Acércate —le digo, tomándola de la mano.

Inspira al tocarme.

Se me contrae el pecho, y avanzamos hasta la orilla.

—Mira al fondo —le digo.

La laguna no es muy profunda, pero rebosa magia. O, al menos, lo hizo una vez. Así que mirar hacia abajo es como asomarse a un

portal. En ese remolino de agua y magia, unas formas brillantes danzan bajo la superficie y, de vez en cuando, un rostro gira hacia nosotros, con ojos centelleantes.

—Hostia puta —dice la Darling, y se tambalea.

La sujeto antes de que se tropiece y caiga. No puedo evitar reír. El sonido me coge desprevenido.

—¿Qué son? —pregunta—. Parecen sirenas, o fantasmas.

—Quizá las dos cosas.

Campanilla una vez me contó que la laguna era un portal al más allá, que las formas que nadan bajo la superficie son almas atrapadas.

Camino por la orilla, cojo una piedra de la arena y la lanzo al agua haciendo que broten remolinos lumínicos.

—Es... precioso —dice la Darling.

—Tu madre decía lo mismo.

Frunce el ceño.

—¿La trajiste aquí?

—No estaba... bien —admito—. A veces la laguna sana. Pensé que podría ayudarla.

La chica me mira como si no me reconociera.

—¿Intentaste ayudarla?

Se relaja y da un paso en mi dirección, pero yo me doy la vuelta.

—Estuvo toda la noche sollozando —digo—. Tenía que callarla de alguna manera.

No es del todo cierto. Merry lloraba por algo muy distinto.

Y cuando me lo contó...

Cojo otra piedra y, cuando la lanzo, se desliza suavemente sobre el agua hasta chocar con la Roca de los Abandonados, produciendo un estruendo.

—¿La ayudó? —pregunta Darling—. ¿La laguna?

Cuando me giro hacia ella, la lluvia arrecia de nuevo y tiembla de frío. Un gruñido me sube por el pecho. Me quito la camiseta rápidamente y voy hacia ella.

—Levanta los brazos, Darling —le ordeno, y obedece sin dudar.

No es una camiseta gruesa, pero servirá.

—Dímelo —dice, y me mira. La niebla se pega a sus pestañas y la lluvia le gotea de la punta de la nariz—. Por favor.

Suspiro.

—Creo que sí. Al menos por un tiempo.

Asiente.

—Gracias.

—No me las des —digo—. Yo soy el motivo de su dolor. ¿Recuerdas?

Frunce el ceño. Su mirada busca algo que creo no tener, pero que deseo entregarle.

—Ven. Tilly llegará pronto. Será mejor que volvamos.

Necesita ropa seca y cálida. Eso es lo que necesita.

Es lo menos que puedo darle antes de que la reina fae se meta en su mente.



25

WINNIE

La camiseta de Peter Pan huele a él: a bosque salvaje y noches embriagadoras. Me la acerco al torso para mantener el calor corporal mientras lo sigo por el bosque.

Cuando salimos y diviso la casa, me detengo. Es la primera vez que veo la casa de frente. Es enorme, abrazada a ambos lados por un bosque tropical. Flores brillantes salpican los árboles y palmeras altísimas se alzan ante ella. Todas las ventanas están iluminadas, enviando un resplandor dorado en la noche profunda.

Mi madre decía que en la isla había magia. Las ilusiones de los gemelos eran mágicas, pero ahora entiendo a qué se refería: la laguna, las almas que parecían sirenas y esta casa llena de vida.

Me encanta estar aquí, aunque lleve poco tiempo. Todo me resulta tan familiar, tan acogedor, como volver a casa tras un largo viaje. Nunca había respirado con tanto alivio. Nunca lo había experimentado. Nunca en mi vida.

Sigo a Pan por las escaleras hasta el balcón y de allí al ático, donde un enorme árbol central alberga pequeñas luciérnagas.

—Aquí estáis —dice Vane—. ¿Dónde coño os habíais metido?

Pan le gruñe.

—Por ahí.

Vane me mira con su brillante ojo violeta. No logro descifrarlo.

Siempre he sabido leer a la gente, pero él es un enigma, como una caja fuerte que quisiera abrir.

Los gemelos entran en la habitación.

—Tilly está de camino.

Peter Pan chasquea los dedos en dirección a Vane.

—Reúne al resto de Niños Perdidos y que se queden fuera de la vista. Bash y Kas, dadle a la Darling ropa seca y ayudadla a que se arregle.

Siento mi corazón latir con fuerza contra la garganta y la sangre subirme a la cabeza, rebotando en mis oídos.

Ya está. Así es como ocurrirá. No quiero perder la cabeza.

—¿Darling?

Kas se detiene frente a mí. Lleva el pelo recogido en un moño bajo y en sus ojos color ámbar veo preocupación.

—No quiero hacerlo.

Me frunce el ceño.

—El rey siempre consigue lo que quiere.

Trago con fuerza.

—Por favor, Kas.

Me rodea con un brazo y me guía hacia el dormitorio.

Tiemblo, entumecida.

Así es como ocurre. El principio del fin.

—¿Por qué tiene que meterse en mi mente? ¿No podría simplemente hipnotizarme o algo? ¿No crees que, si alguna de nosotras supiéramos dónde está, ya lo habiéramos recordado? Por favor, Kas.

Le aprieto la mano.

—No puedo detenerlo, Win —dice y ladea la cabeza—. Y tú tampoco.

Bash entra en la habitación.

—Escucha, Darling. Estás en riesgo de que se te lleve un golpe de viento, pero aquí —me alborota el pelo— eres más fuerte de lo que piensas. Y vas a dejar que nuestra hermana se meta en tu mente y nos ayudará a encontrar la sombra de Peter Pan. ¿Entendido? Yo creo que lo lograrás, eres diferente de todas las Darling que han venido antes.

Trago el nudo de la garganta.

—¿De verdad lo crees?

—Sí. —Me sonrío—. Hasta hemos podido follarte.

Kas le da un golpe suave en la nuca y Bash se lo devuelve.

Quiero ayudar a Pan. Quiero ser la que consiga recuperar su sombra. Pero no quiero volverme loca en el intento. He soportado tantas cosas: pociones mágicas que me hacían vomitar durante días, cuchillas que marcaban mi carne, sangre recogida para pintar mi techo... así que puedo soportar esto. Por fin terminaré con esta maldición para todas nosotras.

—Vale —asiento, y me quito la camiseta de Peter Pan—. Puedo hacerlo.

—Estupendo —dice Kas—. Voy a ver si Cherry tiene algo de ropa seca y limpia.

Cuando Kas se va, Bash se acerca y toma mi mano entre las suyas. Acaricia el brazalete que llevo en la muñeca y lo hace girar.

—No es un brazalete cualquiera.

—Lo sé. Es un beso.

—Sí, pero hay más. —Me sonrío y habla con voz áspera—. Está impregnado de magia. Te protegerá. No tienes nada que temer.

Sé que Bash tiene magia, así que a lo mejor esté diciendo la verdad.

Asiento.

A diferencia de mi madre, y de las Darling anteriores, yo puedo salir de esta intacta.

Todo va a ir bien.

Cherry me presta un vestido limpio que cae suelto por mis hombros y temo que me deje la espalda al descubierto.

—Darling —me llama Pan.

Salgo al ático donde él, los gemelos y Vane esperan. El resto de la casa guarda silencio.

—¿Estás lista? —pregunta Pan.

—Eso creo.

Fuera de la casa, se escucha el ruido de cascos de caballos

sobre los adoquines.

Bash se acerca a la ventana.

—Ya está aquí.

Puedo sentir la tensión en los gemelos. La idea de ver a su hermana los pone nerviosos. Yo intento no moverme, pero no lo consigo. Soy un manojo de nervios. Su hermana es una fae, una reina. Me emociona conocerla, pero me aterra el motivo por el cual ha venido.

Contengo la respiración cuando sube las escaleras. Y cuando aparece, no puedo evitar soltar un grito ahogado. Es como un hada recién salida de un cuento: tiene alas grandes y finas que salen de su espalda y aletean bajo la brillante luz de los faroles, titilando como conchas de abulón. El pelo oscuro le cae en trenzas que enmarcan una delicada corona de oro con una piedra brillante en el centro. Sus pómulos son altos y afilados, idénticos a los de los gemelos; la nariz, fina y recta, y su rostro tiene forma de corazón, aunque el de sus hermanos es más anguloso.

Desvía su mirada hacia mí y noto que sus iris son del mismo color que sus alas.

Es esplendorosa. Es más mito que el propio Peter Pan.

Parpadeo varias veces para comprobar que la vista no me está fallando.

—Tilly —dice Peter Pan, acercándose a ella—. Me alegro de verte.

Ella le sonríe, pero el brillo de sus ojos se desvanece. Es la primera señal de que entre ellos algo va mal.

¿Peter Pan lo sabe?

Le tiende la mano, con la palma hacia abajo. Él se acerca, se la coge y le besa los nudillos. A ella le complace el gesto casi como si el beso fuera una muestra de dominación que disfruta. Supongo que Peter Pan está a su merced: solo ella puede meterse en mi mente.

Luego vuelve su mirada hacia los gemelos, que me flanquean, y todo el placer se desvanece de su cara, su expresión se vuelve fría y distante.

—Hermanos —saluda.

—Querida hermana —dice Bash.

—Es un placer verte, Tilly —añade Kas.

No responde. La breve conversación deja a los gemelos con ganas de más.

—¿Esta es la Darling? —pregunta, mirándome directamente.

Me cuesta no volver la cara hacia el suelo como una idiota miedica.

—Hola.

—¿Se han comportado estos chicos salvajes?

Vane resopla. Yo finjo no oírlo.

—Sí. Han sido muy amables.

Excepto cuando me llamaban zorra y me follaban sobre la mesa. No me importaría volver a hacerlo algún día de estos. De hecho, ahora mismo lo preferiría a cualquier otra cosa. Quiero volver a ese momento, cuando lo único que importaba era buscar mi propio placer.

—Ven, siéntate —ordena Tilly, señalando una de las sillas.

A regañadientes, cruzo la habitación y me siento. Pongo las manos en el regazo para disimular que me tiemblan los dedos y las rodillas, y que tengo la piel sudorosa.

—Esto no debería llevar más de unos minutos —dice detrás de mí.

Un terror me sube por los hombros. El corazón me late muy deprisa y tengo el estómago revuelto. Si me dieran un cubo, creo podría vomitar.

Tilly tiende la mano hacia mi cabeza y me estremezco.

—No pasa nada. Solo voy a colocar las manos aquí. —Sus dedos se hunden en mi pelo y me presiona el cuero cabelludo—. ¿Lista?

Por Dios, no. Para nada.

¿Y si no hay ningún recuerdo de la sombra robada? ¿Y si todo esto no sirve de nada y destruye mi cerebro como a las demás Darling por algo imposible?

—Empecemos —dice, y un dolor cegador me atraviesa el cráneo.



26

BASH

Mi hermana ni siquiera nos dirige la mirada. Somos de la realeza y, aun así, nos mira como si fuésemos siervos de los campos de bayas.

Todo lo que Kas y yo hicimos, lo hicimos por ella.

Kas ansía el perdón, pero yo empiezo a desear venganza.

Los dedos enjoyados de nuestra hermana se enredan en el pelo de Winnie. Una sensación abrumadora de urgencia me cierra la garganta. He visto esto demasiadas veces y sé cómo acaba.

—Empecemos —dice Tilly.

Bajo sus manos surge un resplandor blanco que inunda la estancia. El rostro de Winnie se retuerce de dolor. A mi lado, Kas cambia el peso de una pierna a otra, conteniéndose para no abalanzarse y frenar a nuestra querida hermana.

Winnie grita y Pan aprieta los dientes.

La luz se intensifica mientras escarba en la mente de la Darling sin el menor remordimiento. ¿Sabe siquiera lo que busca después de tantos años? ¿Le importa descubrirlo lo suficiente como para hurgar tan hondo?

Todo a costa de nuestra pequeña Darling.

Tilly se centra en su tarea, los dedos se convierten en garras mientras se adentra en su mente con su poder. Una vez, Kas y yo la

vimos convertir en papilla el cerebro de un cortesano que la insultó frente a la corte: le puso las manos en la cabeza y, diez segundos después, la masa encefálica le brotó por la nariz.

No debería importarme lo que ocurra con Winnie, pero mi conciencia me lo impide. No quiero que acabe aturdida y ausente, como las demás, como su madre. A Merry le hicimos una promesa y la rompimos.

En mi interior se forma el impulso de detener a Tilly, sin importarme las consecuencias. Casi lo hago.

Pero alguien se me adelanta. No mi hermano, ni siquiera Pan.

Es Vane.

La Sombra de la muerte se apodera del espacio.



27

WINNIE

Siento un dolor terrible. Peor que el sufrimiento sordo que he llevado toda mi vida. Peor que las cuchillas que grabaron magia falsa en mi piel. Siento ese dolor en todo el cuerpo, como si Tilly me arañara el alma con garras y fuego, desgarrando quién soy y lo que soy.

No puedo moverme, duele demasiado.

Solo veo la intensa luz blanca y el dolor agudo. Intento resistir, me digo que ya he sobrevivido antes, que puedo hacerlo.

Pero no puedo.

No puedo más.

Quiero que pare.

Quiero deslizarme lejos como un río y desaparecer por el horizonte.

Dejarme llevar.

Dejarlos a todos.

Peter Pan te necesita.

Los Niños Perdidos te necesitan.

La isla te necesita.

Nada de esto es mío, pero siento el deber de salvarlos.

Aguanta. Aguanta.

Solo un poco más.

Empiezo a temblar bajo las manos de Tilly. No siento las piernas

y mis manos están clavadas a los brazos de la silla.

No te rindas.

Aguanta.

Es posible que estos crueles y despiadados chicos me hayan utilizado de la manera más vil posible, pero, incluso así, por fin me sentía libre.

Me sentía viva.

Algo en Peter Pan y los Niños Perdidos hace que me sienta liberada.

Puedo hacerlo.

Y es en ese momento cuando una remota parte de mí se rinde, cuando decido aguantar por ellos algo encaja. Y luego la luz se apaga, el dolor desaparece y yo me desmayo en los brazos de Vane.

—Aquí termina —gruñe su voz lejana sobre mí.

Siento que me alzan y me acunan contra un pecho fuerte.

—Vane —resuena la voz de Pan con autoridad.

—No. No vamos a seguir con esta mierda —responde Vane mientras se aleja.

—No había terminado —dice Tilly.

—He dicho que se acabó —insiste Vane, sus pasos retumban en el suelo de madera.

—¿A dónde te la llevas? —Un silencio, y luego—: Vane, por el amor de Dios.

Una puerta se cierra de golpe. El cerrojo encaja.

—¡Vane!

—¿Darling? —Su voz es ronca—. ¿Sigues conmigo?

Mi respuesta es patosa y confusa.

—Creo que sí.

Vane me deja sobre una cama. La habitación está oscura y cálida, impregnada de su olor a noches de verano y ámbar. Al intentar apartarse, lo agarro de la camisa.

—No te vayas.

Hay un momento en el que parece que, aun así, va a irse.

Después de todo, creo que me odia, lo que no explica por qué estoy en su cama, por qué desafiaría a Peter Pan.

—Hazte a un lado —me dice finalmente.

Me muevo con dificultad y la cama se hunde bajo su peso. Me acuna entre sus brazos. Apoyo la oreja en su pecho y escucho el constante latido de su corazón. Nunca me había sentido tan segura como en este momento. Me entran ganas de llorar.

—¿Por qué lo has hecho? —pregunto con la voz entrecortada.

—Deja de hacer preguntas y descansa —dice.

—¿Por qué, Vane?

Su brazo me rodea y descansa los dedos sobre mi cintura.

—Porque quería y porque podía.

—Eso no es una respuesta.

Suspira.

—De donde vengo, a las chiquillas como tú las rompen cada día por el puro placer de ver cómo se quiebran. Y estoy hasta los huevos.

Siento su cálida respiración rozarme la cabeza.

—Soy más fuerte de lo que crees —le digo.

—Incluso el roble más vigoroso se considera invulnerable hasta que llega un hombre con un hacha y lo tala.

—¿Y ese eres tú? ¿Tienes un hacha?

—Todos los hombres nacen con un hacha en la mano, Darling. Para juzgar a un hombre, solo hay que fijarse en cómo la maneja.

Exhalo contra su pecho.

—Ahora descansa.

Su mano sube hasta mi sien.

El calor de su roce me adormece y me quedo dormida en cuestión de segundos.



28

WINNIE

Estoy en una habitación que no reconozco, pero la mujer que tengo delante me resulta familiar. Lleva el pelo castaño recogido con hebillas. El baúl de mi bisabuela Wendy está frente a nosotras y la mujer sostiene una caja en las manos.

—¿Quién eres? —pregunto, pero no me escucha y mi voz flota por la estancia como si estuviera bajo el agua.

Se agacha, abre el baúl y empuja la tapa hacia atrás. Está forrado como siempre, con papel estampado de pequeñas flores naranjas. Deja su caja más pequeña a un lado, mete la mano en el baúl y golpea el lateral, de donde sale un cajón.

—No sabía que eso estaba ahí.

Coge la caja, la mete en el cajón y lo cierra.

Cuando se incorpora, se limpia las manos, como diciéndose que ha hecho un buen trabajo.

—Nunca podrá recuperarla —dice una voz detrás de nosotras.

Me giro al mismo tiempo que la mujer de pelo castaño, y una figura sale de las sombras. Es una mujer con finas alas y ojos penetrantes, el suave resplandor dorado que la rodea la hace parecer una estrella en la noche. Se parece a Tilly, pero tiene algo diferente.

La mujer de pelo castaño se queda inmóvil, con la mirada

distante. Me recuerda a mi madre. La mujer alada se acerca y le coloca la mano sobre la cabeza. La luz retumba por toda la habitación, cegándome, y me doy la vuelta. En el umbral de un armario asoma el rostro de una niña. Cuando la luz se desvanece y vuelvo a mirar, la mujer de pelo castaño yace en el suelo, inmóvil, con los ojos abiertos pero sin pestañear. Sin respirar.

—Y jamás tendrá a su Darling —añade la mujer alada en un susurro, antes de marcharse.

Me despierto con un sobresalto. La cama está vacía y, por un momento, no sé dónde estoy.

—¿Vane? —lo llamo.

No hay respuesta.

Me deshago de la sábana y salgo de la habitación. La luz del día entra por la ventana del oscuro dormitorio.

Kas y Bash conversan en el ático con Vane, apoyado en la barra.

—Darling —dice Kas mientras se levanta de un salto y viene hacia mí—. ¿Cómo te encuentras?

—¿Dónde está?

—¿Quién?

—Peter Pan.

—Es de día —dice Vane, algo aburrido—. Está en su tumba.

—¿Dónde?

—En el fondo de la torre.

—¿Dónde?

Se quedan mirándome.

—Muy bien. Yo misma lo encontraré.

Sigo el pasillo. Solo hay una torre en el lado norte de la casa, así que me dirijo allí y encuentro una puerta.

—No llegarás muy lejos —advierte Vane a mis espaldas.

Lo ignoro, abro la puerta y me asomo a la oscura torre. El eco de mis pasos resuena en el gran y oscuro espacio.

—Necesitas una llave para entrar en la tumba —dice Vane.

—Entonces dame la llave.

—¿Por qué?

Vane se acerca y se cierne sobre mí.

—Necesito preguntarle algo.

—¿El qué?

—Ven conmigo y lo descubrirás.

—Si lo despiertas durante el día, tranquilamente podría matarte.

Enderezo los hombros, cruzo los brazos sobre el pecho y espero. La curiosidad le vence. Baja él primero y yo lo sigo, con la mano agarrada a la barandilla metálica. La suave luz de la escalera en espiral evita que tropiece. Al llegar al final, el aire frío me eriza la piel. Estamos muy profundos en la tierra.

Vane abre la puerta y deja al descubierto un habitáculo vacío con una segunda puerta.

—Después de ti —dice.

Me acerco a la segunda puerta, agarro el picaporte y abro. Esta habitación sí que es una tumba completamente a oscuras. Busco a tientas por el interior.

—¿Dónde está el interruptor?

Vane refunfuña y pasa por mi lado. Un segundo más tarde, una lámpara se enciende y una luz dorada inunda la habitación. Hay una enorme cama con dosel en el centro, una cómoda, un sillón y montones de diarios encuadernados en cuero. La cama está vacía.

—¿Dónde...?

—¿Qué ocurre?

Su voz se desliza desde las sombras. Apenas es una silueta en el umbral de la puerta. Me recuerda a la primera vez que lo vi en nuestra antigua casa victoriana. Esa vez tenía miedo de lo que él simbolizaba. Pero ahora ya no.

Cruzo la habitación y me detengo frente a él.

—¿Quién tenía la piel resplandeciente, con alas, y se parecía a Tilly?

Su rostro se ensombrece.

—¿Por qué preguntas? —gruñe.

—Dímelo.

—Campanilla —responde Vane—. Era Campanilla.

Lo miro por encima del hombro.

—¿Qué le pasó?

—La maté —dice Pan. Suspira y se frota los ojos—. ¿De qué va todo esto? Estoy muy cansado, Darling.

—Es sobre tu sombra.

Eso llama su atención. Se acerca al borde de la cama y se sienta. No lleva camiseta, solo unos pantalones holgados de pijama. Es la primera vez que lo veo sin ropa, sus tatuajes asoman entre las cicatrices. Está cubierto de ellos.

—Puede que una Darling robara mi sombra, pero fue Campanilla quien organizó todo con la ayuda de un Niño Perdido. Con Mofeta.

—Mofeta. —Qué nombre más raro—. ¿Por qué haría eso?

—Porque Campanilla estaba enamorada de Peter —responde Vane.

—Pero eso no tiene sentido. Si ella te amaba...

—Puede que me amara —dice él—, pero odiaba aún más a las Darling.

—¿Y?

—Y... resulta que yo estaba enamorado de una de ellas, de la Darling original.

Me quedo sin aire y me dejo caer junto a él sobre la cama. Nunca imaginé que esa fuera la respuesta, pero ahora todo encaja: en mi sueño, Campanilla dijo que «jamás tendrá a su Darling».

—Mató a la Darling original —digo. A mi lado, Peter suspira—. Así que la mataste.

—No pensaba con claridad —admite—. A veces actúo sin pensar. Una vez muertas Campanilla y la Darling original, buscar mi sombra se volvió mucho más complicado. Pero los recuerdos se heredan por sangre y la Darling original tenía una hermana pequeña. Era improbable, pero existía la posibilidad de que algún vestigio de la memoria persistiera en su linaje.

La niña del armario. Debía ser su hermana.

—Así que nos secuestras para rastrear cualquier pista sobre tu sombra.

Asiente.

—Creo que sé dónde está.

Me mira con el pelo alborotado por el sueño, pero con los ojos encendidos.

—Dímelo.

—En el baúl de mi bisabuela Wendy.



29

PETER PAN

Un viaje más a su mundo. Puedo hacerlo, *debo* hacerlo.

Esperar a la puesta de sol se me ha hecho eterno. Despaché a la Darling para poder caminar solo por la habitación mientras una sensación de desesperación me taladraba la cabeza.

Cuando la luz finalmente se desvanece, recopilo todas las hojas que encuentro y subo corriendo las escaleras. En el ático, todo el mundo está listo.

—¿Venís todos? —pregunto.

—Pues claro que sí —dice Bash—. ¿Crees que te dejaremos vivir solo todas las aventuras?

La Darling se encuentra entre los gemelos; a su lado, parece una muñeca diminuta, frágil y quebradiza, pero, en realidad, es todo lo contrario. Me recuerda mucho a su madre.

—¿Cómo llegamos allí? —pregunta la Darling.

—Lo mejor es volar —respondo.

—¿Puedes volar? —pregunta tras mirarme unos segundos.

—Ya no —admito.

—Y nosotros hemos perdido las alas —dice Kas.

—¿Y tú, Vane? —pregunta ella.

—Yo puedo volar, pero no pienso ir arrastrando vuestros culos por ahí.

—Utilizaremos la otra ruta —digo.
—¿Y esa cuál es? —pregunta ella.
—Saltamos desde la Roca de los Abandonados.
—Tienes que estar de coña. —Pone las manos sobre las caderas
—. Dime que es una broma.
—Nunca estamos de coña cuando hablamos de lanzarnos por
un acantilado.
—No quiero saltar por un acantilado.
—Qué pena —le digo, y la dirijo hacia la puerta.

Atravesamos el bosque. En la distancia, los lobos aúllan y escuchamos a uno gruñir en la oscuridad. Mantenemos a la Darling a recaudo en medio de nosotros. Los lobos solían doblegarse ante mí, pero ya no.

Pasamos junto a la laguna y subimos por la ladera trasera del acantilado. La luna brilla con fuerza. Creía que esta noche invitaríamos de nuevo a Tilly a hurgar en la mente de la Darling, pero me alegro de que no tengamos que hacerlo, de que ella esté bien.

El musgo, húmedo de rocío, crece entre las grietas de la roca; la brisa marina sopla con fuerza y la Darling tiembla de frío. Sumergirse en el océano no ayudará, tampoco cruzar mundos.

Llegamos al final del acantilado. El viento zarandea a la Darling, que aprieta los brazos contra el torso, sin acercarse demasiado al precipicio.

—Esto es mucho más alto de lo que parecía desde abajo —murmura—. No sé si podré hacerlo. ¿Así es como me trajiste?

—Sí.

Se muerde el labio.

—Piensa que cuando lleguemos, podrás quedarte. No tendrás que volver aquí nunca más.

Hace una mueca y mis entrañas se contraen.

¿Es eso lo que quiero? ¿O lo que ella quiere? Apenas la conozco, y sin embargo... La idea de perderla cuando se vaya me quema el pecho.

—Ven.

Le ofrezco la mano. Al menos puedo prometerle que estaré a su lado.

Me coge de la mano. Tiene los dedos helados.

—¿Y solo hay que saltar?

—Sí.

La llevo hacia el borde.

—¿Hay rocas ahí abajo?

—Sí, y por eso daremos un gran salto.

—¿Y luego qué? —Frunce el ceño, preocupada—. ¿Nadamos? ¿Buceamos?

—La magia se ocupará de ello.

Resopla.

—Solo tienes que creer —dice Kas, y luego salta.

—Por Dios —dice con la respiración entrecortada—. No puedo.

—Tienes que hacerlo.

—¿Por qué?

Bash es el siguiente en saltar.

El viento cambia de dirección y un mechón de pelo se cruza en el rostro de la Darling. Me inclino para colocárselo detrás de la oreja.

—Estarás conmigo, ¿vale?

Juro que puedo oír el latido de su corazón por encima del golpeteo de las olas.

—Está bien. Vamos.

—Buena chica.

Nos acercamos hasta el límite y se agarra a mí con más fuerza.

—¿Lista?

—Supongo.

—Uno.

Tiembla a mi lado.

—Dos.

Su pecho se mueve con respiraciones rápidas.

No llego hasta tres antes de saltar juntos por el acantilado. Esta es la única manera en la que puedo volar, y es muy estimulante. Pero si la Darling está en lo cierto, mañana a esta hora estaré volando entre las estrellas.



30

WINNIE

Cuando salgo a coger aire, me descubro gritando. No hay olas ni viento, pero estamos en el agua; es poco profunda y salobre, y tardo un momento en reconocer que es el estanque Emerald del parque al final de la calle de nuestra casa victoriana.

Estoy en casa.

Estoy en casa. Entonces, ¿por qué tengo miedo?

Salimos del agua, yo, Peter Pan y los Niños Perdidos.

Aquí también es de noche y escucho a los grillos y las ranas en la oscuridad.

—Por aquí —digo, y avanzamos hacia la acera.

Caminamos en silencio, empapados y con una misión. En menos de diez minutos estamos en la casa victoriana. Ver mi hogar con Pan y los chicos a mi lado hace que todo parezca irreal, como si no debieran existir en el mismo espacio.

Subimos por la parte delantera, que está agrietada y en ruinas. Intento abrir la puerta y descubro no está echada la llave, algo muy inusual en mi madre. Ella siempre se asegura de cerrarla.

Cuando empujo la puerta, las bisagras crujen. La casa permanece en silencio salvo por sus típicos crujidos.

—¿Mamá? —llamo.

No hay respuesta.

Avanzamos por el pasillo y los chicos se quedan detrás de mí.

El baúl de mi bisabuela está en el comedor, bajo la ventana. Pero cuando llegamos al umbral de la puerta, encontramos a mi madre junto con un hombre bajito y varios más como él. Tiene un mechón de pelo oscuro, ojos grandes y penetrantes y orejas puntiagudas.

—Brownie —gruñe Pan.

—Pan —dice el hombrecito.

—¿Por qué estás aquí? —pregunta Pan con sospecha.

El Brownie da un paso adelante.

—Campanilla no quería que fueras rey y me he dedicado toda la vida a servirla.

—Pero ¿cómo sabías que estaba aquí? —insiste Pan, acercándose un poco más.

Vane y los gemelos lo imitan, flanqueándolo.

—Siempre supe dónde te escondías —responde el Brownie—. De hecho, pensé que ya habrías muerto. Todos lo creíamos.

Sus compañeros asienten. Hay siete en total.

—¿Qué piensas hacer con mi sombra cuando la reclames? No es algo que muchos puedan controlar.

—Los gemelos podrían —dice el Brownie.

Pan se pone rígido.

—¿Y qué dice Tilly al respecto?

—Ella quiere lo mejor para la isla. —El Brownie apoya la mano sobre la empuñadura de su daga—. Fuiste un rey despiadado, no creerás que queremos volver a eso.

Busco una reacción en el rostro de Pan. Sé de su crueldad. Lo vi arrancar el corazón a un Niño Perdido por tan solo flirtear conmigo. Pero ¿hasta dónde llegará? No le tengo miedo, pero quizás debería.

A lo mejor saltar por ese acantilado fue lo menos valiente que he hecho todos estos días.

—No permitiré que me detengas —dice Pan.

—No permitiré que te marches con tu sombra —replica el Brownie.

Hay un momento de calma, y luego empieza la batalla.

Mamá está arrinconada entre la esquina y el baúl, con los brazos alrededor de las rodillas. Corro hacia ella mientras oigo las espadas chocar.

—¿Mamá? ¿Estás bien?

—¿Winnie? Oh, ¡Winnie! —Abre los brazos y me rodea con ellos —. Me alegra tanto que estés aquí.

—¿Estás bien?

—Sí, estoy bien. Estoy bien.

Veo por encima del hombro a Vane sujetar con violencia a un Brownie y quebrarle el cuello con un crujido.

Se me revuelve el estómago.

—Mamá, ¿sabes si hay algún compartimento secreto en el baúl de la bisabuela?

—No. ¿Por qué?

Abro la tapa. Huele como si fuera de otro siglo y el papel floreado, ahora reseco, se deshace. Lo utilizamos para guardar ropa de cama vieja y mantas, y un álbum de fotos casi vacío.

Detrás de nosotras, alguien chilla, pero no son los chicos.

Saco las mantas y las sábanas y paso la mano por el interior del baúl.

¿Cómo lo hizo la Darling de mi sueño?

Empiezo a darle golpes a las paredes interiores.

Nada.

—Venga...

Creo que en mi sueño era en la parte izquierda.

Vuelvo a golpear con los nudillos. Una, dos veces. Nada. A lo mejor no lo estoy haciendo con la suficiente energía. La Darling de mi sueño lo golpeó con más fuerza de la que estoy haciendo.

Vuelvo a intentarlo y...

Se abre un cajón.

Y dentro, envejecida por décadas de espera, hay una caja.



31

PETER PAN

Odio a los putos Brownies.

En la isla son escasos y prefieren esconderse entre las sombras antes que mostrarse a la luz del día; los entiendo. Pero este Brownie, que lleva aquí tanto tiempo como yo y ha servido a la corte fae, ansía derramar mi sangre desde que maté a Campanilla.

Puede que me lo merezca.

Es más rápido que yo. Revolotea a mi alrededor, haciéndome cortes profundos con el filo de su enjoyada daga. Yo avanzo con la mía, dispuesto a destriparlo.

No va a interponerse entre mi sombra y yo, y mucho menos con mi trono.

Los demás se encargan del resto de Brownies hasta que solo queda el importante. La sangre tiñe el aire, puedo saborearla en la punta de la lengua.

—Estás rodeado, Brownie —advierde Vane mientras él y los gemelos lo rodean. Vane apenas puede controlar su sombra, la siento agitarse bajo su piel, desesperada por salir—. Será mejor que te rindas.

—Jamás —responde el Brownie—. Mis príncipes —añade, y se gira hacia los gemelos—. Si buscáis la manera de volver a la corte, uníos a mí. La sombra puede ser vuestra.

Kas y Bash se miran, y escucho el ligero tintineo de campanas. Solía hablar su idioma, pero he olvidado la forma de aquellas palabras, el repique preciso de las sílabas.

Como ahora me den la puta espalda...

Bash enfunda la espada.

—Hay algo que nunca llegamos a entender, Brownie, y quizá puedas ilustrarnos.

El Brownie asiente.

—Lo que sea.

—Siempre que nuestra querida hermana penetra la mente de una Darling, esta cambia. Insiste en que es el riesgo que exige la magia: cuanto más se resiste una Darling, peor será.

—Sí, es cierto.

—Pero Merry no se resistió. Antes de que llegara Tilly, nos dijo que haría lo que fuera por ayudar a Pan.

Desde la penumbra, Winnie mira a su madre, intrigada.

—Le prometimos a Merry que, si colaboraba, estaría bien. Pero no fue así.

Merry ahoga un sollozo y la Darling lleva una mano al pecho de su madre.

—Así que dinos. —Kas da otro paso—. ¿Tilly estaba ayudando a Pan a buscar su sombra o la ocultaba? ¿Estaba destruyendo los recuerdos de las Darling para que nadie supiera dónde estaba?

Aprieto los dientes y agarro mi espada con más fuerza, esperando una respuesta.

—¿Es eso cierto, Brownie? —pregunto.

él farfulla e intenta colocarse delante de los gemelos, pero Kas lo distrae y Bash se coloca detrás de él.

—¡Mató a Campanilla!

—Nuestra madre no era una mujer honrada —dice Bash—. Ninguno de nosotros lo es.

Bash se abalanza hacia el Brownie y este se aparta tambaleándose. Yo hundo mi daga profundamente en su pecho. La sangre le tiñe los labios.

—Tú no eres ningún rey. Eres un cobarde —dice con la respiración húmeda y ronca.

Cuando la vida abandona sus ojos, saco la daga de su pecho. Cae al suelo con un fuerte golpe.

Estamos rodeados de cuerpos y yo estoy cubierto de sangre. Apenas puedo controlar la euforia que me corre por dentro.

Darling suelta a su madre y da un paso al frente. En la mano lleva una caja.

Mi sombra.

Llevo tanto tiempo buscándola que casi dudo de que esto sea real.

—¿Es eso? —pregunto.

Se acerca.

La caja tiene grabados de runas faes y aun desprende el aroma de Campanilla: hojas otoñales y polvo de hadas. Una vez fue mi mejor amiga, hasta que dejó de serlo.

Y se me cae el alma al recordar cómo sucedió.

Cuando descubrí lo que había hecho, que había planeado robar mi sombra para vengarse, fui a verla y le dije: «No creo en las hadas». Su luz se apagó, sus ojos se volvieron blancos y en cuestión de segundos estaba muerta. Así, sin más. Ni siquiera tuve que ensuciarme las manos.

El Brownie tenía razón sobre una cosa: fui un cobarde. Ojalá le hubiera dado a Campanilla al menos la oportunidad de defenderse. Pero creo que tenía miedo de no poder olvidar la sensación de tener su sangre en mis manos.

—¿Debería abrirla? —pregunta Darling, devolviéndome al presente.

—Todavía no. No hasta que volvamos a Nunca Jamás. Bash y Kas, limpiad este desastre.

Bash suspira de forma dramática.

—Renunciamos a nuestras alas por ti, ¿y nos haces limpiar entrañas de Brownie?

—Os devolveré vuestras alas. Pero, antes, cumplid con lo que ordene.

—Darling, ¿dónde guardáis las palas? —refunfuña Bash.

—Mmm...

—Palas. Dos palas. En el cobertizo. Yo os guío —consigue

responder Merry, temblorosa.

—Muy bien, Merry —dice Kas—. Después de ti.

Vane recoge a un Brownie, se lo sube al hombro y los sigue hacia la puerta trasera.

La Darling y yo nos quedamos solos.

—Ahora estás en casa —le digo—. Gracias por ayudarme.

Tiendo la mano hacia la caja, pero ella se la pone bajo el brazo.

—Darling —digo sin intentar ocultar el tono de advertencia.

—Llévame de vuelta contigo.

—¿Qué?

—Llévame de vuelta.

—¿Por qué?

Mira alrededor de la carnicería y frunce el ceño.

—Todo esto va más allá que solo una sombra —dice.

—¿Qué quieres decir?

—No... No lo sé. No es más que una intuición. Pero cuando Tilly se metió en mi cabeza...

—¿Sí?

—Creo que está tramando algo. Contra ti.

—Eso parece.

Parece ser que de tal palo tal astilla.

—Así que tal vez pueda ayudar. Te he traído hasta tu sombra.

Mi primer instinto es dejarla aquí. Sea lo que sea lo que me espera en Nunca Jamás, no es bueno.

—Aquí estarás más segura.

Su mirada se endurece.

—No es seguridad lo que quiero.

De repente la recuerdo inclinada sobre la mesa. La bonita niña Darling anhela los juegos viles y oscuros.

Mentiría si dijera que no lo quiero.

Quiero su coño húmedo en mi polla.

Cuando la conocí supe que era diferente. Hay algo en ella, no sé el qué, que me recuerda a algo viejo y olvidado.

—Tengo normas —le digo—. Normas que hay que seguir.

Me sonrío con dulzura, y sé que si la llevo de vuelta me traerá más de un quebradero de cabeza.

—Sé cumplirlas.

—Ya, pero ¿lo harás?

Vane regresa y se sube otro Brownie al hombro.

—Los gemelos ya han cavado un agujero.

Asiento. Si cree que voy a enterrar cadáveres, está muy equivocado.

—Llévame de vuelta contigo —repite la Darling.

Nunca Jamás siempre ha sido fría, austera... ¿Tan malo sería tener a alguien con suaves curvas para compartir? Follárnosla y hacerla temblar, suplicar por la polla de los Niños Perdidos. No soy un hombre amable y quiero hacerle cosas muy malas. Y con mi sombra, las posibilidades son infinitas.

—Está bien —cedo—. Puedes volver conmigo.

Ella sonrío triunfante.

—No te vengas arriba.

—Te prometo que no, solo si se te pone dura.

—Pequeña Darling, qué boca tan sucia tienes. Ahora ven, vamos a ver cómo entierran a los Brownies, que la noche aún es joven.

—Antes que nada —dice, y me tiende la caja—. Esto te pertenece.

En todos estos años buscando mi sombra, nunca la he sentido. Lo intentaba con todas mis fuerzas, pero no había más que un vacío. Ahora puedo sentirla. Atrapada en esa caja, siento cómo se retuerce.

Estiro la mano y la cojo.

—Gracias.

Ella sonrío.

—De nada, Peter Pan.



32

WINNIE

Hay algo en mamá que parece haberse recompuesto, como si fuese una peonza que, por fin, se detiene y puede descansar.

La luz de la luna ilumina la macabra escena del patio trasero. Hay un gran foso donde los cuerpos empiezan a amontonarse.

—¿No es demasiado arriesgado? —pregunto.

Aun así, no puedo creerme que esté presenciando cómo dos príncipes fae, un mito y una Sombra de la muerte entierran cuerpos a dos metros bajo tierra. No sé cómo ni cuándo me convertí en alguien capaz de asimilar todo esto.

—No te preocupes, Darling —dice Kas—. Los Brownies se convierten en polvo en cuestión de una semana.

Mientras los chicos terminan el trabajo sucio, yo me acerco a mamá.

—Necesito contarte algo.

—¿Qué es, cariño?

Está más pálida que cuando me fui, pero tiene la cara y el pelo limpios, así que se ha estado cuidando sin necesitar mi ayuda.

—Voy a regresar —le digo—. A Nunca Jamás.

Me mira fijamente, pero no estoy segura de si me está viendo.

—¿Quieres venir conmigo?

No lo he consultado con Pan, pero me da igual. La casa tiene

muchas habitaciones. Hay espacio de sobra para ella.

—¿Ir a Nunca Jamás? —pregunta, y mira a los chicos.

Bash, con el torso desnudo, remueve la tierra, y todos los músculos de su espalda trabajan sin descanso. Dios, es un espectáculo. Un príncipe fae que creo que podría ser mío. Aún no estoy segura. No sé qué normas hay con respecto a eso, pero ya las descubriré.

Lo único que tengo claro es que defenderé lo que considero mío. Puede que solo haya arañado la superficie de quiénes son Peter Pan y los Niños Perdidos, pero el instinto nunca falla, y los siento míos.

Son míos.

—No creo que quiera —dice mamá.

—¿De verdad?

—Es que... Verás...

—Estoy escuchando, mamá.

—Aquí estoy bien. —Mira hacia la casa iluminada con el resplandor de la luna—. Me encuentro mejor.

—Pero... estarás sola.

—Estaré bien.

Crecí demasiado deprisa, cuidé de mi madre cuando aún era una niña. Sus crisis interminables, su inestabilidad... Quería huir, y ahora que puedo, la idea me aterra.

—Mamá...

—Vete. —Me aprieta la mano—. Ve a Nunca Jamás. Las sirenas celebrarán tu regreso.

¿Las sirenas? Ah, sí, los espíritus de la laguna.

—Si estás segura...

—Sí.

La rodeo con un brazo y la acerco a mí.

—Te visitaré tan a menudo como pueda.

Tan pronto se me pase el miedo de saltar por un acantilado.

Sonríe para sí misma.

—Eso me encantaría, cariño.

Cuando el hoyo está lleno y no hay ni rastro de sangre de Brownie, los chicos esperan fuera, como sombras de guerra cubiertas de sangre y tierra; el humo de sus cigarros flota bajo la luz de la luna.

—Si me necesitas... —empiezo a decirle a mamá, pero me doy cuenta de que no tiene manera de contactarme. En Nunca Jamás no hay teléfonos.

—No pasará nada, Winnie. —Me abraza y, cuando se separa, dice—: ¿Quieres saber un secreto?

—Sí.

—Antes de que me quebrantaran la mente, yo también quería quedarme.

—¿En serio?

—Echo de menos la magia. —Cierra los ojos, perdida en el recuerdo—. Y las...

—Moras de los pantanos —adivino.

—Sí.

—La próxima vez te traeré.

—Y luego hornearé tartas y montaremos una fiesta.

—Si quieres.

Sus ojos vuelven a brillar.

—¿Por qué no entras a hacerte un té y descansas?

—Vale, cariño.

—Te quiero, mamá.

—Yo también te quiero.

Entra y cierra la puerta.

Permanezco un largo rato en el porche preguntándome si estoy tomando la decisión correcta. ¿Estará bien sin mí? Me amaba apasionadamente, pero su amor siempre dolía. No sé cómo es que te quieran de la manera correcta.

Quizás el amor verdadero sea esto: *escoger* el dolor y el placer.

Vuelvo con los chicos.

Por su energía intuyo que están impacientes, pero ninguno se ha atrevido a meterme prisa.

—Estoy lista —digo.

Peter Pan me toma de la mano y me guía hacia la noche, y, bajo el brazo, lleva la cajita que contiene su sombra.



EPÍLOGO

PETER PAN

¿Cómo será volver a tener mi sombra? Hace tanto tiempo que creo haber olvidado cómo era estar lleno, rebosante de magia. Ser capaz de crear algo de la nada. Sentir el latiente corazón de la isla. Estoy desesperado por recuperarla, pero también tengo miedo.

Estamos de vuelta en el ático. Vane está en la barra sirviéndonos unas bebidas. Los gemelos están en el sofá, con Darling entre ellos.

En mi vida he hecho muchas cosas terribles, y pensar que ahora tengo la suerte de estar rodeado de tantas cosas maravillosas me parece imposible.

Vane trae los vasos. Ha escogido un *whiskey* añejo que huele a madera ahumada y caramelo. Le doy un trago, deleitándome con el ardor.

—¿Estamos listos? —pregunta Vane, dejándose caer sobre una de las sillas de cuero.

—Sospecho que sí —dice Bash.

—¿Cómo? —pregunta Darling—. Quiero decir, ¿tiene forma o es tan solo una voluta de humo?

—Tendrá exactamente el aspecto que debería tener una sombra

—admito—. Pero lo realmente importante es: ¿Campanilla la ató a algo cuando la puso en la caja o saldrá disparada en cuanto la abramos?

—Estaremos preparados para correr —dice Vane—. Tienes nuestra palabra.

Tomo otro sorbo del vaso y lo dejo en la mesa entre nosotros, justo al lado de la cajita. Solo tiene un pestillo, sin cerradura.

El corazón me late con tanta fuerza que puedo sentirlo incluso en los dientes.

Todos contenemos la respiración mientras acerco la mano y corro el pestillo, poniendo los dedos sobre la tapa.

Nos inclinamos hacia delante. La expectación y la emoción son palpables en el aire.

Ya está. Esto es lo que he estado esperando.

Abro la tapa...

... y surgen dos sombras.

AGRADECIMIENTOS

Estos libros no serían posibles sin la ayuda de varios lectores.

Todos estaremos de acuerdo en que, en la historia original de *Peter y Wendy*, la representación de los personajes nativos resulta sumamente problemática. Cuando me dispuse a escribir un *retelling* de Peter Pan, para mí era fundamental conservar la presencia de nativos en la isla, pero aún más importante hacerlo bien.

Debo agradecer a varios lectores de sensibilidad por ayudarme a retratar a los gemelos y la historia de su familia en la tetralogía Cruelles Niños Perdidos de una manera rigurosa y respetuosa con la cultura nativa, aunque los gemelos vivan en un mundo de fantasía. Muchísimas gracias a Cassandra Hinojosa, DeLane Chapman, Kylee Hoffman y Holly Senn. ¡Sois y seguís siendo de gran ayuda, y os aprecio mucho!

Asimismo, deseo agradecer a Brianna por su incalculable *feedback* y orientación para representar al personaje de Samira «Smee» en *La reina de Nunca Jamás*. ¡Gracias, Bri, por tu tiempo, energía y comentarios!

Cualquier error o imprecisión que pudiera existir en este libro es exclusivamente mío.